

Rómulo Gallegos

La brizna de paja en el viento

(Tomado de las obras completas de Rómulo Gallegos li)

Segunda Edición, 1962 Primera reimpresión, 1969

(C) Rómulo Gallegos, 1957

(C) Aguilar S.A. de Ediciones Juan Bravo, 38, Madrid (España), 1969

Impresión:

Artes Gráficas E.M.A.

Santa Alicia, 25, Madrid–1969

Depósito Legal: M. 4987–1969

Entrega

Le entrego a Cuba este libro en las manos amigas de Raúl Roa, gallarda figura de su intelectualidad, a través de cuya alma ardiente y generosa me he asomado a la angustia contemplada en sus páginas; de Sara Hernández Catá, amiga cordial, quien, junto a su fervorosa cubanidad, le ha brindado tierna acogida a mi mortificación venezolana, y, de manera especial, en las de los estudiantes universitarios, que padecieron y superaron la tragedia de la cultura que aquí comparto con ellos en mi modo natural de expresión y en ejercicio de la fe que tengo puesta en la juventud intelectual de los pueblos de nuestro espíritu y nuestra lengua.

Consiéntanme las letras cubanas este entrometimiento de las mías en los dominios de sus preocupaciones, teniendo en cuenta que, además de deuda personal de gratitud, contraí da por mí con esta tierra acogedora y cordial, bajo la bandera de la estrella solitaria mi corazón venezolano siempre experimentará emoción de patria.

Rómulo Gallegos.

In Memoriam

A Ella, viva y perenne en la mejor aspiración de mi obra literaria, el último libro que junto a ella comencé a escribir

La voluntariosa

El fundador

En el principio, junto con el ánimo aventurero fue el buen humor, y con él llegó Pablo Azcárate hasta sus postreras. Lo rodeaban los hijos, y, después de un largo soponcio, abrió los ojos, y, mirándolos uno a uno, así fue diciendo:

—Alfonso, Bernardo, Clemente, Dionisio, Eugenio, Florencia. El alfabeto Azcárate que nos habíamos propuesto deletrear hasta la zeta vuestra madre y yo. Me lo dejó en la efe...

Sonrió y luego, con aparente incoherencia:

—La verdadera historia de la conquista de América por nosotros los españoles no se ha escrito todavía, pues no fue con la Cruz y con la espada con lo que la emprendimos, como viene diciéndose, sino con la lengua.

Porque desde Méjico hasta la Patagonia a los pobres aborígenes tuvo que sucederles con mis paisanos de esos tiempos lo que conmigo le ocurrió, como ya os lo he contado, al primer cubano que me oyó hablar.

Se animaron los hijos, porque lo oían expresar mente lúcida con palabras de buen humor, y él agregó:

—Tendréis que oírmelo por última vez, porque es bueno que cuando se van a dejar posibilidades de soberbia, se dejen también recuerdos de humildad.

Yo era mozo de café en uno de los puertos de escape de España, y para dejarme de eso pasé el charco, viajando de polizón en uno de los vapores que por allí pasó y para acá venía.

Se dice pronto. Llegué, pues, a esta tierra sin nombre escrito en lista de pasajeros, y cuando la pisé, acordándome de aquello de "a mal tiempo, buena cara", yo que comienzo a decirme:

—Hazte cara. Y un joven que se me acerca diciéndome:

—Caballero...

—Azcárate, díjele, quitándole la palabra, ya con apellido mío de mi propia invención. Se quedó mirándome el cubano mientras se decía, como para atrapar recuerdo que se le hubiese escapado:

—¿Aza..., Azcá...? ¡Sí! Azcárate, justamente. Vengo por usted, señor Azcárate.

—Se me hundió Cuba, al pisarla —díjeme mentalmente—. Este tío debe de ser funcionario del puerto, y ya va

a estar pidiéndome mis papeles. Que en esos tiempos de independencia reciente aquí tenían que ser toda una historia. Pero el joven me sacó pronto de mis apuros, aunque para meterme ya de cabeza en otro, diciéndome:

—Me envía el señor Martínez, dueño de la fábrica de tabacos de Monterrey. Azcárate, sí. Se me había olvidado el apellido de usted, que él me dio para que lo solicitara a bordo.

Pero ya sabía que empezaba por Az.

Sonríe el narrador y agrega:

—Fijaos en esto, hijos míos. Un mandadero olvidadizo, precisamente donde a mí me convenía que no hubiese buena memoria. Luego supe que el apellido de la persona a quien buscaba el cubanito, comenzaba al revés, por za: Zalamea.

Hace una pausa mientras los hijos ríen, menos Bernardo, a quien ya se le veían humos de linaje, y este dice:

—Que bien sabemos que los Azcárate...

Pero el narrador le quita la palabra:

—Ta, ta. No me los encarames todavía en árboles genealógicos. Espera a que yo me marche. Y déjame recordar la sabrosa historia. Le eché encima al olvidadizo una mirada de esas que solo pueden darse en pasajeros de primera clase, y le repuse:

—¿Y qué quiere de mí el señor Martínez? ¿Que le haga tabacos, es decir, puros? Pues se equivoca él y se equivoca usted y se equivoca todo el Monterrey de su fábrica.

¿Trabajar yo en nada que de algún modo vaya a convertirse en humo? ¡Quite usted allá! Dígale a su señor Martínez que a Pablo Azcárate no se lo fuman de ningún modo los holgazanes de esta isla, ni los de todo el continente. ¿Estamos? Con ruidosa risotada, genuinamente Azcárate, le celebran los hijos —menos Bernardo, otra vez— el recuento puntual del lejano episodio, y él agrega sonriendo:

—Era la reconquista de Cuba, perdida por la Corona de España y gracias al uso que yo hacía de la lengua de marras, mío ya aquel cubanito simpático. Momentos después era el señor Martínez, español, oriundo de Sevilla, él sí, con nostalgias de La Giralda, el toro que yo debía lidiar, y como descubrí que tenía ganas de que le hiciesen buena faena, y siendo necesario que, por respeto propio, yo le dejase entender que de puros no sabía ni papa, pero también que no perdiese la oportunidad que se me deparaba de comenzar a ganarme la vida, así empecé la lidia.

—Señor Martínez de mis tormentos ya. Usted mandó a por un Zalamea, como acaba de decírmelo, y le han traído un Azcárate: las mismas primeras letras, pero invertidas, a causa de reflexiones de travesía trasatlántica. No le diga usted a nadie que yo me he puesto de revés el patronímico; pero no me exija que le elabore puros finos, porque eso a ningún precio lo hace ya el zeta a, convertido en a zeta..., que ya sabe usted que los ascetas somos enemigos de buenos olores y sabores. Ordene que se me entreguen ahora mismo algunas cajas de los puros de su fabricación, por infumables que sean, dígame dónde no ha logrado todavía que se los compren. Y no quiera usted saber más.

Interrumpe el puntual relato para dejar reír y tomar respiro y luego prosigue:

—Pero el señor Martínez, ya mío también como el cubanito, quiso saber de qué parte de España era oriundo yo, y al preguntármelo salté del asiento, ya con una idea genial:

—¿Oriundo yo? No hablemos más, señor Martínez. Cuando se necesita saber dónde lo haya parido a uno su madre, es porque algo falta para que uno inspire confianza, y Pablo Azcárate no se somete a interrogatorios complementarios. Oriundo es una palabra ofensiva para un hombre que no se propone engañar a nadie. Usted se ha equivocado conmigo, y desde un principio se lo he estado diciendo, como se le dicen las cosas a las personas inteligentes.

—Repórtese, amigo Azcárate —díjome el de los tabacos, que era una bella persona—. Yo no he querido ofenderlo, no he empleado una palabra incorrecta al decir oriu... —Pero no lo dejé concluir—. No me lo repita, señor Martínez.

—Tenga la bondad, Azcárate —insistió el buen hombre, remachándome el patronímico recién puesto; pero ni por esas desistí del plan que ya me había trazado—. ¿Sentarme yo frente a usted después de lo ocurrido? —repúsele—. Eso no lo logrará nunca de Pablo Azcárate. Yo no me siento, yo me remito a la prueba, echándome en seguida a la calle a venderle sus puros donde nunca se los hayan comprado.

Disponga que se me entreguen ahora mismo unas cuantas cajas, y dígame cuántas pesetas debo traerle por ellas.

Otro descanso, ahora para maliciosa guiñada de ojo al primogénito Alfonso, por la linajuda seriedad de Bernardo, y prosigue:

—Y dicho y hecho: dos horas después regresé sin puros, pero entregando las pesetas. Y fue así, hijos míos, como empecé a ganármelas en esta Cuba de vosotros. Pero es bueno que sepáis, o que no olvidéis, que cuando casé con vuestra madre, a quien Dios tenga,

ya me había procurado yo la base de mi fortuna. Bien redactados ya los papeles de identificación, gracias a lo poderoso caballero que es Don Dinero. Guardó silencio, un buen rato, dedicado al recuerdo de la ocasión en que había conocido a la dulce mujer que luego fue su esposa.

En Camagüey, por fiesta de San Juan que se prolongaría hasta la de San Pedro, devociones predilectas de la localidad. El señor Martínez lo había convidado, y allí estaban su esposa, criolla camagüeyana y su hija Amelia.

—Aquí tienen al gran Pablo Azcárate, de quien tanto les he hablado —díjoles Martínez, quien había puesto toda su confianza en aquel compatriota—. Pueden hacerle todas las preguntas que quieran, porque de todo sabe, menos la que ya les he advertido que no debe hacersele.

Se enamoró de Amelia con la misma rapidez con que se había puesto nombre, y desde las primeras miradas descubrió que había reciprocidad; pero desde las primeras palabras de ella comprendió, también, que el señor Martínez le había preparado en su favor el corazón de la unigénita.

—¡Mala cosa! —díjose—. Pablo Azcárate no tiene bolsillo del lado del corazón. Vegas de tabaco y fábrica de puros podrán hacerle más ricos a sus hijos posibles; pero a él mismo no lo enriquecerán de la noche a la mañana.

Y ese mismo día le comunicó a Martínez:

—Acabo de enamorarme de su hija de usted, así como suena, y me separo desde hoy mismo de los negocios de su fábrica de tabacos.

—Piénselo mejor, amigo Azcárate —repúsole Martínez, que no solo le había tomado afecto y con él veía bien casada a su hija, sino que sus negocios mismos los contemplaba florecientes en aquellas manos que a él le permitirían descansar, como lo deseaba—.

La primera noticia me ha complacido; pero la segunda...

—Es inseparable de la primera. Yo le pediré a usted la mano de Amelia cuando me haya labrado una base de fortuna y no a la sombra de usted.

Porque mañana puede ocurrírseme llamarlo a usted... carcamal, por ejemplo, y no voy a poder evitar que usted me corresponda llamándome chulo.

Y en esto se les reunieron unos señores de la región, amigos de Martínez y dueños de fincas ganaderas, a propósito de las cuales se entabló conversación.

Azcárate prestaba atención, y en un momento dado dijo:

—¿Dehesas? De esas sí que entiendo yo.

—¿Sí? —repúsole uno de los camagüeyanos, celebrándole el juego de palabras—.

¿Ganadero, entonces, encima de chistoso, como buen andaluz?

—¡Qué! ¿Me ha llamado usted oriundo de Andalucía? Pues ni bueno ni malo, señor mío, sino Pablo Azcárate. Nacido en La Habana, para que se entere, en el año de gracia de...

¡Bueno! Todos los años son de gracia, aunque la mayor parte de ellos sean más pesaos que Cánovas. Y no quiera usted averiguar más, sino que en cuanto a cría de ganado, nadie sabe tanto como los toros, después de las vacas, que son las que más saben de eso. Déme usted unos cuantos de los primeros, no muchos, y otras tantas de las segundas, en número mayor y en edad de merecer, y vuelva luego, para que se le seque la lengua contando cuernos. Eso sí: con un buen espacio de esas que ustedes llaman sabanas, donde se puedan contar cómodamente.

Sonríe ahora, al recordar aquello, ya lejano, y murmura:

—Y me dio las vacas y los toros y las sabanas, el buen señor. A buen precio, para él, pero en las condiciones de pago que yo estableciera. Y todo gracias a los milagros de la lengua, por donde merecemos y por donde pecamos los españoles.

En efecto, a su verbosidad y a su peculiar manera de resultar agradable mediante expresiones y modales ásperos, manteniéndose en el difícil término medio entre el hazmerreír y el cascarrabias, logró aquella vez, como otras muchas, ganarse voluntades. Pero también contribuyeron, de una manera positiva, las buenas recomendaciones que de él hizo Martínez, de excelente reputación en el mundo de los compromisos de pago y viejo amigo del vendedor de la finca.

Los toros y las vacas –que serían los verdaderos criadores, según bien lo dejó sobrentender Azcárate, conforme a su habilidad de no soltar prenda de afirmaciones categóricas respecto a su capacidad para algo, que pudiera comprometerlo– hicieron lo que les correspondía; pero en la personal dirección de la finca el nuevo propietario trabajó esforzadamente y muy pronto pudo sacar adelante, libre de deudas, la base de fortuna propia que le permitiera aspirar a la mano de Amelia Martínez.

Casó con ella y comenzó a fundar su familia, anunciando que sería:

—De cubanos ciento por ciento.

Porque yo no he venido a América a aumentar colonias, sino a poblar nación. Y en orden alfabético, aunque tratándose de letras castellanas, hay que reconocer que los primeros conservadores de nuestra lengua en el continente empezaron por dejársela estropear, y hoy no encuentra usted, desde Méjico hasta Patagonia, una jota y una zeta con las cuales se pueda decir como es debido: ¡Hijo de la gran zorra! Ya las originarias del señor Martínez no eran en Amelia sino sonidos blandos, casi suspirantes y susurrantes, y en ella no valía la pena intentar la restauración de la prosodia conquistadora.

Deletreando su alfabeto entre gozos y penas, llegó puntualmente Amelia hasta la inicial de Eugenio, pero quedó delicada de salud, y en recuperarla pasó unos diez años, contemplando la hermosura del Valle de Viñales, donde su padre tenía una bonita residencia de temporadas: los mogotes que en medio al estrecho valle se alzaban pintorescamente, la ternura de los plantíos, el pasmo de diaria admiración ante los inimaginables colores, a los primeros rayos de sol, como también a los postreros. Y cuando regresó a la obediencia conyugal, con vehemente deseo de niña, con aquella saturación de bellezas se aderezó una linda criatura.

Le tocaba la efe –y Pablo Azcárate no abandonaba propósito que se le hubiese ocurrido, y menos aún tratándose de los que componían el aspecto pintoresco de su personalidad–, y buscándosela en Fernanda, Francisca, Florencia, en esta se la pusieron. Pero recayó en su dolencia Amelia, cual si toda la vitalidad se la hubiese quitado aquella vigorosa niña, y la muerte no tardó en venir por ella.

Ya había muerto el señor Martínez, y vegas de tabaco de Pinar del Río pasaron a la riqueza de Pablo Azcárate, dueño ya de un viejo ingenio adquirido casi a precio de escombros cuando una violenta y extraordinaria depreciación del azúcar puso en peligro la industria básica del país. Lo dotó de maquinaria moderna, y puso al primogénito al frente de su administración. Bernardo era un mocito propenso a empinarse en alturas, y al padre le pareció más conveniente acostumarlo a moverse en los terrenos bajos de las vegas tabacaleras. Clemente fue destinado al manejo de la finca pecuaria, y de allí, de jinetear caballos en pastoreos de ganado, fue sacando afición a los de carrera. Dionisio le estaba saliendo populachero; pero bueno para campo también, y con el fin de aplicarlo adquirió uno de pastos y labranzas menores en las cercanías de La Habana.

En cuanto a Eugenio, que desde pequeño mostró inclinación a libros, ya lo tenía encaminado hacia la Universidad, y para Florencia hizo construir una bonita casa de campo, en parte de los destinados a la ocupación de Dionisio, sobre una pequeña colina desde donde se podía contemplar tierno paisaje de prados sobre los cuales alzaban elegancia y serenidad las palmas reales. Púsole por nombre la Casa de la Muñeca, pues así decíale a Florencia.

Allí estaba ahora, rodeado de sus hijos, cercano ya el término de su vida y después de un largo silencio, volviendo a abrir los ojos, sobre ellos los posó y murmuró:

—Adivino lo que estáis pensando.

No queréis que me marche sin que os diga dónde empecé. ¡Vamos! De dónde soy oriundo. Ocultarlo no ha sido capricho mío, que de tonto habría sido, sino una martingala.

Yo me di cuenta, desde un principio, de que en el secreto de mi procedencia estaría la clave de mi éxito: arrancármelo sería un empeño de mis amigos, y mientras tanto, ellos se dejarían tomar lo que yo necesitase de ellos. No me valí de ella para ocultar pasado inconfesable, pues no fui fugitivo de ninguna justicia cuando me salí de España, sino de la injusticia que conmigo quería cometer la vida, condenándome a pobreza. Soy oriundo...

—Yo tengo bien averiguado —dijo Bernardo— que los Azcárate y Zalamea, de la provincia de Vizcaya...

Pero el viejo lo interrumpió:

—¡Esta sí no me la esperaba! Zalamea yo y vizcaíno por más señas.

Pero a Eugenio se le ocurrió, con sus buenas letras al servicio de su buen amor filial:

—Te han informado mal, Bernardo.

El viejo es oriundo de aquel lugar, el más conocido de todos los de la tierra, pero de cuyo nombre no quiso acordarse...

Y el viejo, quitándole la palabra:

—Exacto. Que sus buenas razones tendría el manco famoso, para ese famoso olvido.

Y luego:

—Bueno. Ya cumplí con la lengua aquí abajo; pero allá arriba me espera, según me han prometido, nada menos que el Verbo en persona, y me propongo pasar muy buenos ratos charlando con Él. Se acaba la vida en mí, pero en vosotros dejo la mano Azcárate asentada sobre Cuba, no para oprimirla, sino para exprimirla, cariñosamente, la riqueza que ella puede y debe dar. Cinco dedos los hombres hechos y derechos, y la Muñeca, tierna y pequeña todavía mi linda muñequita, pero en la cual debe latir siempre el pulso del espíritu de la familia. Os casaréis, os multiplicaréis, pero unidos siempre, hijos míos. Indivisos los bienes, mientras la Muñeca sea menor de edad, y suya exclusivamente esta casa, adonde en los momentos difíciles se acuda a sentir las palpitaciones del pulso. Un puño de Mano Azcárate.

Dijo esto último alzando el brazo de la diestra apuñada. Se le desplomó sobre la cama, pero la mano le quedó apuñada.

La mano Azcárate

Se abrió el testamento: el ingenio, la finca pecuaria, la de granjas, labranzas y vaquería, todo con la misma denominación de Los Azcárates: las vegas de tabaco, bajo el nombre de Martiazcárate —porque antes se habían llamado de Martínez—, y una casa de habitación en la calle de Neptuno, de La Habana, destinada a que "en ella ponga Eugenio una de estudiantes, seleccionados entre sus compañeros de carrera más merecedores de estimación y de confianza, para que allí viva junto con ellos y se procure amigos".

Era evidente que tal recomendación, de puño y letra del testador, venía dirigida a procurarle a Eugenio ascendiente de intimidad sobre un grupo de estudiantes que, bien escogidos, le permitiesen reforzado asiento de la Mano Azcárate en el mundo universitario. Y así lo entendió Eugenio y así le pareció muy bien pensado y dispuesto a Alfonso, para quien la voluntad paterna había sido siempre sagrada.

A él le recomendaba, especialmente, el mantenimiento indiviso de aquellos bienes raíces, hasta cuando Florencia fuese mayor de edad y al frente de los cuales debían mantenerse ellos, cada uno en representación de la mano entera.

La Casa de la Muñeca era herencia exclusiva de Florencia, cuya educación y protección se le confiaba a Alfonso, que sería su tutor.

Regresó Clemente a la finca ganadera, donde ya casi no se criaban sino caballos de carrera, y Bernardo a Pinar del Río, entre cuyas muchachas de mejor sociedad varias acariciaban la esperanza –según él se lo tenía pensado– de apellidarse de Azcárate, y donde ya sus vegas comenzaban a dar, por obra de su inteligencia seleccionadora –él también se lo decía– la más aromática hoja de buen tabaco alguno.

Dionisio tenía su destino en la finca que rodeaba la Casa de la Muñeca; pero donde también ciertos enredos amorosos de su condición populachera.

Florencia fue internada en uno de los mejores colegios de La Habana; pero allí mismo comenzó su rotación por todos los bien recomendados que en la ciudad hubiese.

—Señor Azcárate –decíanle a Alfonso las directoras–, lo he molestado para manifestarle que... que su hermanita es muy inteligente, muy estudiosa y muy correcta, en cuanto a conducta espiritual... Pero hágame el favor de quitármela de aquí, pues va a acabarme con el colegio.

Contrajeron matrimonios Alfonso y Bernardo, en Santiago y en Pinar del Río, respectivamente, y en una temporada de carreras de caballos en Miami, como allí estuviese Clemente con los suyos, en el hipódromo conoció a Edith, norteamericana profesora de College, y con ella se casó. Eugenio tenía amores con la hermana de uno de sus compañeros de curso, ya en tercer año de derecho, y respecto a los de Dionisio, mejor era no hablar.

Pero un día llamó Eugenio a sus hermanos a Consejo de Familia y les comunicó su determinación de abandonar sus estudios.

Era el primer caso de fracaso de un Azcárate, y a Alfonso especialmente le cayó muy mal.

—No tengo vocación para el ejercicio profesional y no vale la pena empear años en adquirir, simplemente, un título universitario –díjoles Eugenio–. Por otra parte, los negocios de la Mano Azcárate se han desarrollado y diversificado de tal modo que requieren una administración centralizada, una coordinación. Hagamos la experiencia, por lo menos.

—¡Qué casualidad! –dijo Bernardo–. Esa proposición, justamente, era la que yo traía a esta reunión.

—Bueno –dijo Eugenio–. Un voto favorable ya.

Bernardo sonrió, desde sus habituales empinamientos, y repuso:

—Sí. Pero a favor mío. Porque precisamente vine a proponerles que se ponga la coordinación de la Mano en las mías.

Alfonso frunció el ceño.

—No. Vamos a decirnos las cosas claras: ni tú ni Clemente sois partidarios de coordinaciones, sino de la partición de los bienes. Yo no les combato esa posición; pero les suplico simplemente que para eso esperemos que se cumpla la condición establecida por nuestro padre, en su testamento y en sus últimas palabras para nosotros: un puño la Mano Azcárate, mientras la Muñeca sea menor de edad.

Y Dionisio, el populachero, muy sensible a la influencia de ciertas frases, además de buen conservador de la memoria paterna, dio su parecer:

—Sí. ¡Un puño! Y que se encargue Eugenio de la Coordinación o como se llame. En algo tiene que ocuparse, ya que no ha servido para la Universidad.

Poco después Eugenio contraía matrimonio con Raquel Luciente, pianista famosa ya, aunque no profesional.

La Muñeca hizo sus estudios de College en Miami, donde hubo de enviarla Alfonso, al cuidado de Clemente, que allí residía, y en concluyéndolos regresó a la patria.

No la belleza, propiamente; pero sí otro acontecimiento. Hermosa cabeza, entre lo oscuro y lo dorado, como cosa de aurora caliente sobre ondulado monte; ojos expresivos y grandes, con lo azul y lo verde del agua marina, que es siempre inquietante; una bien tallada y bien combinada forma de voluntad y de voluptuosidad, la nariz correcta; un alarde de sangre vigorosa, la boca y las mejillas sin carmines postizos; en rostro, cuello y brazos, una pátina de sol tomado sin melindres de blancura, y bajo el somero traje, para clima fuerte y sin gazmoñerías de pliegues que desdibujaran formas, unas, perfectas, pero que hacían difícil la pura contemplación estética en miradas masculinas. Cierta aire majestuoso en el descenso del avión y una manera de sonreír que obligaba a tomarse tiempo antes de aplicarle calificativos.

Y fue Dionisio quien primero salió del fraternal asombro, exclamando:

—¡Qué mujer, caballeros! ¡Se cansa uno! Y antes de que Alfonso le reprobase la populachería:

—Pero no hay problema, hermanos.

El puño Azcárate no se dejará manosear la Muñeca.

—¡Qué bárbaro! —exclamó ella, riendo a todo gusto. Y luego—: Mas, ¿por qué no están aquí las mujeres de ustedes? ¿No pertenecen ellas, también, a la famosa mano?

—Han preferido esperarte en tu casa —le respondió Alfonso—. En el asiento del pulso de la familia. Que, por cierto, falta hace que allí se le sienta palpitar, como lo deseaba nuestro padre.

Florencia los miró inquisitivamente, uno a uno, mientras preguntaba:

—¿Qué? ¿Tiende a abrirse ya la Mano Azcárate? Un breve silencio fue la respuesta, y ella agregó:

—No. ¡Un puño la Mano Azcárate, como nos lo recomendó el Viejo! Y entre los que por allí estaban, algunos murmuraron:

—¡La Mano Azcárate, extendida sobre Cuba de punta a punta!

II

Juan Luis

El pitirre es un pájaro pequeño que en remontando vuelo acostumbra atacar al aura tiñosa, picoteándole la cabeza encarnizadamente hasta hacerla abatir el altanero vuelo; pero sería muy aventurado suponer que con ello persiguiera intención de orden moral de castigar elevamientos después de hartazgos de inmundicias.

Sin embargo, Juan Luis lo creía, y todas las simpatías de su espíritu se empinaban a complacerse en la contemplación de la hazaña del pequeño pájaro atrevido.

—¿Qué es lo tuyo, Juan Luis? —solía preguntarle la madre—. ¿Hasta cuándo vas a está mirando p'arriba? Porque ya la guajira Rafaela le había oído decir a su marido Juan Marino, a propósito de aquello:

—Este muchacho mira p'arriba. Me da el corazón que no me va a serví pa nada. Juan Marino era gañán, y no entendía que los ojos pudiesen servir para contemplar cosas que sucedieran en alturas, cuando el trazar surcos que saliesen derechos pedía que no se los quitaren del ras de la tierra.

Sin embargo, Juan Luis los tuvo aficionados a contemplación de campos. Los de tiernos prados y diáfanos palmares que se veían a través del ancho y alto portalón abierto en el muro que cerraba el fondo de la angosta calle ciega por delante de la cual estaba su casa, en las goteras de Guanabacoa.

Él tenía unos cinco años, y desde el umbral de la puerta de aquella miraba las invitadoras lejanías campesinas, deseoso de corretear por los verdes prados sobre los cuales volaban bijiritas, tomeguines y sinsontes y de internarse en los palmares profundos, que allá, en el fondo, alzaban elegancia y serenidad en la radiante mañana o en la tarde dorada.

Pero en medio de la angosta calle estaba siempre echado un perro corpulento, de largas orejas y seguramente de terribles colmillos, haciendo las veces de dragón guardián del país encantado, y nunca se movió del umbral de la contemplación. Imaginaciones vehementes e invencible timidez componían ya el alma atormentada del hijo de Juan y Rafaela, guajiros sencillos, rudos, de quienes no parecía posible que se heredase condición soñadora.

Pero Juan Marino era un buen hombre, laborioso y digno de que en él se pusiese confianza, y Pablo Azcárate lo quitó de gañán y lo elevó a mayoral de la granja adquirida para ocupación de su hijo Dionisio. Debido a lo cual, aquel tuvo que instalarse en ella con su familia.

Ya estaba en lo alto de una colina la Casa de la Muñeca, entre majestuosas palmas reales, y allá se alzaban el canto y la risa de Florencia, pequeña, traviesa, entre lo oscuro y lo dorado la ensortijada cabellera, y hacia allá se empinaron las miradas de Juan Luis, desde el umbral de la casa campesina, aprendiz de amores en la infancia todavía... Luego fue el morir de Pablo Azcárate y el no volver más a la Casa de la Muñeca la niña del canto de oro y la risa de plata.

La escuela. El Instituto. La atormentada adolescencia, y en la vuelta a la casa campesina, por una misma calle siempre, en la puerta de una de sus modestas casas, la mulata Clorinda, jovencita, bien formada para apetitos golosos, los suyos en los ojos ardientes envolviendo a Juan Luis en fuego de amor tempestuoso y gozoso. Pero nada de apetencias carnales, romanticismo puro y contemplación a distancia, calle por medio al pasar por la acera opuesta, y luego desde la esquina próxima. Entre ella y él, otra vez el dragón echado en el camino.

Ella sonreía y guiñaba los ojos; pero a él se le habían petrificado los músculos de la cara.

De que sus piernas le permitiesen trasponer la distancia que lo separaba de aquellas invitaciones, ni pensarlo siquiera; pero cuando ella se quitaba de la puerta y él proseguía su marcha hacia la granja vecina, se le quedaban menguados todos los grandes y más atrevidos amantes que realmente fueron o han sido inventados; cuando, llevándose a Clorinda en el pensamiento, caminaba hacia su casa por entre los tiernos prados y a través de los serenos palmares, con el suntuoso crepúsculo a cuestras, larga su sombra por delante, dulcemente melancólico el arrullo de la tojosa en el vespéral silencio.

Pero una tarde, parado él en la esquina de la contemplación, pasó por allí Dionisio Azcárate jineteando uno de sus briosos caballos, con cuyos escarceos acostumbraba hacerle demostración de varón arrogante y dominador a la sensualidad femenina que le interesase excitar, y los hermosos ojos de la enamoradiza ya no vieron más para el mirador de la timidez... De donde esta se quitó en seguida, para convertirse, en la

reconcentrada intimidad, en el más tremendo atrevimiento del hombre a quien otro fuese osado a quitarle mujer de sus amores.

Y al día siguiente la brutal noticia: Clorinda se había fugado de su casa con el caballero Azcárate...

Nunca fue tan triste, tan feo, el canto de la tojosa en el atardecer.

Y, en llegando a su casa, le dijo a su padre:

—No volveré más aquí, ni mientras tú trabajes para Dionisio Azcárate me llevaré a la boca pan comprado con el dinero que él te pague.

—¿Qué dices? —repúsole Juan Marino, sorprendido por aquella inusitada altanería.

Pero la repentina audacia del tímido es incontenible, y la respuesta fue:

—Lo que ya me has oído.

—Que no me lo repetirás.

Y diciendo esto, Juan Marino alzó el puño y lo descargó sobre la boca del hijo irrespetuoso.

Fue el subitáneo encrespamiento de la lealtad subalterna de Juan Marino, elevado por Dionisio a la categoría de mayordomo de la granja para no tener que ocuparse en ella. No averiguó qué le había ocurrido a su hijo con el "caballero Azcárate" —como lo mencionaba respetuosamente—; pero, en todo caso, desde lejos le venía la predisposición a acatamiento, que no le permitía admitir que un hijo suyo se rebelara contra un Azcárate, hijo de don Pablo, que puso en él toda su confianza. Además, en lo profundo de su intimidad labriega persistía aquella aprensión contra el hijo, propenso a "mirar para arriba", que no le tomó ni ejemplo ni enseñanza de su condición y de su oficio campesinos y por el camino de los estudios se le alejaba de su humildad, aunque no le hubiese contrariado tal inclinación por lo bondadoso paternal que había dentro de su rudeza.

Brotó sangre de la castigada boca y Rafaela se le acercó a Juan Luis, preguntando:

—¿Qué has hecho, hijo? ¿Qué le has dicho a tu padre para que así te haya sacado sangre? Y él le respondió:

—No te preocupes, mamá. Es sangre de la cabeza del aura tiñosa en el pico del pitirre. Juan Marino tiene la mano recia y pega duro, pero me ha hecho aprender algo que me hacía falta. No duelen las bofetadas tanto como yo me lo imaginaba. Se me ha quitado el miedo de pronto, y eso debió enseñármelo mi padre desde mucho antes.

Se olvidaría de Clorinda y con mayor ahínco se consagraría al estudio.

En su previsión de porvenir, como en noche oscura, relampagueaba ya una invitación a destino extraordinario, dramático, pero magnífico. La participación del estudiante universitario en la lucha política contra la dictadura sufrida por el país ya le había costado a este derramamiento de sangre generosa y apagamiento trágico de claros talentos; pero allá, en la Universidad de La Habana, había un Salón de los Mártires, donde se recogían los retratos de los estudiantes caídos, y en el relampagueo de porvenir se divisaba el de Juan Luis Marino allí también.

Por otra parte, ciertas lecturas le habían desquiciado ya los fundamentos de sus creencias religiosas; pero de modo paradójico, entre los escombros de ellas, se alzaban ansias místicas de superación, de dedicación de la vida a propósitos trascendentales. Y la bofetada injusta, encima del maltrato de amor, lo decidió a quitarse, de una vez por todas, de posturas de contemplación.

Abandonó la casa paterna, sin que Juan Marino se lo impidiese y sin atender a las súplicas de la madre llorosa; pero el guajiro recio, de la mano alzada por la lealtad subalterna, consoló a la mujer, diciéndole:

—No llores, Rafaela. Hoy se te salvó tu hijo. Créemelo a mí. Ya Juan Luis se atreve, y hombre que no se atreva para nada servirá. No sé qué le haya hecho el caballero Azcárate; pero, en todo caso, a él tendremos que agradecerle que el hijo se nos haya hambreado. Déjalo andar su camino. Desde aquí le seguiremos los pasos.

—Pero ¿de qué va a vivir?

—No te preocupes, mujer. Sin que me vea la mano, desde aquí se la arrimaré a sus dificultades. Hambre no pasará.

Se consagró al estudio con mayor ahínco, como se lo había propuesto, sin angustias económicas, gracias a la mano oculta del padre, que le procuró trabajo que le permitiese mantenerse sin faltar a la obligación escolar; pero al aproximarse los exámenes de lo bien aprendido, hasta la medianoche el libro en las manos, comenzaba a tirarlo en arrebatos coléricos, a dudar de su inteligencia y a preguntarse si no sería preferible que se aplicara a ordeñar vacas, como a ello bien lo habría enseñado su padre. Sus profesores sabían que era buen estudiante y sus condiscípulos acudían a él para que les resolviese las dificultades, pero en la exhibición de los exámenes nunca hizo ninguno más triste papel. Ni él mismo ninguno tan desairado como el que, por causa de otras lecturas y conforme a aquel misticismo sin formas positivas de religiosidad que se le venía acentuando, hubo de desempeñar con la rumbera de cabaret en que paró Clorinda cuando Dionisio Azcárate la abandonó, al principio en uno de los mejores de la ciudad, pero muy pronto en otro de grosera clientela, situado en las inmediaciones del puerto de La Habana y denominado Cabaret de los Marineros.

Fue a verla allí una noche, con todo un propósito apostólico de influencia tolstoiana, bien premeditado, bien escogidas previamente cada una de las palabras de la mística invitación a regenerarse y redimirse de la caída en los abismos de la lujuria.

—¡Juan Luí! —exclamó la rumbera, en cuyo rostro ya no había la frescura de la ansiosa de amor en el umbral de su puerta—. ¿Por fin aprendiste a acercártele a las mujeres? Y luego, con entonación de tristeza de sí misma, ya sin pudor:

—Llegas tarde, chico. Yo voy rodando pabajo y ya no hay Virgen de la Caridad del Cobre que me asujete.

Al principio me aplaudían los turistas y los caballeros gozadores con mucha manguá en los bolsillos, y en las comparsas de los carnavales toa Labana se desmigajaba aplaudiendo a la mulata Clorinda, fina cantidá bailando la rumba sabrosa por el medio de la calle, paseo del Prado arriba, enseñando las bonitas piernas. Pero me empezó el mal y pabajo se ha dicho.

Llegas tarde, Juan Luí.

—No vengo a lo que te imaginas —repuso él—. Sino a invitarte a..., a..., a que te redimas.

—¿Cómo es la figura? ¿A que me redima?

—A que abandones ese camino y te regeneres.

—¡Ay, Juan Luí! ¿Tú como que perteneces a eso que en Nuevayol llaman el Salvación Almi, según he oído contá? Y como en esto ya se habían sentado cerca de ellos otras cabareteras con sus correspondientes marinos, ya Juan Luis no podía con el apóstol, a punto de derrumbársele en el ridículo; pero hizo un esfuerzo heroico, y dijo:

—Lo malo, lo triste, lo desgraciado no es caer y rodar hasta el fondo del abismo, sino no poder o no querer incorporarse y enderezar el paso por el camino recto de la dignidad humana.

Y mostrándole un libro que consigo llevaba, agregó:

—Mira. He traído este libro para obsequiártelo.

Lo cogió Clorinda y, leyendo en la portada, dijo:

—Resurrección. ¡Hum! Yo le vi esa película a Dolore del Río. Pero tú tas atrasao, Juan Luí. Lo que se pudre no resucita, y yo estoy muerta y corrompía.

Dicho lo cual soltó una risotada, a la que le hicieron coro de burla cabareteras y marinos en las mesas cercanas.

Juan Luis se puso de pie y se apresuró a sacar de allí al apóstol, que se le había derrumbado totalmente.

Tolstoi se le cayó de las manos, para darle sitio a libros de orientación materialista que llamaban a lucha franca en persecución de bienes positivos, concretos, terrenales, sin vista alzada a cielos de artificio. Y en comenzando a leerlos, reconoció que Clorinda había tenido razón cuando le dijo:

—Tú tas atrasao, Juan Luí.

Pero así como de la ruina de las creencias positivas y candorosas, por modos de contradicción, le salió adentro un místico, ahora también, con el materialismo devorado a tragagrueso, se le alimentó un idealista, ansioso de perennidad en el Salón de los Mártires.

Ya terminaba sus estudios de Instituto, pronto ingresaría en la Universidad, y allí conocería a Justo Rigores, líder del estudiantado en posiciones de fuego contra las supervivencias de la dictadura que oprimió y ofendió. Soñaba con el día de la ansiada oportunidad de estrechar aquella mano. Implacable, como tienen que serlo todas las que se hayan puesto al servicio del ideal.

Entre tanto, sería bueno que acostumbrara la suya a manejar pistola, como lo pedían las circunstancias; pero...

—¿No es acaso más hermoso el martirio, desarmada la mano, adelantado el pecho a la inmortalidad del sacrificio? No había duda. Juan Luis Marino era un caso de idealismo a toda prueba. Honda raíz en la tierra cubana.

Viejo dolor, pero inextinguible esperanza.

III

Mar de fondo

De pie, a la orilla del portal de la casa que entre airoas palmas reales se alzaba en lo alto de la colina, estaban Dulcenombre, Juliana y Raquel. Una santiagueña elegante la primera, con buena correspondencia al nombre en el rostro, donde se convertían en bondad las dulzuras del azúcar, a cuya producción se dedicaba su marido en el ingenio; una hechura de espíritu aristocrático la segunda, con cierto encogimiento de soberbia en la nariz, como si estuviese oliendo el bien logrado aroma del tabaco que su esposo cultivaba en las buenas vegas de Pinar del Río; una figura estilizada la tercera, en la cual parecía reproducirse la función coordinadora de Eugenio, su marido, en la armonía de lo profundamente femenino y lo delicadamente artístico. Tres mujeres bien escogidas por tres hombres que perseguían un doble propósito de predominio económico y buen lucimiento social.

—¡Muñeca! —exclamaron las dos primeras, abriéndole los brazos a Florencia, a quien en seguida cubrieron de besos.

Pero Raquel se la puso a distancia de buena contemplación, y unas dos o tres veces exclamó:

—¡Mujer!...

—¡Qué gusto me da verlas! —repuso la agasajada. Y luego, con reticencias de genio burlón—: Pero ¡qué falta me hace aquí Edith, la de Clemente! Aquí estaría diciéndome, con su bonito inglés: Darling!

—No seas majadera —repúsole Clemente—. Con Edith has pasado buenos tiempos en Miami, y creo que de algún provecho te haya sido el trato y comunicación con ella.

—No le hagas caso —intervino Alfonso—. Habla así por buscarte la lengua.

Y en esto salió del interior de la casa la negra Natividad, que había sido aya de Florencia y aún se conservaba al servicio de la familia.

—¡Nati linda! —exclamó la Muñeca, corriendo a su encuentro—. Mi manejadora querida. ¡Qué bien te conservas, negra linda! Y entre abrazos y besos, a la negra emocionada se le deslizó un desencanto:

—¡Mi Muñeca! Que ya no me llama como antes: mamá Otra.

Porque había sido ella quien de madre le había hecho las veces cuando pequeñita perdió la verdadera.

Cohetes lanzados al aire desde el caserío campesino que se extendía por delante de la colina, habitado por los trabajadores de la finca que manejaba Dionisio, llamaron hacia allá la atención.

—Escucha, Muñeca —díjole Natividad—. Tu gentecita de allá abajo. La que cuida las vacas y las gallinas, y ordeña la leche, y recoge los huevos, y siembra la tierra, mientras el caballero Dionisio les caracolea el caballo a las guajiras sandungueras.

—¿Qué dices, negra charlatana? —replicó Dionisio, pero sin enojarse.

—Déjeme terminá, caballero. Tu gentecita, Muñeca, celebrando tu llegada con cuetes y voladores. Aguítalos allá, todos mirando pacarriba, a ve si te distinguen. Asómate ahí y salúdalos con la mano en alto. La Mano Azcárate... en buena ocupación alguna vez.

Dijo esto con buen humor, y Alfonso le replicó:

—¿Qué estás diciendo, Natividad?

—No me regañe el caballero. Porque las cosas son las cosas, pero de un modo se miran dende arriba y de otro dende abajo.

Hizo Florencia lo que le aconsejaba Natividad, y Dionisio, haciendo alarde de su robusta voz, desde la colina arengó a los del caserío:

—Bueno. Se agradece aquí la alegría de allá por la reconstitución de la Mano Azcárate. Y ya saben: esta noche, función de circo, con una sorpresa en honor de la Muñeca.

Voces de júbilo le respondieron en el caserío, y Alfonso le explicó a Florencia:

—Dionisio adquirió los restos de un buen circo de acróbatas que de tumbo en tumbo vino a encallar en Guanabacoa, y con ellos les procura distracción a los trabajadores de la finca.

A lo que repuso Florencia, fingiendo gravedad:

—¡Alfonso, repara en lo que dices! Eso es aquello de pan y circo.

Pero Clemente aprovechó la oportunidad:

—No. No tanto eso como otra cosa.

Entre los trabajadores de granja que maneja Dionisio —vamos a decirlo así, hay algunos que tienen hijas bonitas, y...

Era el mar de fondo que empezaba a manifestarse; pero Eugenio se llevó consigo a la Muñeca al recibimiento del portal, donde tomaron asiento todos, y así comenzó a expresarse el coordinador:

—¡Florencia! Ese nombre requiere que se le pronuncie con cierta entonación, fuera de lo común y corriente.

¡Florencia! Porque parece que anunciara persona con extraordinaria misión sobre la tierra.

—¿Tanto así? —repuso la Muñeca, soltando luego la risa.

—Sí. Cuando digo la tierra, no me refiero a todo el globo terráqueo, sino a la porción de él donde cada cual tiene alguna misión que cumplir. En la Muñeca, donde se aprieta la fuerza con que se cierra y se apuña la mano, late el pulso, y estando ya aquí la de la Mano Azcárate, en ella debe latir el de la familia.

Alfonso demostraba complacencia en aquellas palabras de Eugenio y Dulcenombre se la compartía; pero Dionisio interrumpió:

—¿Qué estás haciendo, Eugenio? Que por oírte el pico de oro no nos hemos fijado en que llega Edith, sin que hayamos corrido a su encuentro.

En efecto, bajaba ya de su automóvil Edith. Era una mujer de agradable presencia, bien educada y que poseía ecuanimidad y dominio de sí misma, pero de una manera tan norteamericana, que, traduciéndolo al inglés, había que llamarlo self control.

Había oído las palabras de Dionisio, que acostumbraba hablar a gritos, y entró bajo el portal, diciendo:

—Te advierto, Dionisio, que Clemente, mi marido, va a imaginarse que tú has dicho eso para dar a entender que yo he venido tarde, a fin de adueñarme de toda la atención que debía estar puesta en Florence, por ser ella la recién llegada.

Y Clemente, de pie, como todos los demás:

—Don't pay attention, darling.

Tomaron asiento de nuevo, perpleja Florencia, silenciosos todos, y Edith sonrió y dijo:

—Es curioso. Siempre ha sido verdaderamente admirable... Perdón.

Considerable, la cantidad de risa que los Azcárate ustedes tienen siempre dentro del cuerpo.

—¿Sí? A mí que me registren —dijo Dionisio chocarreramente.

—Ahora, no —repuso Edith con todo su self control—. Y por eso he dicho que es curioso. Porque ustedes son una gente dramática. De pronto se quedan callados y una siente que está dentro de un drama que de repente va a estallar.

Bernardo se atrevió:

—Edith quiere decir...

—Perdón, Bernard. Yo he dicho ya lo que he querido decir.

—Pues yo me he quedado en la luna —replicó Dionisio.

—No tiene nada de extraño —díjole Edith—, pues tú siempre estás en alguna luna... de miel.

Y Clemente:

—Edith se refiere, Muñeca, a que los jornales que se pagan en la finca que Dionisio maneja no siempre corresponden tanto a lo que en ella se trabaje como al número de guajiras buenas mozas que en sus casas tengan los colonos.

—¿Se podría saber —explicó Dionisio— si lo que tú ganas, Edith, jugando a los caballos de Clemente, va a parar a las manos del coordinador?

—¡Basta ya! —dijo Alfonso enérgicamente, descargando un puñetazo en el brazo del sillón que ocupaba—. No estamos reunidos aquí para tratar de negocios, sino para agasajar a nuestra hermana, vuelta al seno de la familia.

Pero ya se había dicho lo suficiente para que Florencia se diera cuenta de que entre los dedos de la Mano Azcárate ya no reinaba la armonía de antes.

Jovialidad y cavilación

En la mesa, sin embargo, reinó cordialidad. Porque la autoridad de Alfonso era indiscutible entre ellos y aquel puñetazo de protesta los había metido en cintura a todos, inclusive Edith, cuya buena educación siempre le daba consejos prudentes.

En el mundo de los intereses materiales, el mantenimiento indiviso de la herencia de Pablo Azcárate ya era imposible, pues cada cual deseaba ver como suyo propio el fruto de su trabajo o de su habilidad, como en el caso de Clemente, cuyos caballos de carrera las ganaban con sus patas, pero sin duda alguna gracias al acierto con que él los escogía y los hacía entrenar.

Y en cuanto al mejor beneficio que la previsión paterna quiso procurarle a Florencia con aquella disposición testamentaria, ya le estaba logrado con el incremento de la fortuna por la diligencia de los hermanos, quienes, por lo demás, estaban bien dispuestos a mejorarla en la partición. Pero en el seno de la familia los Azcárate sabían ser gente cordial.

Sentados ya a la mesa, Eugenio inició la charla en formas de buen humor.

—A ver —díjole a la hermana—.

Cuéntanos cómo fue eso de salir con buenas calificaciones en tus exámenes finales.

—Muy sencillo —respondió ella—.

—¿Crees tú que puede haber alguien que se atreva a reprobar a este acontecimiento de mujer? Hubo examinadores que quisieron suspenderme, es la verdad... Pero en brazos. Solo que cuando terminó el examen ya todos estaban cansados de ver tanta mujer por delante en una sola examinanda. Ya lo dijo Dionisio:

—¡Se cansa uno! Se lo celebraron los Azcárate con toda la considerable cantidad de risa que siempre tenían por dentro, como había dicho Edith, y solo Juliana, la de Bernardo, agregó una observación de buen tono:

—Esa frase es algo populachera y, por consiguiente, impropia de ti.

—Descuida, que ya me oirás otras de más grueso calibre.

—No digas tonterías —intervino Dulcenombre. Y en seguida, para situar la conversación en terrenos de formalidad—: Y de Miami, ¿qué impresiones traes?

—¡Estupendas! Allí me expliqué, por fin, el milagro del paso del mar Rojo a pie enjuto.

—¿Cómo es eso? —inquirió Alfonso.

—Ya verás. En las temporadas de playa, todas las de Miami y todos los puentes que allí hay, como bien sabes, se llenan de judíos provistos de cañas de pescar, y allí se están días enteros pesca que te pesca, aunque no pesquen nada. Vienen de los cuatro extremos del inmenso país, no pasan de las orillas del mar, cuando no de junto a los parapetos de los puentes, y cuando regresan a sus casas llegan con la boca llena con estas palabras:

—¡Vengo del mar! Como si dijeran:

De alta mar, donde desafiaban tormentas.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo del mar Rojo? —averiguó Clemente.

—Ya verás. Esa inclinación a la pesca les viene de los judíos desde sus orígenes, en el fondo de la Historia, y cuando Moisés se los llevó en la huida de Egipto, al llegar a las orillas del mar Rojo, sacaron sus cañas, no tan complicadas como las de ahora, por supuesto, y se pusieron a pescar. Hombres, mujeres, niños.

¡Todo Israel! Se quedó mirándolos el mar Rojo y se dijo:

—Estos me van a dejar sin peces si no los deajo pasar. Y ¡zas!, abrió sus aguas, las levantó como dos paredes y les dijo:

—Go ahead, go ahead!. Bueno, no lo dijo en inglés, pero se lo dijo.

Otra vez la carcajada unánime, apenas con la excepción de Edith, quien luego repuso:

—Has empleado unas palabras que merecen una explicación. Has dicho que los pescadores de los puentes de Miami regresan a sus casas diciendo enfáticamente:

—Vengo del mar. ¿Se rá porque nosotros, los norteamericanos, tenemos demasiada imaginación, o porque tenemos una diferente de la de ustedes los latinos?

—Eso último, ni que discutirlo.

—Sí —prosiguió Edith, con algo de sus tiempos de profesora—. Una imaginación organizada para una finalidad práctica, útil. Vamos a tomar sol y aire de mar, convenientes para la salud, y mientras tanto pescamos, porque estamos acostumbrados a hacer algo siempre. A tener siempre alguna ocupación dentro de un sistema establecido, como lo es el descanso de las actividades mentales en los lugares apropiados para eso. Los que pueden ir a alta mar, allá van y allá corren los peligros que por allí los esperen; los que no, se quedan en las orillas o en los puentes, por debajo de los cuales hay aguas marinas, y por eso dicen, al regresar a sus casas:

—Vengo del mar. Porque es la verdad, ya que el mar es mar hasta en sus orillas. Tú no puedes comprender eso porque tienes una imaginación dramática, de alta mar y con borrascas.

Acaso Edith iba a agregar algo más, pero Florencia le quitó la palabra:

—Tú lo has dicho, Edith. De alta mar y con borrascas.

Y como al decir esto frunció el ceño, bajó la cabeza y guardó silencio, los demás se quedaron mirándola y luego se miraron unos a otros, como preguntándose qué le habría ocurrido a la Muñeca, qué traería entre ceja y ceja.

Función de circo

Tenía cierta gracia aquella agrupación de casitas campesinas, donde no desentonaba la presumida de Juan Marino entre las humildes de los ordeñadores de las vacas. De madera algunas, pintadas de azul o de verde; de rojos ladrillos sin revestimiento otras, con portales de sentarse a tomar el fresco de la brisa nocturna las más de ellas, y pretilos sobre los cuales se alineaban cacharros con plantas floridas. No se habían puesto totalmente de acuerdo para componer calle alineada, y entre algunas de ellas se habían quedado a dar sombra viejas ceibas frondosas y a enderezar elegancia palmas reales solitarias.

Los floridos arbustos de adelfas rosadas y blancas y los de rojas yuramiras y bugambillas mantenían los fueros del campo entre la presumida y los humildes; pero alrededor de todas, allí mismo, estaban los anchos prados donde pacían las vacas, los paños de labrantíos, los diáfanos palmares, las suaves colinas.

No había nadie por todo aquello, pues la población entera llenaba ya el circo, donde iba a efectuarse la función en homenaje de la Muñeca Azcárate. Una vieja carpa, con tantos rotos como descosidos, bajo la cual colgaban algunos trapecios, y a uno y otro lado de la pista gradas de madera para los espectadores. Ya estaban llenas, y entre las pardas o blancas vestiduras de los hombres, las manchas de varios colores de los trajes de las muchachas. Olía a vacas, pero también a flores, con bastante de perfumes artificiales, no de los más finos. Había impaciencia, porque el palco destinado para los caballeros —los Azcárate— aún estaba vacío.

Por fin llegaron, y grandes aplausos saludaron la aparición de Florencia, la Muñeca, quedando luego el rumor de los comentarios.

Porque las viejas recordaban a la esposa de Pablo Azcárate, una dulce señora de quien la Muñeca no parecía ni prójima y porque entre las jóvenes algunas tenían que recordar que, siendo niñas, habían correteado junto con ella por aquellos campos.

Comenzó la función. Dijeron los payasos sus sandeces y se las encontraron graciosas; salieron luego los maromeros, y todo el público estuvo de acuerdo en que era sorprendente cuanto hacían de sus músculos en barras y trapecios.

—Mas, ¿por qué no estaba don Dionisio Azcárate en el palco de los caballeros? —Se preguntaban ordeñadores y mayordomos, así como también sus respectivas mujeres.

Mientras que casi todas las muchachas se hacían la misma pregunta, pero de este modo:

—¿Por qué no estará él? Porque Dionisio Azcárate, arrogante, simpático, enamorado, era para casi todas ellas él... El que les decía cosas que las hacían ruborizarse cuando pasaba por delante de sus casas caracoleando el caballo, mientras ellas –por pura casualidad– estaban en los portales regando los tiestos de plantas floridas. El que les hacía regalos los días de sus santos. El que a varias de ellas les había regalado una bonita prenda de vestir, pero tan íntima, que ellas no habían podido mostrárselas a sus madres, y tuvieron que guardarla, murmurando:

—¡Las cosas que se le ocurren a él! Y con esto de que él no estuviese en el palco de los caballeros ya casi no miraban hacia allí las muchachas que adornaban la concurrencia con los colorines de sus trajes.

Se retiraron los acróbatas, y con un recogimiento de silencio el público se preparó para las emociones del número final. Lo anunció un griterío:

—¡Los leones! Ya los sacaban a la pista dentro de una gran jaula rodante. Dos leones abisinios –decían los carteles de propaganda–, con cuyos rugidos en el silencio de la noche las madres del caserío amedrentaban a los chicos que se les resistieran a dejarlas descansar entregándose al sueño.

Momentos después salió el domador Gary, ojizaino, rojo, corpulento, en una mano el látigo y en la otra la toalla con la que se enjugaba el sudor, del cual se decía que apestaba a ron. Esperó que cesaran los aplausos con que se le había saludado, y:

—Ladies and gentlemen –dijo–.

Yo estoy malo esta noche. Yo tengo un poco bastante de miedo porque uno de esos leones se ha puesto enemigo mío esta tarde.

Se elevaron voces de protesta y gritos de:

—¡A la jaula, cobarde, a la jaula!

—Well –dijo el corpulento Gary–. Yo voy a entrar en la jaula, porque es mi deber; pero... yo tengo un poco bastante de miedo.

Mas en esto apareció Dionisio Azcárate en la pista, y dirigiéndose a Gary:

—Déme acá ese látigo –díjole–.

Aquí hay domador que no tiene miedo.

—¡Oh! –hizo bajo la carpa el asombro, unánime, puesto en pie todo el público.

Y ya Dionisio estaba dentro de la jaula.

—¡Él!... –exclamaron las muchachas que ocupaban las gradas, en un perfecto acuerdo de admiración que les pudo más que el miedo.

En el palco de los caballeros, las señoras de los Azcárate se alarmaron y preguntaron:

—Pero ¿qué va a hacer Dionisio?

—Domar leones –repúsoles Edith, que ni se había puesto de pie ni daba muestras de angustia.

Y Alfonso, sonriendo, las tranquilizó:

—Siéntense y no se angustien.

Ya restallaba el látigo del improvisado domador sobre la ferocidad de los leones, aculados en uno de los extremos de la jaula, mostrando los terribles colmillos y haciendo como si rugieran; pero Florencia ya había descubierto que en aquel par de abisinios –si los carteles no mentían– ya no había ni sombra de ferocidad, sino vejez y terror al látigo de Gary, que tanto los había maltratado, ahora en la mano Azcárate.

Se puso de pie, dispuesta a salir del palco.

—Quédate tranquila –díjole Alfonso, tratando de retenerla–. Dionisio me ha asegurado que no corre riesgo, porque ha hecho eso varias veces, aunque no en público.

Pero ya ella no atendía a persuasiones.

Salió del palco, atravesó la pista, se acercó a la jaula, recorrió el pasador de la puerta y penetró en ella, ante el asombro unánime también, pero además ante la perplejidad de Dionisio, y plantándose por delante y alzando la voz de modo que pudiese oírla todo el circo, así habló:

—¡Farsante! Te has puesto de acuerdo con el domador para representar esta comedia de bravura Azcárate, sabiendo ya que esos pobres leones no serán capaces de hacerte daño alguno.

¡Especulador de la ingenuidad de la gente sencilla que te siembra la tierra y te ordeña la vaca! ¡Atropellador de la ilusionada candidez de la guajira que está enamorada de ti, sin darse cuenta de que no podrás hacerla sino desgraciada! Suelta ese látigo y sal de aquí. Y volviéndose hacia los leones acorralados en el otro extremo de la jaula y acercándose a ellos mientras miraba al público, agregó:

—Vean, tontos y tontas. Era con esto con lo que estaban dejándose engañar y embelesar. Esta mansedumbre, esta infelicidad de vejez y miedo.

Aprendan, tontas, a no dejarse embaucar por los alardes de buen mozo valiente de este farsante hermano mío.

Las enamora a todas, una a una, y a todas las hará desgraciadas si entre sus brazos caen.

Pero ya estaba Alfonso Azcárate junto a la jaula, ordenándoles:

—Sal, Dionisio. Y tú también, Muñeca, sal de ahí.

Pero Dionisio tenía recursos de que echar mano y, saliendo de la jaula, alzó hacia el público la resonante risa y luego la poderosa voz:

—Ladies and gentlemen..., como dijo Gary. Digan después que los Azcárate no hacemos sacrificios por divertirlos a ustedes.

Y algunos comenzaron a aplaudir, pero otros no se atrevieron a hacerlo.

IV

Quando se nos arrebató el miedo

Coincidió aquella función de circo con la acostumbrada visita de Juan Luís a sus padres una vez por semana, aunque, en realidad, no era la noche de domingo destinada a ellos. De lo cual infirieron sus maliciosas hermanas que la equivocación se debería al deseo de ver a la Muñeca Azcárate, que, allá cuando niño, fue objeto de sus contemplaciones desde abajo. Y cosa más rara aún: asistió a la función de circo.

Cabizbajos regresaron de ella Juan Marino y Rafaela, Clotilde y Eumelia. Estas se recogieron en seguida a su habitación y aquellos tomaron asiento en la modesta salita, pensativos, silenciosos.

Pero Juan Luís se mantuvo de pie, y, mientras iba de aquí para allá por delante de sus padres, así habló:

—Y ahora, ¿qué harán los servidores de Dionisio Azcárate, a quien le tenían miedo?

Quando se nos arrebató de pronto el miedo con que se nos ha amasado la vida, nos quedamos tambaleando, vacíos por dentro, y nos asustamos de nosotros mismos, sin látigo de domador sobre nuestras cabezas.

Rafaela alzó hacia él mirada de incompreensión, y él agregó:

—Ella rompió el encantamiento, pulverizando una mentira contra la cual nadie se había atrevido, y nos puso el dedo en la llaga. La mentira del amo bueno, del caballero Azcárate, a quien daba gusto servirle: sembrarle la tierra, ordeñarle y pastorearle la vaca;

la llaga del no querer darse cuenta de que el "caballero Azcárate", don Juan de aventuras fáciles...

Pero Juan Marino le quitó la palabra, diciéndole:

—Calla la boca. Trágate lo que ibas a decir, o...

—¿O me rompes la boca otra vez? ¿No es eso?

—¡Juan Luís! —intervino Rafaela con expresión suplicante.

Pero aquel Juan Luís ya no era el mismo de antes, que a nada se atrevía, y prosiguió:

—Aquella vez Dionisio Azcárate me había quitado novia para convertirla en concubina suya, y en vez de preguntárseme:

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Qué es lo tuyo?, se me abofeteó.

Juan Marino bajó la cabeza y murmuró:

—Tienes razón. Después lo supe.

Pero, en todo caso, eso tienes que agradecerle al caballero Azcárate.

La muchacha en quien habías puesto tus ojos no era buena para novia tuya.

—No lo discuto —repuso Juan Luís. Pero esta noche me han dicho en el circo, a voz en cuello, cosas que obligan a tomar determinaciones.

Ahí están Eumelia y Clotilde, y vale la pena averiguar si por delante de ellas caracolea su caballo enamorado Dionisio Azcárate.

—¡Juan Luís! —suplicó otra vez Rafaela—. Tú tienes razón para odiar al caballero; pero... Juan Marino se había puesto de pie bruscamente y ya se dirigía a la habitación de las hijas.

Estaban ellas sentadas al borde de una de sus camas, sin haberse quitado todavía los trajes del engalanamiento campesino para asistir a la función de circo, cabizbajas, pensativas, y Juan Marino se les plantó por delante, inquiriendo autoritariamente:

—A ver. A decirme ya si es cierto que el caballero Azcárate las galantea a ustedes.

Mas como si así hubiese preguntado más de lo que le permitiera la lealtad subalterna, en seguida agregó, corrigiendo:

—O mejor dicho. Si es cierto que ustedes están enamoradas de él, sabiendo, como deben saberlo, que él no puede cortejarlas sino para...

Eumelia y Clotilde habían alzado hacia él miradas medrosas, sin hallar qué responderle, y ya totalmente fuera de sí y sacudiéndolas por los hombros, una en cada mano vigorosa, él agregó, rugiente:

—Necesito saberlo ahora mismo.

Ya.

Y, sin esperar respuesta, comenzó a golpearlas.

Rafaela, que detrás de él se había venido de la sala, acudió a quitárselas, diciéndole:

—¿Qué haces, hombre? ¿Por qué las maltratas... a ellas? Y Juan Luís, que se había asomado a la puerta de la habitación, dio la respuesta:

—Porque cuando se nos arrebatara el miedo nos enfurecemos.

Crisis

Como en los sueños, donde las cosas pueden ser, al mismo tiempo, una y su totalmente contraria, Florencia había entrado en su alcoba bajo la impresión indiscernible de haberse tropezado consigo misma en el preciso instante de fugarse de sí misma. Muchas veces había sufrido desilusiones, pero todas de banal interés puesto en cosas fútiles o transitorias, y ninguna le había dejado amargas, pues así como al sacudir la cabeza aventaba la entre oscura y dorada cabellera, así también se quitaba del pensamiento las ideas que pudieran mortificarla. En los colegios por donde había pasado fueron innumerables las lenguas que se le habían mostrado para expresarle burla o

menosprecio y los encogimientos de hombros con que sus amiguitas, a sus amenazas de no tratarlas más por algo desagradable que le hubiesen hecho, le habían respondido:

—¿Y a mí qué? Y pronto había adquirido la costumbre de sonreír cuando tal le hacían y de preguntarse:

—¿Por qué será que las mujeres, cuando algo nos disgusta, nos empeñamos en que no queden dudas de que somos tontas, sacando la lengua y haciendo morisquetas? Las guajiritas de Los Azcárates no se habían atrevido a tanto cuando a la salida del circo pasó por delante de algunas de ellas; pero las miradas que le dirigieron demostraban que no le habían agradecido lo que en beneficio de ellas dijo dentro de la jaula de los leones, y

Bernardo, que en ello se fijó, ya le había dicho:

—Quien por pueblo se desvive, como a necio se le admire.

Pero, si en realidad aquello le había producido algún desencanto, este no pasó de cosa de epidermis o de brizna de paja en la cabellera, que con sacudírsela bastaba. Lo importante, lo angustiosamente necesario, por momentos, era analizar aquello de haberse encontrado al haberse salido de sí misma y que se le desvanecía de la intimidad consciente al tratar de formularse con pensamientos discursivos, quizá porque no estaba perfectamente claro en su noción de sí propia qué era Florencia Azcárate. El haberse acostumbrado a que la llamasen la Muñeca podía haberle creado una superposición de personalidades, mitad mujer, mitad juguete.

Recurrió a las figuraciones externas:

—Algo así como le ocurriría a quien, disponiéndose a salir de un aposento, tomare como puerta un espejo y se diera de narices contra las de su propia imagen... No. Tampoco. Pues, en ese caso, quien va hacia el espejo y quien viene por él son una misma persona.

Y en este caso mío, real y verdadero, ni sé quién iba ni quién venía.

Acudió a su memoria un recuerdo de los tiempos de colegio en La Habana.

Un pintoresco consejo que una vez le dio la Hermana Teresa:

—Hijita, cuando te pierdas de ti misma, sea porque de pronto se te olvide algo que ya ibas a decir, o porque inesperadamente te asalte una de esas ocurrencias a que nos induce el Enemigo Malo, acuéstate en tu cama, derechita, quietecita, tiesecita, como una muertica —Dios te libre—, a fin de que tu espíritu, al ver el bonito cuerpo de donde distraídamente se ha escapado, se apresure a volverlo a ocupar.

Y recordó que ella había replicado maliciosamente:

—¿El bonito cuerpo, Hermana Teresa? ¿Luego debo acostarme desnudita? Con lo cual se escandalizó la monjita y se cubrió de santiguamientos.

Sonrió al recordar el episodio, y con esto se le disipó la obsesión y comenzó a desvestirse; pero haciéndolo frente al tocador, donde había un espejo grande, se miró en él, se quedó mirando a la que en el espejo estaba, ya con brazos y hombros desnudos, y se le ocurrió decirse:

—Vamos a decirle a esa las cuatro frescas que se merece.

Y diciendo y haciendo:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Te me he perdido?... ¿Que no te gusto? ¡A mí qué! Tú a mí tampoco porque no eres sino una niña tonta, presumida, que por haberle oído decir a Eugenio que tu nombre debe pronunciarse con una entonación solemne, como para anunciar persona destinada a desempeñar una gran misión sobre la tierra, se te subió a la cabeza tu exagerada idea de ti misma y te metiste en una jaula de leones a dar un espectáculo que eclipsara el que había intentado Dionisio. ¡Cuándo te ha importado a ti un comino que se explote la ingenuidad de la gente que siembra tierras y ordeña vacas! Farsante, tú también, ¡Muñeca! Nada más que muñeca... ¿Me has sacado la lengua? Vuelve a hacerlo para romperte la cara.

Y cogiendo del tocador el frasco de agua de Colonia, de cristal tallado, lo arrojó contra el espejo, a la cara de su imagen.

Entraba en esto la negra Natividad, y exclamó:

—¡Muñeca! ¿Qué has hecho?

—Romper la muñeca. No se te ocurra decirme así otra vez. Se acabó la Muñeca Azcárate.

—¿Y cómo te digo entonces, mijita?

—Bobera, mentecata, tonta, presumida, presuntuosa, cabeza de chorlito.

¡Muñeca!

—¿En qué quedamos entonces? —dijo Natividad riendo.

—En vidrios rotos. Recógelos y tíralos.

Y volviéndose hacia ella, afectuosamente:

—Y cuéntame cómo te ha ido desde que estás sin mí.

—Eso era lo que yo esperaba. Pues me ha dío... vamo a decí que bien.

Porque, la veldá sea dicha, como negro es negro y blanco es blanco... ¡Y porái sigue! ...

Cuéntame tú ma bien cómo te fue en los Maiamis. Como dicen que se debe decil.

La negra se había sentado, y Florencia fue a ponérsele sobre las piernas que tanto la habían cargado, y así comenzó a decirle:

—Esta era una niña tonta, tan tonta, tonta y tan tonta, que estando tonta una tarde, la noche tonta la halló. Y por ahí sigue.

—¡Hum! —hizo la negra, acariciándole los cabellos—. No me lo niegues.

Tú tas enamorá.

—Pues mira. ¿Sabes que no? Porque la tonta tan tonta ni tonto novio encontró.

Y en este juego inocente, como cuando pequeñita, se fue quedando dormida en las piernas de la manejadora.

Fue un sueño breve, instantáneo casi: ella a la cabeza de un grupo de condiscípulas en un desfile de su escuela. El marcial uniforme gracioso, la gallarda arrogancia conductora, clarines y tambores en pos de ella, y a ambos lados de la calle, la admiración en la muchedumbre al paso de la Drum Majorett.

Despertó bruscamente, diciendo:

—¡Me encontré, Mama Otra, me encontré!

—¿Qué dices, Muñeca?

—Muñeca no, ya te lo advertí.

¡Florencia Azcárate, capitana! Tambores detrás de mí, y por delante un camino ancho, largo.

—¡Ah! ¿Un sueño?

—Sí. Pero un encuentro.

—¿Con quién, mijita?

—Con Florencia Azcárate. Tambores y clarines detrás de ella... ¡Ja, ja, ja! Y después de besar a la manejadora, quitándosele de las piernas:

—Ahora, a dormir tranquila.

Y aquella noche...

Habían regresado en silencio, y así tomaron asiento en el porche de la Casa de la Muñeca. Y fue Edith quien al cabo de un rato tomó la palabra:

—Yo no los entiendo a ustedes. Yo quizá no los entenderé nunca a ustedes. Dejan sus casas para venir a celebrar el regreso de la hermana a quien llaman la Muñeca, sabiendo que esta palabra da a entender que la persona a quien se aplica es objeto de contemplación y de consentimiento, y están ustedes felices, porque ella está otra vez con

ustedes. Pero ella no puede estar sino como ella es, y cuando hace una de las cosas de su manera de ser, a ustedes se les viene el mundo encima y se les van de las bocas las palabras.

—¿Luego tú apruebas lo que ha hecho Florencia? —inquirió Clemente.

—No, no —respondió Edith—. Yo he sido espectadora, nada más, de un do ble espectáculo. El primero, el del pasmoso valor de Dionisio —vamos a calificarlo así—, se dio con el consentimiento de ustedes. Un espectáculo muy Azcárate. El otro, el de Florence, también lo ha sido.

—Lo que sucede —repuso Dulcenombre— es que, aparte el natural disgusto que tiene que causarnos el espectáculo que ha dado Florencia, existe una situación familiar que acaba de hacerse más tensa. Tú no ignoras, tú menos que nadie, que entre los Azcárate hay quienes desean que se proceda a la partición de bienes, hasta ahora indivisos, y otros que, como mi marido, opinan que debe cumplirse al pie de la letra la voluntad de su padre.

Indivisa su herencia, mientras la Muñeca sea menor de edad.

—Además de eso —intervino Juliana—, la Muñeca ha hecho una cosa impropia de mujer perteneciente a una clase social que exige buen tono en todos los momentos. Se ha puesto a defender a gritos, ante un populacho, unos fantásticos derechos de ordeñadores de vacas y unos muy dudosos recatos de las hijas de ellos. Es realmente chocante que Dionisio, un Azcárate, las enamore; pero, en todo caso, "a los tuyos, con razón o sin ella", y, por consiguiente, Florencia ha debido respetar a su hermano.

—¡Umjú! —hizo Edith. Y dirigiéndose a la esposa de Eugenio—: ¿Y tú, Raquel, quieres hacerme conocer tu opinión?

—Florencia ha dado un espectáculo de mal gusto, en un arrebato de su carácter —dijo Raquel—. Le ha hecho un número casi de guiñol a la función de circo. Ha incurrido, en una palabra, en un desplante.

—Bien —dijo Edith—. Tres opiniones desde tres puntos de vista: el sentido práctico y doméstico de Dulcenombre, costilla de su marido, en quien duele lo que a él duela, en este caso la posible complicación de la situación familiar a que ella se ha referido; el sentido aristocrático de Juliana, que ha visto esta noche por el suelo de una jaula de leones la dignidad del apellido y el bonito sentido estético de Raquel, que ha presenciado una escena fea. Pero yo me permito creer que desde ninguno de esos tres puntos de vista se ha contemplado al ser humano, en sí, que tomó parte en esa escena: la Muñeca.

A quien todo siempre se le ha permitido y se le ha celebrado.

Hasta aquí los hombres oyeron y callaron, porque cada cual sentía que ya se estaba al borde de la partición de bienes, y unos por evitarla —como Alfonso y Eugenio—, y otros por no asumir la responsabilidad de haberla provocado, como Bernardo y Clemente, prefirieron abstenerse; pero Edith venía ya persiguiendo un propósito premeditado, y le buscó la lengua a Bernardo.

—Es posible —dijo— que Bernardo, por ejemplo, piense que el desplante de la Muñeca esta noche se debe a la educación que ha recibido en mi país...

Y Bernardo no la dejó concluir:

—Donde cada cual hace lo que le da la gana. Eso se sabe.

Y Clemente como si hablara Edith:

—Te equivocas. Es entre nosotros donde cada cual hace lo que le pide el cuerpo, como decimos; pero con la agravante, muy singular, de que no sabemos tolerarle a nadie las manifestaciones de su personalidad. Somos nosotros los responsables de que Florencia sea una voluntariosa; pero cuando dice: aquí estoy yo tal como soy...

Y Bernardo, quitándole la palabra:

—Exacto. Y cuando, además, le dice a Dionisio, cara a cara, lo que todos nosotros pensamos de él, pero no nos atrevemos a...

—Sí nos hemos atrevido —dijo Edith, sonriendo—. Pero es necesario advertir que yo no estoy de acuerdo, como no podemos estarlo ninguno de nosotros, en aquello de Florencia a propósito de quien siembra la tierra y ordeña la vaca.

Y Eugenio:

—Ya esperaba yo esa salvedad capitalista en la boca de Edith.

Y el puñetazo de Alfonso en el brazo del sillón, pidiendo la palabra:

—Bueno. Ya esto no tiene remedio.

Se cumplió con el Viejo, manteniendo hasta aquí indivisa su herencia, ya Florencia en mayoría; pero es evidente que si no procedemos a la partición de bienes, se dividirá la familia y nos convertiremos en enemigos unos de otros. Yo creí que el regreso de la Muñeca nos uniría más en el propósito de cumplir estrictamente la voluntad paterna; pero ha resultado lo contrario, pues, por lo menos, ya Dionisio no querrá nada en común con ella. Pero hay algo a que todos estamos obligados: a reincorporar a Florencia al espíritu de nuestra familia.

Se la llevará Eugenio a su casa, para que Raquel le dé el ejemplo que puede darle; se la llevará luego Bernardo a la suya, para que sea Juliana quien le muestre modelo de conducta; vendrá luego a buscarla Dulcenombre, para que en nuestra casa...

Y poniéndose de pie:

—Y no hablemos más. Se abrió el puño de la Mano Azcárate.

V

Un bonito mundo

Se frustró la previsión paterna de que en la Muñeca latiera el pulso de la familia. Florencia no estaba hecha para confluencias de corrientes borrascosas o remansos de serenidad.

Le faltaba para ello, desde la voz suave y el aire dulce que apaciguan y predisponen a actitudes razonables, hasta esa forma superior de la personalidad que consiste en parecer que no se posee ninguna y en confiarle la demostración de ella a los efectos logrados y no a las imperiosas maneras empleables; a todo el tiempo y no impacientemente a cada momento de él; a la comprensión de lo distinto y diferente y no a la sistemática afirmación de lo propio, en formas espectaculares.

Juliana había propuesto que antes de ponerse en práctica el plan de Alfonso, encaminado a la recuperación del espíritu cubano de Florencia que se le hubiese desnaturalizado durante la permanencia en el país extranjero, se cumpliera debidamente con la formalidad de su presentación en sociedad, en una recepción a la altura del elevado rango social de la familia; pero Florencia se negó a ello con estas enigmáticas palabras:

—No, querida Juliana. No. Yo tengo por delante de mí un camino ancho y largo, y detrás de mí vienen sonando clarines.

No lograron que explicase lo que esto significaba, y como por encima se le veía la voluntariosa ya desatada, se desistió de la proposición de Juliana, que a todos les había parecido muy razonable.

Se regresaron Alfonso y Dulcenombre al ingenio, en tiempo muerto a la sazón; pero donde se requería la vigilancia de él en la revisión de la complicada maquinaria que después de cada zafra se desmontaba para la reparación de las piezas que durante ellas se hubiesen dañado o resentido. Se regresaron Bernardo y Juliana a Pinar del Río, donde tenían aristocrática residencia en medio de las vastas plantaciones de tabaco, y se dispusieron a marcharse Clemente y Edith, con sus caballos, adonde fuese ocasión de correrlos. Dionisio quedó donde estaba, pero desmontando el circo, aunque sin quitarse de la cabeza la idea de continuar caracoleando su caballo por delante de cada casa donde hubiese guajira bonita. Y Florencia se despidió de Natividad para irse con Eugenio y Raquel.

—¡Cómo! —exclamó, sorprendida y compungida, la antigua manejadora—. ¿Me dejas otra güelta, ya vieja y triste, después de haberme hecho la ilusión de que no te me desapartarías más?

—No. Te dejo por unos días solamente. En tus brazos me encontré a mí misma, y eso no se me olvidará nunca; pero voy a pasarme unos días en la casa de Eugenio. Tú te quedas aquí, porque esta es mi casa y a ella volveré.

En las alturas de Almendrales, cerca del Bosque de La Habana, estaba situada la casa de Eugenio, entre árboles frondosos que le dulcificaban el rigor del clima. Llenaba las condiciones exigidas por el alto rango social y económico de su dueño, pero sin ostentaciones de fastuosidad. Para las señas, la distinguía solo el número correspondiente entre las demás del reparto residencial; pero sus amigos predilectos, artistas y escritores que allí solían reunirse, la llamaban la casa del equivocado. En efecto, si por fuera parecía una de tantas de hombres de negocios que por allí había, al trasponer el umbral se recibía la impresión de haber llamado, equivocadamente, a la puerta de una casa de artista. Era, desde luego, la de Raquel, cuyo dominio del piano no podía darse sino en el mundo del arte, y así se explicaba que allí reinara, en vez del sentido práctico de lo confortable más o menos lujoso, el de lo estético, agradable y de muy fino gusto; pero además del buen piano en apropiado sitio para que de su buena ejecución disfrutasen cómodamente varias personas y de los cuadros y esculturas que componían ambiente artístico, dentro de aquella casa también había, para sumergimientos en contemplaciones y meditaciones, volúmenes de bellas y graves letras que no eran tratados sino de negocios del espíritu.

Los del azúcar, el tabaco, el ganado y cuanto fuese de consultar para mejor industria y comercio de ellos, instruían al coordinador de los negocios de la Mano Azcárate allá en las oficinas de la coordinación; pero si en ella no se incurría en equivocaciones que originasen pérdidas de dinero, era porque en la Casa del Bosque se subsanaba Eugenio Azcárate con la buena música, el fino ambiente, el reposante libro. Y con un tierno empleo cotidiano de corazón confiado: una mujer exquisita y unas graciosas hijas.

Equivocado lo llamaban sus amigos por aquello de la coordinación, y, en realidad, Eugenio era el único de los Azcárate que se había puesto a hacer lo que no habría deseado. Alfonso producía buen azúcar, Bernardo buen tabaco, Clemente sabía escoger bien sus caballos de carrera, y el mismo Dionisio —a pesar de todo— muy buenas vacas lecheras.

Eugenio, en cambio, comenzó por estudiar derecho, pero no le pareció muy recto aquel camino para él; se asomó luego a las matemáticas, y se asustó un poco de la exactitud que pedían...

En la oficina de la coordinación había la necesaria en las cuentas claras; pero, sin duda alguna, dentro de ella, era el Azcárate que se había equivocado.

Llegó con Florencia a la caída de la tarde. Ya Raquel se les había adelantado. Una turbonada había descargado la atmósfera de la pesantez y el calor de julio, dejándole al sol poniente nubes tiernas para que compusiese crepúsculo suntuoso, y en los árboles que rodeaban la casa estaban todos los rajeos, trinos y silbos del pajarío habanero.

Y Eugenio explicó:

—Los amigos de Raquel. Vienen a rendirle cuenta de lo que han hecho en el día. No todos duermen en estos árboles, pero a ello acuden todas las tardes.

—Creí que todo ese bullicio —dijo Florencia— fuera para darme la bienvenida.

—Bien puede ser. Quizás Raquel les ha comunicado ya tu llegada. Ella y ellos se entienden maravillosamente; mas no creas que es solo porque les procura de comer. Debe de haber algo más, que uno no se explica fácilmente, pues en el reino de la música a que ella y ellos pertenecen rigen leyes misteriosas. Ya observarás el fenómeno; pero haz como yo: límitate a observar sin hacer preguntas. Raquel es un misterio gozoso que no necesita explicación.

Era la emoción del hombre enamorado de su mujer; pero también la diaria vuelta del equivocado, del mundo de los hechos positivos aplicables a negocios, al de las puras creaciones espirituales, que, aun bajo la apariencia de juegos imaginativos, encierra ejercicios profundos de buena misión humana. Aquel día, además, era ya de vísperas de regreso definitivo, y esto explicaba, también, su humor jovial.

Entraron en la casa que ya Florencia conocía.

—¿Y ellas? —preguntó al trasponer el umbral.

—Comiendo —le respondió Raquel—.

La manejadora dirige la escena, pero no se puede presenciar, pues inmediatamente se interrumpe. Ya las traerán a saludarte. Ven para que tomes posesión de tu cuarto. Una alcoba con balcón hacia el Bosque, amueblada y aderezada especialmente para ella, como las había en las casas de todos sus hermanos, aquí con el sello del buen gusto de Raquel y sobre la cama dos cajas grandes de cartón, aparentemente atadas con cintas al uso de las tiendas de objetos de regalos.

Florencia miró a Raquel, y en alta voz le preguntó:

—¿Muñecas para mí?

—Sí —respondió Eugenio—. Muñecas para la Muñeca.

Fingió creerlo Florencia, diciendo:

—Deben de ser muy bonitas, porque en las tiendas de aquí siempre hay muñecas preciosas.

Y acercándose a la cama, quitó la tapa de una de las cajas.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Lindísima muñequita! ¿Abres los ojos, muñequita?...

¡Ah! Abre los ojos. ¡Y qué lindos los tienes! ¡Hum! Parece que fuera a soltar la risa. Esta muñeca debe de hablar. ¿Cómo te llamas? Pero ya dentro de la otra caja no había paciencia, y saliendo de ella bruscamente, una copia exacta de la que contenía la risa, a un mismo tiempo dijeron las dos:

—Reneta, Renata.

Y fue como si un solo nombre, una misma niña lo hubiese pronunciado.

Ya tenían dos años las mellizas de Eugenio y Raquel; pero Florencia había dejado de verlas desde recién nacidas apenas. Le saltaron encima las dos, y cada una se adueñó de una de sus mejillas para cubrírsele de besos.

—¿A que no sabes quién es quién? —díjole Eugenio.

—Esta es Reneta —repuso Florencia, refiriéndose a la que tenía en el brazo izquierdo.

—Efectivamente. Ella es.

Pero Raquel intervino:

—Se equivocan los dos. Reneta es la otra.

Las niñas rieron y palmotearon, mientras Florencia preguntaba:

—¿Cómo las distingues, mujer?

—Muy fácilmente. Mas para eso se necesita ser madre.

—¡Qué gracia!

—Cuando tú lo seas, ya verás que sí tiene gracia.

—¡Oigan a la famosa pianista!...

Que no toca sino una misma pieza y plagiada.

Dijo esto último porque las mellizas se parecían a ella; pero no habría podido decir más, porque ambas se habían apoderado de su boca para sus besos.

Mas interrumpieron de pronto la amorosa ocupación, para decir:

—Mira, tía. Mírala.

Se referían a Raquel, que se había asomado a la ventana que daba al jardín, y en cuyos frondosos laureles comenzó a producirse en crescendo la sinfonía de todos los silbos, trinos y rajeos del pajarío habanero. Del padre habían aprendido las mellizas a ponerle emocionada atención a aquella escena, que diariamente se repetía, de misterioso entendimiento en el mundo de la música a que pertenecía Raquel —Eugenio no quería analizarlo, para no ponerlo en duda—, y Florencia, imitando al hermano enamorado de su mujer y en sus brazos las mellizas atentas, contempló en silencio a la cuñada, fina silueta envuelta en halo de contraluz, complacida en el canto que saludaba su aparición.

Luego Raquel, disponiéndose a retirarse de la ventana, dijo hacia los árboles sinfónicos:

—Bueno. A dormir ahora, que mañana habrá mucho que hacer.

Se retiró de la ventana, mientras las hijitas palmoteaban como de cosa comprendida y admirada; vino luego por ellas la manejadora, y cuando Eugenio y Raquel dejaron sola a Florencia en su aposento, esta murmuró:

—¡Bonito mundo el de Eugenio!

Un mundo feo

Una larga historia familiar, con barco negrero y barracón de subasta en sus blasones; con trabajo acumulador de méritos, de sol a sol, un día tras otro, un año tras otro, un siglo tras otro.

Los traían, confundidos en las sentinas, de varias tribus africanas, que hablaban distintas lenguas; pero los ofrecían a la venta pública, ya agrupados los de una misma procedencia y separados de los demás, en sendos barracones. Los necesitaba la siembra de riqueza en la tierra cubana para el tesoro de la corona española y se los llevaban de prisa los mayores, de modo que pronto aprendiesen, todos los de las distintas lenguas, a expresarse en español, diciendo:

—Mayorá son malo, tira cuero dó mano. Tó mi cuerpo está temblá.

Trabajaron, sembraron riqueza:

plantaron caña, cultivaron tabaco. Se reprodujeron, sucumbieron, una tras otra, con la misma suerte, varias generaciones, intacto el espíritu africano, congo, araná, lucumí el dialecto de las amargas comunicaciones en los corrillos del batey.

Adquirieron la libertad, y así como habían plantado caña, plantaron patria en las jornadas de la Independencia, y de la mujer de uno de ellos, que hacía servicio doméstico, nació para servicio doméstico, negrita tinta, la negra Natividad. Una larga historia familiar, tan larga como las que dan rancio abolengo.

Nació en el traspatio de la casa de los Martínez donde se hablaba buen español; pero en el traspatio, apagada y fregada la cocina, a la luz de las estrellas –nunca en las noches de luna, cuyo pálido fulgor enfría y pasma la sangre moza–, su madre, que en este mal influjo creía, como en muchos otros del mundo mágico, le enseñó lucumí, como de la suya lo había aprendido en tiempo de esclavitud, intacto el espíritu africano.

Participó de la intimidad espiritual de la familia blanca, rezaba junto con las Martínez ante la Virgen y los santos de ellas; pero en la crisis de melancolía anunciadora de pubertad la madre le dijo un día:

—Yo voy a hacete un despojo de las cosas malas que se haigan asentao en tu cuelpo. Malo ojo, mala yerba del monte, mala voluntá. Que toas las cosas son tre. En lo malo como en lo bueno: Padre, Madre, Píritu Santo.

Y llevándola a su cuarto y haciéndola desnudarse, le pasó por todo el cuerpo dos huevos de gallina, recién puestos, mientras rezaba unas oraciones, teniendo ella una vela encendida en la mano derecha, y luego, colocándola de espaldas a una ventana abierta hacia el solar de la casa, le dijo:

—Tú tiene en tus do manos los huevos que te han despojao de tos los males y tiras por la ventana, por encima de tu hombro izquierdo el que tiene en la derecha, sin mirá patrás y con toa tu fuerza y luego el otro, con la izquielta, por encima del hombro derecho. Fíjate bien, no sea que se revire el despojo.

Y mientras ella hacía lo indicado, la madre le pasaba por el cuerpo un manojo de ramas de ruda y albahaca, mojadas en Agua Divina, las cuales sacudía luego, mientras invocaba a Yemayá, la santa lucumí que era, a la vez, en el culto católico, la Virgen de Regla. Sobre aquellas ramas debía la despojada asentar luego los pies, pero no recogerlas del suelo, pues estaban impregnadas de los daños y maleficios.

Y practicado este rito sobre su cuerpo, ya en transformación de niña en mujer, ella se sintió libre de los accesos de melancolía.

Así, entre lo católico y lo africano correspondiente, idolátricos ambos, creció devota de la Virgen de Regla, negra como ella y de la cual acostumbraba decir:

—Es grandiosa la Negrita. Yemayá, la madre mía.

Amelia Martínez se la llevó consigo cuando casó con Pablo Azcárate, y desde Alfonso hasta Florencia a todos se los manejó. La habían educado honesta, y creció y envejeció casta, y cuando ya no hubo niños que manejar, le confiaron el cuidado de la Casa de la Muñeca, con servidumbre a su servicio y libertad de hacer y deshacer lo que le viniese en ganas, pues no había manos más fieles para cuidar y conservar cuanto fuese de los Azcárate.

Su cuarto –en el traspatio allí también– era un oratorio de paredes tapizadas con imágenes del culto católico, y de algunas de ellas solía decir:

—Este es un santo que ya no se usa. No sé pol qué. Lo mismo que esta Vilgen. La Vilgen de la Balbanera. Pero yo les hago sus rezos, de noche en noche, polque en este mundo una no sabe en qué palo va a tené que aholcase. ¡Ji, ji, ji! Las cosas que se nos ocurren a los negros. Ni que juéramos blancos.

Dionisio, que habitaba la Casa de la Muñeca para tener a la vista la finca que administraba, sospechaba que Natividad mantuviera relaciones con el mundo negro de la santería.

—Ya te dicho que eso no es veldá, niño Dionisio –replicábale ella–.

Parientes santeros sí tengo. Si es que algún negro pue decí que algotro es pariente suyo.

—¿Y brujos?

—¡Sola vaya! Mayombe es congo y Lucumí es religión. Los santos lucumises no se prestan a bilongar. Pero otra cosa te digo, niño Dionisio. Tú sí que eres aficionao a asomá

los ojos a esos mundos de santería y embrujería. No pierdes toque de eso. Y haces mal en curiosiá pa réite, porque lo que se mira se admira y eso no es pa blanco.

Y otra vez estaba sola en la Casa de la Muñeca.

Se enjugó las lágrimas que le habían quedado de la despedida de Florencia, y se dijo:

—Vamos a conversá un rato con la Negrita grandiosa.

Y se dirigió hacia la población de Regla, donde aquella imagen se venera.

Ya estaba llegando al templo del poblado ribereño de la bahía, al otro lado de la cual se extendía la ciudad de La Habana bajo la puesta de sol en la tarde larga de julio caluroso. Un viejo templo, de atrio coronado por una torre chata de campanario y cerrado por una verja de hierro, dentro del cual, en el altar mayor, se veneraba la Virgen negra con que la providencia católica salía al encuentro de las nostalgias de África que desde allí pudieren estar mirando hacia divinidades de idolatrías.

Al atrio del costado derecho daba la puerta de acceso al templo y cerca de ella estaba una negra vendedora de oraciones y de medallas de la Virgen.

—¡Natividad! —exclamó al verla—.

Desde el año pasao no te aguaitaba, mujé. Desde la fiesta de la Negrita grandiosa, como la llamas tú. ¿Qué te trae por aquí?

—Ganas de echá una conversaita con la Negrita. ¿Y tú qué me cuentas, Casimira?

—Serán tristezas. ¿Qué otra cosa podemos contá los pobres? Junto a Casimira estaba, boca arriba sobre el pavimento de baldosas, un chico, negro tinto, sucio y desharrapado, sin expresión de infancia en el rostro, perversa ya la mirada.

—¿Tuyo, Casimira? —preguntó Natividad.

—¡Sola vaya! —repuso la vendedora de oraciones y medallas—. Eso es tristeza ajena. Natividad se acercó al muchacho.

—¿Por qué andas así, mijito, enseñando las vergüenzas? ¿Por qué no te aseas, siquiera? Eres mugre desde la cabeza hasta los pies y agua no falta por aquí.

El muchacho malcarado se quedó mirándola un rato en silencio y luego le repuso:

—¿Y ustedé por qué no se alisa un poco esa cara, que tiene más arrugas que un...?

—¡Muchacho! —gritó Casimira para quitarle de la boca la obscenidad que seguramente iba a proferir.

Y un hombre que cerca de allí estaba intervino, dirigiéndose a Natividad:

—No arregle mundo, señora. Ese es caso perdío. La madre de ese muchacho no se ocupa dél, porque hace la vida, y él se está criando pa terminá en la Isla de Pinos. No arregle mundo, señora. Esa es una suerte echada ya.

El muchacho se levantó del suelo y, ya marchándose, miró de reojos al hombre que aquello había dicho, murmurando entre dientes:

—Algún día el muchacho será hombre y pué sé que en la Isla e Pino se acuerde de ustedé.

—¿Eso quiere decir que ya me miraste pa apuntarme en tu lista de puñalás de mañana?

—No le diga eso —intervino Natividad—. Mire que puede está dándole idea. Y es un niño, a pesar de todo.

—No se preocupe, señora —insistió el hombre, que parecía tener motivo de rencor contra aquel muchacho—. Esa es una mala idea desde el vientre de la madre. Ella dice que no lo tuvo de hombre, sino de un daño que le echó un mayombero cuando la descubrió inflagante comiéndose los platanitos de la limpieza que él se iba a hacer.

Aludía a la práctica de los brujos de hacerse periódicas limpiezas rituales frotándose el cuerpo con varias cosas mágicas, entre ellas unos plátanos pequeños, que luego han de arrojar, atados en mazo con una cinta roja, al pie de una ceiba, árbol sagrado.

—Yo se lo llevé un día al babalao Rufino para que le hiciera un registro; pero se le reviraron los santos, a él, a quien nunca se le habían revirado, y que por ser amigo mío se prestó a oficio de babalocha.

Natividad entró en el templo, se arrodilló ante la imagen de su más fervorosa devoción indiscernible y de este modo comenzó a dirigirle su plegaria:

—¿Qué te pasa, Yemayá, Negrita grandiosa, que no te fijas en el mundo feo que está rodiándote? Mujeres perdidas que dan a luz daños de mayomberos y santeros buenos que no aciertan a sacarle del cuerpo el ndiambo al pobre muchacho, el bilongo de que lo concibió la madre. Yo conozco al babalao Rufino. He visto cómo le obedecen los orishas cuando él está haciendo un registro, con su mano de caracoles en la derecha apuñá, mientras dice las palabras debidas: Unsoro obi paoffo, unsoro ofi paobi. ¡Que bien sabes tú, Negrita grandiosa, que eso significa, en lengua de nosotros, ni bien para mal ni mal para bien! ¿Por qué, entonces, permitiste que al babalao se le reviraran los santos cuando quiso hacerle el registro al negrito, que un mal día pué terminá en la Isla de Pinos? Tú me perdones que te hable con esta franqueza, pero como te tengo cariño y confianza y soy hija de Yemayá, que tú misma eres...

Afuera seguía vociferando el hombre indignado:

—No arregle mundo, señora.

VI

El profesor Luciente

Rogelio Luciente, hermano de Raquel, algunos años mayor que ella, era un caso ejemplar de responsabilidad intelectual. Y un caso también, sin duda alguna, de atormentada extravagancia por exceso de angustias cubanas profundamente vividas.

Enseñaba Filosofía como doctor en ella y regentaba, además, una cátedra libre de Historia de la Cultura, para cuyo numeroso alumnado se requería que fuese en el Aula Magna de la Universidad la docta y original exposición profesoral.

Que de esta manera, con pocas variantes, solía comenzar:

"Cabe suponer, por falta de documentos fehacientes que permitirían afirmación categórica, que el trascendental acontecimiento ocurrió de este modo, allá en el fondo de los siglos, una mañana de inolvidable aurora: ya le resultaba al antropopitecus bastante incómodo andar sobre sus cuatro manos, por habersele puesto más cortas las delanteras, y resolvió probar cómo le iría con las traseras solamente.

>_"No está mal_", se dijo mentalmente, ya convertido en Antropopitecus Erectus.

>Y en seguida, sacudiéndose de las desocupadas manos lo de tierra que en ellas tenía, ya definitivamente parado sobre lo que hoy son nuestras piernas, como advirtiese que en la remota claridad se empinaban cumbres serenas, frunció el ceño... ¡La primera inquietud intelectual! Se sospecha que aquello se le subió a la cabeza, por ser cosa de poca densidad, a causa de la vertical posición adoptada, así como a la superficie de los líquidos suben las burbujas de los gases contenidos en ellos. Quítense de una vez ustedes petulancias de posesión de espíritu que no obedezca a leyes físicas." Esto, de humor jovial, reaparecía en diversos pasajes de la trabajosa marcha secular de la humana inteligencia hacia las cumbres de la cultura, y Eugenio Azcárate lo había recogido, completo el año de enseñanza, de una transcripción taquigráfica tomada por uno de los discípulos de su cuñado, en quien tenía puesta toda su admiración, junto con su afecto, y lo había editado en un volumen único para su biblioteca, sin que lo supiese el Profesor y a fin de que no se perdiese cuanto de conocimientos profundos había en su original enseñanza.

Rogelio Luciente, soltero, hacía vida solitaria en una pequeña casa situada en las alturas de La Habana; pero acostumbraba comer en la de Raquel, su hermana única, y a fin de que Florencia, que no conocía a Rogelio, se formase una idea anticipada de su carácter, Eugenio le había dado a leer aquel volumen.

—¡Estupendo! —exclamó Florencia en habiendo leído aquello del primer enderezamiento humano sobre la tierra—. No me perderé de esas lecciones oídas de viva voz.

Pero ya llegaba el Profesor y Eugenio se apresuró a restituir el volumen a su escondite. Apareció. Se sintió la presencia de un espíritu. Tenía la frente alta, le brillaban los ojos.

Avanzó rápidamente, tomó asiento frente a Florencia, sin saludarla, y en seguida comenzó a hablar de prisa:

—Pierde lamentablemente su dinero el cubano que envíe su hijo a educarse en los Estados Unidos. Se lo convierten en una quisicosa que no es de aquí ni de allá.

—¿Eso parezco? —preguntó Florencia, de cuya respetuosa simpatía ya se había apoderado el dinámico profesor, de contextura recia, pero económica de materia que no sirviese para movimiento.

—Tratándose de muñecas, buenas las hacen por allá, sin duda alguna.

—¿Es lisonja? —repuso ella sonriendo.

—Es majadería. Y no hay problema.

Como acostumbramos decir en esta dichosa isla de la despreocupación, donde, entre otras regocijadas cosas, reina el gatillo alegre.

Comprendió Eugenio que las últimas palabras de su cuñado aludían a algo preciso, e inquirió:

—¿Qué? ¿Ha vuelto a funcionar? Y Luciente, lacónicamente y con ceño fruncido:

—Sí, Manuel Darío, de Medicina.

Se le dio encargo de matar y encontró la muerte. Esta tarde.

Y poniéndose de pie y dirigiéndose a Florencia:

—La tragedia universitaria. El pistolero dentro del recinto de nuestra cultura. Dígame si no tengo razón al calificar de inhumana la cultura cuya historia enseño. Pero ¿qué tiene de extraño que en la isla del "no hay problema" el gatillo alegre, como dice la expresión popular con su característico modo de mencionar tragedias, sea material de enseñanza dentro de nuestra Universidad, si en las cumbres de la cultura moderna se está fabricando la bomba atómica orgullosamente, deleitosamente, como si de linda muñeca se tratara? Ya que mencioné muñecas...

Y Raquel, que ya había tomado asiento entre ellos, y para cambiar el tema de conversación:

—Te advierto, Rogelio, que a Florencia ya no le agrada que se la llame muñeca, y como en la casa del ahorcado no debe nombrarse la soga...

—Calla tú —repúsole Rogelio—. Y ordena que se nos sirva la comida cuanto antes, pues para no pensar no hay como el comer.

Raquel era el afecto único de la vida de Rogelio. Huérfanos de madre y luego de padre desde muy jóvenes, él le hizo las veces del último con ternura y abnegación ejemplares, y ella estaba convencida de que le había sacrificado sus inclinaciones amorosas a fin de que nadie le quitase nada de aquella dedicación paternal.

Esto lo sabía Raquel, y ya Raquel le había manifestado su deseo de que el hermano encontrase mujer de quien pudiera enamorarse, a fin de que el matrimonio lo rescatara de la soledad en que vivía y en la cual se le habían desarrollado las singularidades de carácter hasta los modos de la extravagancia, no obstante el perfecto equilibrio de su inteligencia en el diáfano y certero ejercicio de ella, como también el de su voluntad en el mantenimiento de la conducta recta, sensata y generosa en todos los momentos.

Y fue este el tema de la conversación en la mesa, iniciada intempestivamente por Rogelio.

—Esta cree —díjole a Florencia, refiriéndose a la hermana— que yo no me he enamorado nunca de mujeres más o menos muñecas —que en todas ustedes hay siempre de eso más que de menos para que nadie le disputase mi afecto; pero como eso no le impidió a ella disponer de buena parte del suyo para consagrárselo a Eugenio —y yo encantado en que así haya sucedido—, es bueno que se me ocurra que ahora está ella deseando subsanarme y recompensarme por línea colateral recíproca.

¿Comprendes? Florencia rió y repuso:

—¡Huy! Si más claro no canta un gallo.

E indicando hacia Eugenio:

—Y como este puede creer, digo a mi vez, que su tonta hermana, tan tonta tonta y tan tonta que ni tonto novio encontró, esté corriendo el peligro de quedarse para vestir santos...

—¡Vamos!... —dijo Eugenio, fingiendo enojo—. No hay derecho para ponernos a Raquel y a mí en el apuro en que nos han puesto atribuyéndonos propósitos casamenteros por líneas colaterales recíprocas, como se ha dicho.

Rió Florencia, y Rogelio, descargando una manotada en la mesa:

—¡La comida! —exclamó—. ¿No te lo dije, Raquel? Dos cosas sustanciosas: buen bocado y conversación que exprese pensamientos circunspectos, por lo menos, no pueden entrarnos y salirnos a la vez por la boca.

Y Florencia, que ya no podía contenerse las ganas de oír al profesor de Historia de la Cultura disertando sobre lo que ya ella había comenzado a leer:

—¿Hay algún documento prehistórico —preguntó maliciosamente— que permita saber si el Antropopitecus Erectus había comido bien en la víspera de la mañana de su primera inquietud intelectual?

—No lo hay —respondió Rogelio, después de echarle una rápida mirada a Eugenio—. Pero puede asegurarse, sin sombras de duda, que estaba en ayunas el aspirante a Homo sapiens, como también que no había por todo aquello personaje del sexo femenino correspondiente, tan tonta tonta y tan tonta, como se ha dicho, que ni tonto novio hallará.

Y a Raquel le pareció que ya esto era comienzo de amor entre Rogelio y Florencia.

Eugenio le penetró el pensamiento, le guiñó un ojo y movió afirmativamente la cabeza.

Se levantaron de la mesa, y Eugenio propuso:

—Un poco de música ahora.

Pero Rogelio rechazó.

—No, no. Porque puede ocurrírsele a tu mujer tocar alguna de las blandenguerías jorgesandescas de su compositor predilecto, el inaguantable Chopin. Propongo, como más conveniente, digerir los alimentos engullidos y las tonterías habladas andando por las calles de la ciudad.

—Aceptado —dijo Florencia—. Así estrenaré la máquina que me he comprado ya. Porque supongo que todo no será andar sobre lo que antes fueron también manos de nuestro ingenioso y remoto abuelo.

Un automóvil convertible, bueno para disfrutar del fresco que su velocidad pudiese comunicarle a la noche calurosa. Lo conducía Florencia; junto a ella, el Profesor, indicando la ruta que se proponía recorrer, y atrás, Eugenio y Raquel, acariciando las respectivas esperanzas fraternales de matrimonio entre aquellos.

Se detuvieron frente al monumento conmemorativo de la voladura del Maine, y Luciente bajó del auto, diciendo:

—Aristóteles enseñaba paseándose junto con sus discípulos, y de ahí que a su famosa filosofía se la llame peripatética, de perípatos, que, como ya lo sabrás, significa paseo en

lengua griega. Pero la preposición inseparable peri, en la misma lengua, equivale a alrededor de, en torno a, y patos, dolencia, enfermedad, de donde todo el que enseñe paseándose por La Habana es doblemente peripatético, porque paseando se mueve en torno a dolencias más o menos graves. Que tampoco es privilegio exclusivo de nuestra ciudad, sino desgraciada suerte que comparten todas las del mundo donde reine la cultura inhumana, cuya historia enseñó yo.

Al hablar así no hacía vano alarde de erudición, sino, por lo contrario, burla de la suya, y deteniéndose ante el monumento:

—¿Hermoso, verdad?

—Ya lo conocía —dijo Florencia.

—Pero seguramente no desde este punto de vista en que yo me sitúo. El teatral acontecimiento, de cálculo imperialista aprovechador de nuestros sacrificios por la independencia. Anda tú a averiguar quién provocó la voladura del Maine; pero aquí está bien honrada la memoria de quienes perecieron en ella. Patria, mármol, bronce, paseo público. Que para eso existen las canteras y las fundiciones. O como ahora se prefiere decir, usando siglas: P.C.F.P.P. Para economizar palabras, no sé si porque se necesiten para cosas que más valgan la pena o porque pueden obligar a pensar de afuera adentro, y no es bueno exponerse a tanto en estos tiempos.

Pero ya que mencioné canteras, vamos al Rincón Martiano, que tal vez no conozcas. Había rebullicio de chicos del barrio en la plazuela conmemorativa, hecha para invitar a meditaciones silenciosas.

—¡Helo aquí! —dijo Luciente, que no estaba realmente enseñando nada que Florencia ignorase, sino desarrollando un tema premeditado—. El Rincón Martiano. Otra bonita idea. Los restos, elevados a monumento nacional, de las canteras donde el Apóstol sacó faenas de picapedrero por el delito de querer contemplar una patria suya sin sumisiones a extrañas metrópolis. La peor cosa que a nación o a gente puede ocurrirle, sobre todo por obra de postizas ataduras dimanadas de complejos de inferioridad, complacidos en expresarse con I am sorry. Más o menos mal pronunciado.

Florencia sonrió como de cosa entendida, y él agregó:

—Imagínate a José Martí —a quien parece que me le parezco, en lo físico percedero nada más, por supuesto—, al Verbo de la independencia cubana, pica que te pica piedra en esta cantera, bajo el achicharrante sol del mediodía.

Y en esto oyeron que alguien decía:

—El profesor Luciente.

Era Juan Luís Marino, que allí estaba narrándoles el episodio de amor y dolor patrios a unos chicos del barrio.

Lo reconoció Luciente, que había sido su profesor de Historia en el Instituto, y díjole:

—¿Trasegando lo aprendido, Juan Luís?

—Sí, Profesor. Algo, por lo menos, de lo que tomé de usted.

—Bien, bien. Que te lo aprovechen, muchacho.

Y ya retirándose:

—Juan Luís Marino, hijo de Juan, mayordomo de la finca de ustedes que maneja Dionisio. Viene de abajo y en mala hora acaricia el propósito de escalar la colina de la Universidad. ¡La colina trágica! Ríanse ustedes de Esquilo.

Dijo esto andando de prisa hacia donde los esperaba el automóvil, a causa de la atormentada vehemencia que se le desataba al tratarse del drama universitario de pistola en mano de estudiantes y mientras Eugenio le decía a Raquel:

—Eso de la Universidad enferma a Rogelio.

Junto a ellos iba en silencio Florencia, acogiendo en su memoria el recuerdo de aquel niño contemplativo que desde el rústico portal de su casa, en medio de los plantíos de la

granja, miraba hacia la colina donde se alzaba la elegancia de la suya y donde ella cantaba y reía para que él le oyese la bonita voz y de que no se atreviera a acercársele. Se detuvieron frente al Parque Central, bajaron del auto y se dirigieron hacia la estatua de Martí, Rogelio adelante, diciendo:

—He aquí, finalmente, el picapedrero glorioso. ¿Cabe en tu cabeza de muñeca suponer que alguien se haya trepado a esta estatua con propósito irreverente?

—Conozco el caso —respondió Florencia—. Un marinero yanqui, borracho, irresponsable por consiguiente, que profanó esta estatua hace poco.

En la escuela trataron de ocultármelo, y luego, tanto los profesores como las condiscípulas, me dedicaron un desagravio llenando de flores mi habitación.

—¡Flores! Aquí también desagravian, y, por consiguiente, hay que agregar una letra más a la sigla:

P.C.F.P.P.F. ¡Y no hay problema!

—Me explico lo que se ha conseguido con esta lección peripatética —dijo Florencia—. Teme usted, Profesor, como también Eugenio quizá, que de mi educación en Miami haya venido yo desarraigada de Cuba, desnaturalizada, con I am sorry sobre complejo de inferioridad, como dijo hace poco; pero se equivocan, pues vengo cubanísima. De tal manera, que...

Pero Luciente le hizo seña de callar y de prestar atención a lo que se hablaba en un grupo de jóvenes que frente a ellos pasaban.

—Un buen atentado —decía uno— requiere tres cosas: valor para acometerlo, habilidad para escapar de las manos de la justicia oficial y serenidad de espíritu —llámalo cinismo, si quieres— para quedarse luego como quien no ha roto un plato.

—La escuela de Justo Rigos —agregó otro.

Y Luciente, encarándose con Florencia, profundamente excitado:

—¿Oíste? Esos jóvenes son estudiantes universitarios y la escuela que han mencionado es una de pistolismo, que funciona dentro de nuestra Universidad, aunque te cueste trabajo creerlo. ¡Un buen atentado! No ha sido un profesional del delito quien tal monstruosidad ha proferido, sino un joven bien educado, sano, fuerte, alegre. Una víctima de la desviación a la cual yo también contribuí.

Dicho lo cual, atormentadamente, se les apartó y se alejó con pasos rápidos.

VII

Regreso de visionaria

Estaba Clorinda ante el espejo de su tocador, cuyo deteriorado azogue apenas una parte de él permitía utilizar, aplicándose a los marchitos labios el carmín que todavía pudiese ayudarla a aparentar lozanía, cuando llamaron a la puerta de su cuarto de casa de inquilinato, en La Habana vieja.

—Empuje —dijo, sin interrumpir su ocupación. Y luego, como de reojos vio pies de hombre en el umbral—:

¿Qué se le ofrece, caballero? Pero como los pies se mantenían en el sitio y nada se le había respondido, alzó la mirada y tuvo que exclamar:

—¡Juan Luí! ¿Otra ve atravesao en mi camino, como un espanto? Ante que empieza a hablá te repito lo que te dije la última vez que nos vimos:

tú tienes la chispa atrasá. Ya eso de la redenciones no se usa. Ni nunca ha dao resultao tampoco. Si no, fíjate en lo que le pasó al Divino Redentor, que perdió su tiempo dejándose crucificá.

—No vengo a eso, Clorinda.

—Y entonce, ¿a qué? ¿A tomá el agua baboseá por otros, después que no te atreviste a probala cuando estaba cristalina?

—Tampoco.

—¡Vaya pué! Tú dirá entonce.

Dentra y siéntate.

Entró, se sentó, contempló en silencio la grotesca combinación de infortunio y de vulgaridad que llenaba aquel cuarto. Ya Clorinda, ni siquiera en el Cabaret de los Marineros, era la rumbera más aplaudida; pero de la que fue famosa un breve tiempo estaban allí las litografías en los carteles de propaganda que tapizaban las mugrientas paredes del cuarto.

Sin volverse a mirarlo, Clorinda inquirió:

—¿Cómo que te has tomao algunos daiquirises más de lo que podía aguantarte el cuerpo, no acostumbrao a tragos?

—No. Ni uno siquiera.

—Digo por lo trabá que parece tené la lengua.

Y volviéndose de pronto hacia él, con expresión de horror:

—¿O es que has cometió un crimen, Juan Luí?

—Tampoco. Y te agradezco lo que haya habido de simpatía hacia mí en esa expresión de horror. He venido...

Bueno. He venido a verle. Tú fuiste uno de los objetos de mi contemplación.

—¿Cómo es la cosa? ¿Un objeto na más, como quien dice un traste, y no una persona? Juan Luís sonrió y repuso:

—Una persona de la cual estuve enamorado.

—¡Hum! Mira, Juan Luí: hablemos de otra cosa más bien. Tú has venío a algo. ¿Pol qué no acabas de soltalo?

—He venido a verte. O, mejor dicho, a verme a mí mismo, desde ti, parado en aquella esquina, contemplándote. No estoy seguro de que ya no exista aquel Juan Luís que no se atrevió a dar los pasos que lo separaban de ti.

—¡Hum! Tú tas nigmático, chico.

Hasta miedo me tas dando.

—No te preocupes. Tampoco estoy loco. Lo que me ocurre es que, cuando nos arrebatan de pronto el miedo que no nos ha dejado hacer nunca lo que hemos deseado con todas las fuerzas del alma, nos queda adentro suelta la audacia y ya no sabemos qué podrá contenernos en ningún camino... Pero tú no puedes comprender esas cosas.

—¿Entonces pa qué me las dices?

—Porque es contigo precisamente con quien quiero comunicarme. Imagínate que yo me haya enamorado de una mujer bella, rica, de la mejor sociedad de La Habana, y, además, inteligente, audaz, valiente hasta el extremo de meterse en una jaula de leones.

—Bueno. Ya me lo he imaginao. Y ahora, ¿qué va a sucedé?

—Es lo que no sé. A ti te sacó de tu casa Dionisio Azcárate, a ti te abandonó después en el medio de la calle.

—No exagere, Juan Luí. Dionisio me dejó bien acomodá: en uno de los mejores cabaretes de Labana. ¿Quiere que te diga una cosa? No le gualdo rencol. Él me puso en mi camino. La veldá sea dicha.

Y después de reír a carcajadas:

—¡De la que te salvaste, Juan Luí! Si tú te me acercas aquella vez y te me declaras, y entre los paes tuyos y la mae mía se formalizan nuestros amores y nos llegamos a casá...

¡Ay Juan Luí, lo que te hubiera pasao! Pero otra cosa te voy a decí y vas a tené que creérmela, porque es la pura veldá. Yo no he hecho todavía lo que se llama la vida. ¿Te das cuenta, Juan Luí? Yo tuve mis cosas con Dionisio, y después de eso di mis traspieses. ¿Pa qué negártelo? Pero la vida, lo que rialmente se llama la vida, te juro que no la he hecho. ¿Y sabes por qué?... Te va a causá solpresa. Porque siempre he estao enamorá de ti no he querío faltale al Juan Luí que siempre he tenío en mi pensamiento. El que me contemplaba desde la esquina con aquella mirá de amor tan puro, tan bonito.

Juan Luís sonrió y repuso:

—Te contradices, Clorinda. Acabas de decir que si me hubiera casado contigo...

—Sí. También es veldá. Pero es que así semos las rumberas.

Dijo eso riendo, pero en seguida frunció el ceño y con acento de tristeza agregó:

—¡Las rumberas!... ¿No te conté, Juan Luí, de unos ataques que habían empezao a dame?

—Sí. Algo de eso me dijiste una vez.

—Pues me han seguío, chico, y ya me tienen destrozá. De pronto caigo sin sentío y comienzo a revolcarme como una endemoniá. Me ha dicho un babalao de Guanabacoa que es un orisha que está manifestando su voluntá de que yo lo reciba. ¿Comprendes?

Parece sé que a mi mamacita, estando encinta de mí, se le ocurrió pasá cerca de un toque pa un recibo de santo. Un toque de tambol. ¿Comprendes? De donde a mí se me pegó un ser, que ahora se me está manifestando en las convulsiones que de pronto me dan. Hoy mismo me han estao amagando. Dice el babalao que el remedio es hacerme un asiento de santería. Por eso también es que no me he entregao espiritualmente a la vida. Una iyálocha me ha dicho que estoy demasiado joven pa eso, pero yo estoy haciendo mi diligencia. ¿Quién quita que yo resulte en la santería? Y como Juan Luís se quedó mirándola en silencio, ella agregó, sacudiendo los hombros y levantándose del tocador:

—Pa haceme un vivío, chico. Las santeras ganan plata.

—¿Quién quita que yo también —murmuró Juan Luís tenga mañana retrato en el Salón de los Mártires? Clorinda lo miró con expresión de extrañeza.

—¿De qué habla, Juan Luí? ¿Qué salón es ese?

—Uno de la Universidad, donde se colocan los retratos de los estudiantes caídos en la lucha contra la iniquidad.

—¿Y tú qué tienes que vé con la Universidad y la iniquidá?

—He obtenido por fin el título de Bachiller y me propongo ingresar en la Universidad.

—¡Ay mi amol! ¿Universidad y novia en la aristocracia? Tú vas a terminá mal, Juan Luí. Vas a entrá en el relajo ese de los encalgos de limpiá, de que tanto se habla, y ya te estoy viendo en la Isla de Pinos (Dios te libre) y detrás de una reja.

Y echándose encima un chal de color chillón:

—Pero ya hemos conversao bastante y yo tengo algo que hacé antes dedir pa el cabaré.

—¿Te molestará que te acompañe?

—Eso es cosa tuya. Piensa que si, por una tentación, te ve conmigo la muchacha de la aristocracia...

—Voy contigo.

—Mira que voy a asomame a un mundo que tal vez no te guste. Voy a visitá a una amiga de mi mamá que está recibiendo santo hoy en el día del medio.

—A algo de eso he venido. A asomarme a los mundos absurdos por encima de los cuales se eleva el Salón de los Mártires.

—¡Hum! ¡Vuelta con el tema! Tú como que has escuchao un toque, Juan Luí.

Salieron del cuarto, bajaron la crujiente escalera y se echaron a la angosta calle de viejas casas patinosas, que antes habían sido viviendas de señorío, ahora de heterogéneo inquilinato, aturdidor alboroto de radios en todas las frecuencias de las emisoras dentro de todas las habitaciones.

Solares abrigadores de vida promiscua, llenos de bullicio maldiciente.

La angosta acera, al paso de las guaguas que apenas caben en la calzada, obliga a deslizarse contra las paredes mugrientas. Juan Luís traspone los umbrales de los altos y anchos portones y se asoma a la oscura y maloliente intimidad de la pobreza.

—Casa de la condesa de la Reunión —dice luego al pasar frente a una de inquilinato que antaño fue mansión solariega y señorial.

Y Clorinda coge las palabras y juega con ellas:

—Esconde esa reunión... que la Policía la anda buscando. Hay que reírse, chico.

Que ayel maravilla fui y hoy sombra de mí no soy.

—¿Dónde aprendiste eso? —inquire Juan Luís.

—Cosas que se le pegan a una...

cuando la vida aporrea —responde ella, llevándose a los ojos disimuladamente la punta del pequeño pañuelo.

Juan Luís la toma de un brazo y, dominando su emoción, le dice:

—No como aquella vez de mi romántica invitación a redimirte; pero...

—No sigas, chico —murmura ella, quebrada ya la voz—. Esta noche te he dicho cosas que no debí decilte; no me digas tú las palabras que no debes pronunciar. Tú vas parriba y yo pabajo...

E indicando hacia el interior de la vieja casona, frente a la cual pasaban:

—Mira aquello, Juan Luí.

Se refería a un altar, de rojo y plata de papel de apariencia metálica, que se veía dentro de la habitación al extremo del patio largo y angosto de la vieja casa de inquilinato, y agregó:

—La imagen que está en ese altar es Changó. Santa Bárbara. Los días de ella le hacen buena fiesta, con to y tambor.

Juan Luís comenta:

—¡Changó, Santa Bárbara! Lo africano y lo católico. Tambor e incienso, seguramente, en la fiesta cubana. ¿Qué somos y adónde vamos? Y Clorinda agrega:

—¿Qué fuimo y de dónde vinimo? Changó es poderosa, Juan Luí. ¿Pol qué no te le encomiendas? Tú necesitas protección.

—¿Contra qué?

—Contra lo que tienes pintao en la cara.

Él contrae el ceño y, empleando términos de santería que le eran conocidos, pregunta:

—¿Es ahí donde le está dando el santo a la amiga a quien quieres visitar?

—No. Ella recibe Changó precisamente, pero no aquí, sino en la casa de la iyálocha Madalena, a quien en denantes me he referió. Que por cierto esa sí hizo la vida hasta que se cansó.

—¿Y hoy es santera?

—De las mejores. Hija de Ochún, la Caridad del Cobre. ¿Pol qué no? ¿Acaso la otra Madalena no dio también sus traspieses?... El arrepentimiento, que es una gran cosa, Ochún es la santa de nosotras.

Llegaron a la casa de la iyálocha, que en nada se distinguía de las otras de la barriada habanera, y ella la recibió, preguntándole:

—¿Por qué no viniste en el día, Clorinda? Ella ha estado esperándote.

—Porque hoy he estao con la angustia, esperando la manifestación del ser.

Era la iyálocha una mulata vieja, en cuyas fofas carnes ni sombra quedaba de lo que pudo permitirle "hacer la vida hasta que se cansó" —como había dicho Clorinda—, no obstante lo cual tenía rango distinguido en el culto de Ochún, divinización africana de la sensualidad, que en lo mitológico griego fue Venus Afrodita y en lo católico cubano —sin que se supiera por qué— se llamaba Virgen de la Caridad del Cobre.

Estaba la imagen de esta sobre un pequeño altar que había en la sala de la casa, a la que directamente daba la puerta de la calle, y junto a ella:

Santa Bárbara, Changó; la Virgen de Regla, Yemayá; la de las Mercedes, Obatalá, también Señor del Cielo; San Cristóbal, Angayú..., y una pequeña Custodia de plata en representación del Santísimo Sacramento. Lo católico encubridor de lo africano idolátrico, pero cuyas representaciones, piedras solamente, no se exhibían ante los profanos que pudiesen entrar en la sala. Solo eran visibles los "resguardos" que protegían la casa de las malas influencias: "palos de monte", que parecían bastones rústicos; varas cortadas de determinados árboles, nudosas y con los extremos superiores en forma de horquetas o de garfios y que estaban colocados en el ángulo de las paredes más cercano a la puerta, y colgando en la parte posterior de esta, un mazo de finas cintas delgadas y de los colores correspondientes a aquellas divinidades, "resguardo" también contra lo maléfico mayombero, brujo, con lo cual no tenía paz lo religioso lucumí.

De la sala se pasaba a un patio largo y angosto, en cuyo suelo habían quedado los desperdicios del banquete con que obsequiaba a sus visitantes la iniciada en los misterios de la sante ría, y al fondo del patio había una habitación que era la sala donde ella recibía el homenaje de sus amigos.

Se entraba a dicha sala por una pequeña puerta de arco, sin batientes, por delante de la cual había una cortina blanca, y allí estaba la iniciada, ya en las últimas horas del "día del medio", rodeada de sus visitantes silenciosos, tal vez a causa del opíparo festín recién engullido: negros, mulatos, blancos y hasta una pelirroja. Al fondo había una puerta que estaba cerrada y sobre la cual se veía una palma deshilachada.

Y Clorinda le susurró a Juan Luís:

—Ese es el igbodu. El cuarto secreto donde están los santos lucumises y se hacen los ritos.

Era la iniciada una sexagenaria negra, larga, flaca, con vestidura blanca con franjas rojas —color de Changó—, y la cabeza, que le había sido rapada en la víspera, día del Itá, envuelta en una banda blanca, arrollada a manera de turbante. Estaba sentada, derecha e inmóvil como una estatua, en el "pilón", especie de trono sin respaldar y sin brazos, situado en el ángulo de dos paredes, bajo un cortinaje blanco con cenefa roja, colores de Obatalá, señor del cielo y de Changó, respectivamente.

Tenía los antebrazos apoyados sobre las piernas, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, y en la muñeca derecha un trozo de esparadrapo protegía la herida de mordedura que se había hecho en las convulsiones de la posesión, la víspera, cuando empezó a "darle el santo". Por delante de ella, en el suelo, sobre una pequeña alfombra blanca, había una jícara con un pañuelo adentro, sobre el cual se depositaba el donativo de dinero que debían hacerle sus visitantes.

—Haz como yo, Juan Luí —díjole Clorinda.

Y deteniéndose por delante de la iniciada, la saludó, inclinándose hasta tocar el suelo con las manos extendidas, y luego depositó su ofrenda.

La iniciada se limitó a corresponderle con una leve inclinación de cabeza, conservando la inmovilidad del cuerpo, y luego se quedó mirando a Juan Luís con una mirada inexpresiva.

Del techo colgaban un racimo de plátanos verdes y un pequeño haz de espigas que, junto con la palma deshilachada sobre la puerta del igbodu, era todo lo que allí parecía tener sentido esotérico.

—¿Se le pueden hacer preguntas? —inquirió Juan Luís, dirigiéndose a la iniciada. Pero ella permaneció como si no hubiese oído o entendido, inmóvil e inexpresivo el rostro y sin quitarle de encima la mirada. Y la Madrina, que junto a ella estaba —introdutora de la iniciada en la cofradía secreta de la santería—, le dijo a Juan Luís:

—Ella no sabe nada de lo que pasó ayer. Ella lo sabrá cuando lo vea en otra persona en su día primero.

Los visitantes guardaron silencio, sin dejar de mirar a Juan Luís, y Clorinda, que había tomado asiento entre ellos, díjole:

—Ella es mi madre. Ella va por delante de mí, enseñándome el camino.

Ella no sabe nada de lo que pasó ayer, no oyó el canto de la invocación del oru, no se dio cuenta de cuándo le bajó el santo sobre su cabeza.

—Cállate, Clorinda —díjole la Madrina.

Pero ya era presa de la angustia precursora del ataque de histerismo, y con expresión delirante prosiguió:

—Ella no se dio cuenta de cuándo le pusieron esa ropa que lleva encima y que la acompañará hasta la tumba.

Ella no oyó el toque del oru cuando la iban a sentar en el pilón, esta mañana, a la salida del sol... Pero yo sí escuché los tambores del batá. Y los estoy escuchando.

Y llevándose las manos a los oídos angustiosamente, pero sonriendo, y sin quitar la vista del rostro inexpresivo de la iniciada, repitió:

—¡Lo estoy escuchando!... Y ella va por delante de mí.

Cayó al suelo, retorciéndose y gimiendo, y la iniciada murmuró:

—Le dio el ser. Encinta della, la madre pasó cerca de un toque.

La recogieron del suelo y la llevaron a la habitación de la iyálocha Magdalena, en cuya cama la acostaron.

—Salgan todos —dijo la iyálocha.

Y a solas con ella, dejándola estremecerse y retorcerse sobre la cama, para observar el carácter de las convulsiones que la sacudían, revelador de la naturaleza del "santo" que así manifestaba su voluntad de ser recibido por Clorinda y del "camino" por donde se le presentaría, después de haberla observado en silencio un buen rato, murmuró:

—Ochún. La quiere Ochún.

Porque esta es la divinización de la sensualidad y algo de espasmos de amor había en las convulsiones de Clorinda.

Volvió en sí, extenuada, abrió los ojos, encendidos de expresión visionaria, y murmuró:

—Juan Luí.

La iyálocha salió al patio y lo llamó.

—Está nombrándolo a usted. Dentre para que la vea.

Lo miró en silencio, un rato, y luego murmuró:

—Vengo de verte, Juan Luí. Tenías por delante unos hierros... Una reja... Vengo de verte en la Isla de Pinos.

La iyálocha miró a Juan Luís, y él sonrió y dijo:

—Una sospecha repentina, hace unos momentos.

Clorinda seguía mirándolo y murmurando:

—Vengo de verte, Juan Luí. Tenías por delante unas sombras de rejas de prisión.

Tiempo muerto

Es el que transcurre, en la industria azucarera, entre una y otra zafra, paralizada la maquinaria del ingenio, regresada a su ocupación habitual, en los pueblos o en otros campos, la numerosa gente que se emplea en el intenso y continuado trabajo que exige el proceso de la producción del azúcar.

En tiempo muerto hallábase el ingenio de Los Azcárates, en la provincia de Oriente. Descansaba la poderosa maquinaria mientras la tierra trabajaba en silencio, ya alta la caña que sería exprimida en la próxima zafra y que cubría de apretado verdor la gran extensión de la finca.

Ya se veía, desde el avión, el edificio del ingenio, de estructura de hierro revestido de planchas de cinc, donde reposaba el complicado mecanismo de la elaboración del producto, y Eugenio le dijo a Florencia:

—Mira y piensa. La tierra trabaja con esmero en la elaboración de dulzuras de buena calidad. Ya empieza a tenerlas en la caña y con serena claridad el sol se las acendra. Pero una y otro trabajan para la máquina brutal, que triturará, destrozará y exprimirá, hasta dejar convertido en bagazo seco lo que ahora es planta viva adornando campo. A Florencia no pudo escapársele que aquello tenía alguna intención enderezada hacia ella, y dijo sonriendo:

—Miro y pienso. Yo soy la caña, dentro de la cual se ha cuidado la dulzura, y la Universidad será el ingenio donde la maquinaria de molienda triturará y destrozará a la Muñeca Azcárate; pero en el ingenio hay grandes depósitos donde se recoge el jugo exprimido, se decanta la borra que lo enturbie, se clarifica y cristaliza en útil azúcar.

—Es cierto —repuso Eugenio—. Pero cuando la razón de utilidad no es poderosa ni ha de temerse que llegue a ser apremiante...
—Claro que no. En la partición de los bienes de la Mano, buena fortuna y bien saneada le tocará a la Muñeca, pues para eso cuenta con la rectitud y con la generosidad de los dedos laboriosos. Pero mira y piensa, digo yo.

En el cañaveral, si no se le atiende, crecerá la espiga, se endurecerá en la caña la blanda dulzura, se marchitará lo verde, se pondrá feo el bonito campo de hoy y se quedarán saboreando amarguras quién sabe cuántas bocas a las cuales no pudo acercarse el azúcar que de allí habría podido sacarse.

Había dicho esto poniéndose al tono de las palabras iniciales del hermano —era una de las fugas del equivocado de los áridos números a las tiernas letras—, y luego, soltando ya la risa Azcárate, agregó:

—¿Qué tal me quedó ese trozo de literatura azucarera?

—Muy bien —respondió Eugenio—.

Pero nuestra Universidad hoy tritura, pero no exprime bien, y en el bagazo quedan fermentos de equivocación.

Y ella, refiriéndose a lo que le había ocurrido a Eugenio, dijo:

—Ya sé que así sucedió en una zafra Azcárate; pero veamos si no le sucede a esta otra.

En todo caso, un poco de tiempo perdido en la vida de una mujer sin problemas económicos no es una catástrofe. Imagínate que voy a invertirlo en jugar a la canasta uruguaya.

—Ya sé que será inútil tratar de quitarte esa idea de la cabeza.

—¡Oye, oye: alguna culpa tendrás tú de eso. Aquello de —¡Florencia! pronunciado con la solemnidad de un anuncio de acontecimiento extraordinario.

A lo que repuso Eugenio riendo:

—¿Se te subió a la cabeza?

—Pues mira que sí. Y fue Dionisio mi primera víctima. ¿Te acuerdas?

—¡Fuera de aquí, farsante! —díjele.

Era el tiempo de la revisión y reparación de la maquinaria que algún desperfecto hubiese sufrido en la zafra anterior, y para lo cual se la desmontaba en piezas, en cuya inspección se ocupaba el ingeniero de la organización; pero aquella vez Alfonso Azcárate había querido no solo presenciársela él mismo, sino que todos sus hermanos pudiesen darse cuenta del buen estado en que él había sabido conservar el ingenio, cuyo valor positivo sería la parte más considerable de los bienes comunes de que se haría partición. Y en la casa de Alfonso estaban ya todos los Azcárate.

Dionisio y Florencia no se habían visto después de la escena de la jaula de los leones y se temía que allí se produjese alguna otra desagradable entre ambos; pero cuando ella se le acercó a saludarlo, él la miró un momento con entrecejo fruncido y luego soltó la risa Azcárate, a todo lo ancho que podía caberle en el pecho y todo lo ruidoso que de su garganta sabía salir.

Estaba allí Edith, y como en aquella ocasión había manifestado que ella no acertaba a comprender a los Azcárate, Alfonso le preguntó:

—¿Y esto, Edith, tampoco lo comprendes tú?

—¡Oh! —repuso ella—. Esto sí lo comprendo yo. Y me agrada, me agrada.

Has de saber, Alfonso, que yo tengo una gran simpatía por los cubanos, ustedes, porque realizan un modo de ser que yo no puedo realizar, y es necesario que en el mundo no haya monotonía.

Que seamos todos distintos y diferentes, para que la fiesta esté animada.

Mientras Edith hablaba así, todos prestándole complacida atención, su Clemente se estiraba y sonreía, como diciendo:

—Vean cómo no solo sé escoger buenos caballos de carrera.

—Los cubanos, ustedes —prosiguió Edith, incontenible en ella la antigua profesora—, tienen tan metida dentro del cuerpo y dentro del espíritu la condición insular, que hablan y ríen en alta voz y en alta risa porque se sienten aislados y no conciben que se les pueda oír y alguien pueda escandalizarse. Pero esto no viene al caso. Aquí ha llegado Florencia a participarle a sus hermanos, como es muy natural, que está dispuesta a emprender carrera universitaria. Yo no voy a tomar parte en la discusión que eso provocará, pero desde ahora quiero decir que esa determinación me parece muy plausible.

Era el debate abierto ya, y Florencia comprendió que ya Clemente había opinado en favor suyo.

—Y a ti, Bernardo —le preguntó—, ¿qué te parece?

—Pues que no es una posición muy aristocrática esa de estudiante.

Florencia lo miró un momento, sonriendo, y luego:

—No olvides que nuestro padre no tuvo empacho en confesar que él había sido mozo de café.

—¡Humorada del viejo! —rebatía Bernardo—. Del más limpio origen son los Azcárate, oriundos de la aristocrática Vizcaya, como he podido comprobarlo minuciosamente con todo, y árbol genealógico de Pablo Azcárate y Zalamea.

—¡Cómo! —exclamaron unísonamente casi todos ante la facilidad con que Bernardo incorporaba a sus sentimientos linajudos no solo a los Azcárate, a los que realmente hubiera permanecido su padre, sino también al dudoso Zalamea, a quien el señor Martínez se había quedado esperando para confiarle la mejor elaboración de sus tabacos.

Y Dionisio tomó la palabra:

—Tiene razón Bernardo. Zalamea era vizconde de la Tabacalera Española. ¡Nada menos! Y habría sido marqués del Hoyo de Monterrey si Cuba no la da por independizarse de la

Corona española y al señor Martínez no se le hubiera atravesado en el camino de Zalamea Pablo Azcárate.

¡Simpático el viejo! No fue Clemente en realidad, pero sí Edith quien se rió y exclamó:
—¡Este Dionisio!...

Y como aquello de experticia en fabricación de puros —aun admitiendo que Zalamea hubiese existido realmente— no era muy de linajudas personas, Bernardo se apresuró a decir:

—No es que a mí se me hayan subido a la cabeza humos de aristocracia...

Pero ya Florencia no podía contenerse más, y quitándole la palabra:

—Que bastante tienes con los de tu buen tabaco sin necesidad de Zalameas.

—Déjate de gracejadas —repúsole Bernardo—. Y atiende al consejo que debo darte. Tú no necesitas carrera universitaria para salir adelante en la vida, y es poco elegante, por lo menos, que abracés una profesión, teniendo que codearte en las aulas con quién sabe cuanta gentuza.

—Voy a ayudarte a saberlo —díjole Florencia—. Con el hijo de Juan Marino, el mayordomo de los ordeñadores de las vacas de Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡Las caras que han puesto! Lo dije para vérselas.

Más le valiera no decirlo, pues Dionisio, con cuyo voto favorable habría podido contar, se levantó del asiento, diciendo encolerizado:

—Un ingrato ese Juan Marino, un canalla ese hijo de él. Después de haberlo elevado yo a la categoría de mayordomo de la finca, Juan Marino me ha anunciado ayer que está dispuesto a separarse de ella. Le dije que podía marcharse en seguida. Y todo por las infamias con que le ha calentado la cabeza ese hijo suyo, que seguramente es un comunista. Buena paliza le haré dar si por allá lo veo.

Dicho lo cual se apartó de la reunión.

—Bueno —dijo Alfonso—. Dos votos desfavorables ya contra uno en favor de la futura doctora Azcárate. Pero como seguramente Eugenio opinará como yo, tienes ya ganada la votación del consejo de familia.

—¿De modo que tú apruebas mi determinación? Alfonso sonrió y respondió:

—Tonto sería si pretendiera que combatiéndote algún propósito se te hiciera desistir de él. Y, por otra parte, ya que no pudo darse el deseo de nuestro padre de que hubiera un Azcárate en los campos de la cultura universitaria de nuestro país, anda tú a ver si lo logras; pero como aquí hay maquinaria desmontada en piezas para examinarlas y ver si pueden servir para el trabajo de la próxima zafra, haz contigo algo semejante.

Desmóntate ese propósito de los ímpetus de lo voluntariosa que eres, analízatelo bien, y cuando sepas que no corres riesgo de que de repente se pare la maquinaria ya en funcionamiento, pide corriente para que los motores comiencen a moverla y de tu caña empiece a salir buen azúcar.

Y poniéndose en pie:

—Y vayamos al ingenio. Una maquinaria en funcionamiento siempre aturde un poco; pero cuando se la contempla en reposo y desmontada en piezas, como allí está la del ingenio, aprende uno a observar que no hay pequeña rueda que no contribuya al resultado que se desea obtener y cuyo mal estado, por consiguiente, pueda ser menospreciable.

El tiempo muerto, a primera vista, parece de abandono y de ruina; pero durante él es cuando se aprecia mejor lo que significa una empresa. A mí, por lo menos, me agrada más contemplar la maquinaria del ingenio en descanso.

Cumplió el año pasado y debe estar dispuesta a continuar cumpliendo en el venidero. Diciendo así Alfonso, llegaron al edificio del ingenio y entraron en él, donde las cosas estaban, como él había dicho, en reposo o en reparación. Había silencio, penumbra discreta, un olor ácido, de costumbre de exprimir dulzuras, y en lo alto del edificio,

ocupando todo un piso, grandes depósitos, en algunos de los cuales, con levísimo murmullo, los fermentos hacían su trabajo en la preparación de alcoholes.

Se comprobó que allí todo hallábase en perfecto estado de aprovechamiento, y como el ingenio era la parte más considerable de los bienes de la Mano Azcárate, además de haber sido hechura predilecta del ánimo emprendedor de don Pablo, todos estuvieron de acuerdo en que permaneciera como propiedad común administrada por Alfonso.

Pero Florencia no parecía mirar hacia lo que representaba riqueza material, y Dulcenombre, refiriéndose al propósito que les había comunicado, le preguntó:

—¿No te parece más bonito ser pura mujer? Ya recibiste la instrucción que debía adornarte. ¿Para qué eso de hacer carrera universitaria?

—¿Pura mujer sobre la tierra? —repuso ella—. ¿Adorno de la casa para regalo de los ojos del marido?

—¿Te parece poco?

—Para mí, sí; porque al dejar de ser la Muñeca me convierto en la voluntariosa, que en tiempo muerto no pasa de majadera insufrible. Imagínate que ahora se pusiera a funcionar todo esto sin caña que moler; se molerían a sí mismos los molinos y se fundirían los tachos vacíos.

Y Dulcenombre comprendió que Alfonso había perdido su tiempo al aconsejarle que desmontara aquel propósito de los ímpetus de la voluntariosa para que se los analizara en el tiempo muerto, que es cuando mejor se aprecia lo que significa una empresa.

Se lo dijo el ardiente corazón

De la siembra de violencia hecha por la aventura conquistadora en el suelo indoamericano, de la complementaria sumisión a que acostumbró el fraile adoctrinador, del apoderamiento de la riqueza por unas cuantas manos aprovechadoras de trabajo esclavo en la vasta tierra que debía producirla, de lo geográfico e incluso lo telúrico que tendían a construir sobre ella un tipo de hombre de presa que en ancho espacio pudiese campar por sus fueros; de todo eso, dentro de las modalidades propias y de la interesada complacencia imperialista del vecino poderoso para quien atrasados y oprimidos pue blos eran deseables mercados de sus industrias, provino el dictador hispanoamericano, y Cuba lo padeció.

No se toleraba dignidad que se atreviese a reclamar respeto a sus derechos inalienables, y para el castigo de sus enderezamientos ante la arrogancia del opresor no solo hubo cárceles brutales, sino pistoleros también fuera de ellas y voraces tiburones en los trechos de mar por donde a ellas fuesen llevados quienes deberían desaparecer, y la Universidad no pudo abstenerse de la participación activa en la justa rebelión. Un día de septiembre de 1930. Patio de los Laureles. Animosa y numerosa reunión. —"Somos una fuerza pura, conviene aclararlo desde ahora y para siempre"—, diría el manifiesto que allí se convino en lanzar, como si se presintiera que en posibles encrucijadas, camino adelante, se producirían desviaciones. Concluía el manifiesto pidiendo la renuncia del dictador, y en la reunión se acordó entregárselo al pueblo de Cuba en las manos de un maestro de pensamiento y de conducta que por libertad y dignidad cubanas tenía alzada la voz acusadora, y que a ello fuese el estudiantado en masa absolutamente desarmado.

Víspera del día fijado. Premonición en el cambio de impresiones. Rafael Trejo —tez morena, ojos ardientes, apostura atlética, carácter jocundo— díceles de pronto a dos de sus compañeros:

—Aquí hace falta una víctima. Uno de ustedes dos, por ser de más significación que yo. Palabras sencillas, de ocurrencia fácil en grave disposición, cuando se tiene, a buen amparo de firme voluntad, la idea exacta de lo que exige el destino revolucionario. Pero la gravedad del caso no inhibía el buen humor, y uno de los compañeros le repuso: —¡Tú eres bobo! A mí no me gusta el papel de muerto. ¿Por qué no lo desempeñas tú? Rafael Trejo no replica, no retira sus palabras. Era cierto que se necesitaba una víctima cuyo sacrificio conmoviera y sacudiera. Se lo dijo el ardiente corazón.

Amanece el día fijado para la manifestación cívica, pacífica; pero también acuarteladas las tropas y vigilada la Universidad y sus aledaños por las fuerzas de la Policía, a pie y a caballo, a fin de no permitir el acceso de los estudiantes a ella.

Se dan cita en el Parque Alfaro, en la calle Infanta, y allí se reúnen.

Suena un clarín, se despliega una bandera cubana y la muchachada animosa se apresta a enfrentársele a la Policía, que ya viene en maniobra envolvente.

Disparos, carreras de transeúntes, estrépito de puertas que se cierran, gritos de pánico. Y un gran clamor dominándolo todo:

—¡Abajo la dictadura! La Policía logra dividir la manifestación en dos grupos y, haciendo fuego contra los estudiantes desarmados, hiere, mata y dispersa. Rafael Trejo cae herido por la espalda mortalmente.

Sucumbe dos días después, con imponente serenidad; pero su sacrificio galvaniza la conciencia popular y de punta a punta todo Cuba se inflama en rebelión contra la dictadura, que ya no perdurará. Y la palabra de combate es:
—¡Trejo! ¡Trejo! ¡Trejo! Se lo dijo el ardiente corazón.

Justo Rigos

Pero no hubo entonces una organización política, con ideología bien ventilada, que canalizara aquella ideología generosa lanzada al campo del sacrificio, y a falta de ella surgieron, en las prisas de la angustia ante la frustración inminente del movimiento revolucionario, los Grupos de Acción, y con ellos, pistola en mano, quitada de libro, tomándole afición a las eficacias del gatillo, no solo se menoscabó el ideal revolucionario, sino que también el espíritu universitario se desvió de sus fines propios. Estudiantes valerosos recibieron encargos de matar contra los ejecutores de la iniquidad dictatorial que tenían deuda de crímenes, y de los que, cumpliéndolos o por haberlos cumplido recibieron muerte, el Salón de Mártires —uno de la Universidad— comenzó a recoger los retratos, junto al de Trejo, de bien ganado sitio. Pero entre los que cumplieron y sobrevivieron comenzaron a aparecer los desviados y los aprovechadores envalentonados; y uno de ellos fue Justo Rigos.

No se llamaba así en realidad, sino que tal fue el nombre que adoptó en el Grupo de Acción en que se enroló cuando alumno todavía del Instituto de Enseñanza Secundaria. Un muchacho valiente y peleador, de recios puños, de ánimo impetuoso por quítame allá esas pajas, bueno con la pistola, sobre todo como para duelista temible.

Recibió el trágico encargo a los quince años recién cumplidos, y de su eficaz ejecución regresó palmeándose los vigorosos pectorales bajo la fresca guayabera y preguntando fanfarronamente:

—¿Qué es lo mío, por lo hecho y el derecho? La paga y el privilegio a que ya aspiraba dentro de la organización secreta.

No carecía de inteligencia, y si se la hubiese cultivado bien, acaso habría desempeñado buen papel en la vida de oficio o profesión; pero los músculos y la buena puntería tuvieron sus preferencias, y, en cambio, diéronle lucimiento de prestado desde los bancos de la escuela, pues sus acertadas respuestas en la clase se las soplaba siempre el compañero que a su lado estuviese, y en los exámenes, cuando no era posible, con audacia y desparpajo salía de dificultades mediante este ardid:

—Profesor, a mí me pareció muy interesante la explicación que una vez le oí a usted sobre este tema.

Era el único que se había estudiado y el examinador tenía que oírsele, viniese o no al caso, y concluido el examen le retribuía lo de "interesante" explicación suya, diciendo de él:

—¡Qué muchacho tan inteligente y tan simpático ese Diego Clemente! Que luego fue necesario decir:

—¡Ese Justo Rigos se pierde de vista! Pero no se conformó con adoptar el nombre más apropiado a lo justiciero riguroso que realmente contenían los encargos trágicos que pudieran confiársele, sino que cuando ingresó en la Universidad ya traía sobrenombre de caudillo.

Se matriculó en las asignaturas de Derecho y fue sacándolas de los desfiladeros de los exámenes, ya ni siquiera con halagos de la vanidad profesional, como allá en el Instituto, sino a veces hasta con estos desparpajos:

—Profesor, dicen que dicen que yo pertenezco a uno de los más fogueados grupos de acción. Usted no me lo crea, pero hágame como si me oyera disertar con eficiencia sobre el tema que me ha tocado desarrollar ante usted.

Y pasaba, pasaba, pasaba.

Se aplicó a lecturas revolucionarias, y con tres o cuatro frases hábilmente entresacadas de ellas se administró precocidad de cabeza dirigente entre lo fogoso y lo ingenuo que lo rodeaba y ya lo seguía y como acostumbraba emplear con frecuencia la palabra "apostolado", no tardaron mucho sus secuaces más adictos en ponerle a su caudillismo sobrevestidura de apóstol.

Por momentos, él mismo se lo creía, a causa de la plenitud de lo propio, reflexivo o temperamental, que ponía en la empresa, bien acometida dentro de lo que fuese bravura; pero como al mismo tiempo esto le alimentaba y le desarrollaba la tendencia a sobrestimación de su personalidad, por entre los humos de lo vanidoso comenzaron a escapársele ironías de la candidez con que todo aquello se le creía y se le admiraba. Y como se tiene admitido, casi unánimemente, que la ironía es propia de los espíritus superiores, aunque esto le restó simpatías, en cambio le afianzó autoridad.

Pero la desviación sobrepasaba los límites de un concepto equivocado de lucha revolucionaria, en los campos de la acción directa, contra hombres y no contra ideas, y ya en la Universidad, bajo la apariencia de estudiantes, en el bonche había profesionales del pistolero de extramuros que componían la fuerza más temible manejada por el Caudillo. Y si al principio no se le oyó decir sino:

—El espíritu del movimiento así lo impone.

Pronto comenzaron a aparecer, como en boca de jefe de banda, sus afirmaciones de predominio personal:

—Yo mando. Yo me llevaré en la golilla a quien se me ponga por delante.

Reinaba la confusión dentro y fuera de la Universidad, y así como las autoridades de esta se sentían cohibidas ante las arrogancias estudiantiles —sin que en realidad fuesen estudiantes todos los que las exhibían—, así también el acontecimiento desbordado perturbaba y anulaba totalmente a veces el funcionamiento de los mecanismos de gobierno administrativos y judiciales. En parte, por el temor que habían llegado a inspirar los Grupos de Acción, al amparo del pretexto de lucha política, y en parte, por el uso que de ellos hacían o tuvieran que hacer, desde los tiempos del régimen cuartelario, los funcionarios públicos necesitados de respaldo armado y con dineros del tesoro público, bajo la apariencia de empleos remunerados, pero inexistentes —las famosas "botellas"—, el gatillo alegre hacía sus agostos. Y ya el Caudillo era dispensador generoso de regalías.

La caída de las figuras limpias y valerosas más representativas de lo universitario auténtico y de lo revolucionario genuino le había dejado campo a sus apetencias de predominio, y aunque no fuese unánime entre el estudiantado la disposición a acatarlo, pues los más inteligentes y de mejor calidad humana o no habían caído bajo su influencia o ya se habían zafado de ella, ya Justo Rígores era una fuerza temible.

Pero no era un caso particular de hombre bien fogueado y provisto de determinadas aptitudes ayudadas de fortuna, sino la personificación de un acontecimiento que tenía que producirse en el curso de aquella dramática desviación, que parecían haber previsto quienes en aquel manifiesto de la jornada inicial estamparon estas palabras de indudable sinceridad:

—Somos una fuerza pura.

Las cartas viradas

Mauricio Leal era un estudiante de Medicina, con altas calificaciones en todos sus exámenes, sin la intervención de la influencia caudillesca, pero que inspiraba poca simpatía y a veces ninguna, a causa de su posición cirujana en el trato y comunicación con sus compañeros, pues acostumbraba decir:

—Lo dañado, cortarlo. Extirparlo.

Y así lo practicaba.

Sufrió, como muchos otros, la desviación del espíritu universitario hacia los procedimientos vindicativos de la acción directa, por mengua de rectos y severos ejercicios de justicia en las responsabilidades de gobierno del país, y demostró voluntad bien templada en las posiciones de aquella beligerancia, practicando su norma cirujana al servicio de la salud del cuerpo social; pero siempre fue uno de los pocos que no demostraban mucho entusiasmo en el acatamiento del liderato de Justo Rigores, obra ya de las circunstancias, y luego fue de los primeros en darse cuenta de que estaba en lo cierto el Profesor Luciente cuando, al enjuiciar el dramático acontecimiento universitario, en su exposición de la Historia de la Cultura Cubana decía:

—Aquí perdimos, en la frustración de los ideales revolucionarios y en la ofuscación de la lucha política, la visión exacta del camino propio.

Y como tal devoción a la prédica enmendatoria del Profesor Luciente ya le era insoportable a Justo Rigores, un día llamó a Mauricio Leal al despacho que se había montado en un saloncito contiguo a la Sala de los Mártires y le propuso:

—Vamos a virarnos las cartas sobre la mesa. Vengo observando que en ti, o decae el espíritu de lucha, por cansancio o por otros motivos que no quiero analizar, o está comenzando a pasarte por la cabeza la idea de su plantarme en la dirección del movimiento, pues siempre tienes algo que objetar a las líneas de conducta que yo le trazo, con la añadidura de que mientras yo hablo, a ti no se te quita de la cara una sonrisita de superioridad.

Mauricio, a quien se le admiraba el completo dominio de sí mismo que siempre lo acompañaba y la serenidad con que sabía afrontar las situaciones más difíciles, oyó aquel requerimiento sin quitarse de los labios la peculiar sonrisa, que irritaba al Caudillo y sin apartar los ojos de la banal ocupación de hacer delgado rollo con una pequeña hoja de papel que en las manos traía, y al cabo de una breve pausa separatoria de sus palabras, repuso:

—¿Viradas ya todas tus cartas?

—Sí —respondió Rigores, casi fanfarronamente—. A ver qué dicen las tuyas.

—Pues dicen esto: que tú no eres un estudiante en realidad, sino un intuitivo maravilloso —hay que hacerte justicia— que, atrapando en el aire una frase ajena o al hojear un periódico, te construyes tu posición intelectual ante cualquier problema.

Siempre que sea fácil, por supuesto.

Y que, por consiguiente, no siendo un estudiante, ni por aplicación ni por devoción, careces por completo de espíritu universitario.

—¡Oh! —hizo Rigores socarronamente—. Decían mucho tus cartas.

—Dicen todavía algo más. Que como no eres bruto —porque no es biológicamente cierto que tengan que serlo todos los atletas—, te has conquistado posición dirigente en un movimiento cuyo espíritu has podido representar solo a causa de la desviación que ha sufrido. O en otros términos: que no eres un líder universitario, sino un simple jefe de bonche.

—¿Sí? O lo que es lo mismo: un gangster. ¿No?

—Creo que sí —dijo Leal, dejando sobre el escritorio ante el cual estaba, el papel que ya había arrollado.

Y Rigores, sonriendo:

—Bien. Aunque te dije que había virado todas mis cartas, en realidad se me había quedado una sin leértela.

Que dice así: Mauricio Leal es un traidor latente del movimiento universitario.

—¿Lo que equivale a decir que estoy en turno para amanecer uno de estos días con la boca llena de hormigas? Rigores lo miró en silencio, y luego:

—Valiente eres, y en mí tienes a quien más te lo ha admirado siempre.

Pero me parece que esta vez te has dejado arrastrar demasiado por la gana de demostrarlo. Yo esperaba que tú me invitarías a rectificar. Juntos hemos dado buena pelea, pero también se te reconocen y se te admiran rectitud y claridad de pensamiento.

Mauricio se puso de pie, diciendo:

—Yo he perdido mi tiempo y mi mejor voluntad, muchas veces, invitándote a rectificar.

Pero tú eres absolutamente incapaz, fisiológicamente incapaz de sinceridad.

Dicho lo cual, le volvió la espalda y se retiró con sus peculiares pasos, firmes y reposados.

El Caudillo cogió el rollito de papel que allí había dejado Mauricio, lo desdobló y leyó lo que allí estaba escrito:

—Manuel Darío. A.C.A.... ¿Manuel Darío? No son amigos él y Mauricio. ¿A.C.A....?
¿Animarlo cometer atentado?...

Llamó a su secretario, de apellido Hinojosa —uno de sus incondicionales más fervorosos—, y le ordenó:

—Búscate por ahí a Amarelis. Dile que necesito hablar con ella ahora mismo.

Amarelis

Era una dulce muchacha que estudiaba Filosofía, de fina inteligencia, pero muy maltratada voluntad.

Primero fue el padre quien se la dobló a sometimiento injusto, pues recién muerta la madre de ella tomó segunda esposa, y para demostrarle que no tenía corazón sino para contemplarla y complacerle —con esa asiduidad con que los hombres declinantes ya tratan de reemplazar verdadera ternura viril cuando se hacen la ilusión de reconstruirse juventud tomando mujer que de ella disfrute—, a manera de víctima propiciatoria le entregó la voluntad de la hija a su carácter despótico.

Luego fue un confesor absurdo, en las lindes de la locura ya, que cuando ella le llevaba al confesonario sus pecados veniales, la martirizaba exigiéndole:

—¿Y los otros, los mortales, en qué estará revolcándose tu alma, por qué te los guardas?
—Padre... No los he cometido.

—¿Que no? ¿Te imaginas que no veo claro dentro de tu alma? Para estado de gracia imperturbable te la formó Dios, porque tú eres una de sus predestinadas a la santidad. En la frente te veo el sello de ese hermoso destino. Y cuando eso sucede en alguna criatura humana, no hay pecado que no sea mortal.

Atravesaba ella la crisis de la pubertad, y ya la madrastra la tiranizaba brutalmente, y aquello de su predestinación a santidad la hizo entregarse sin resistencias al influjo del confesor delirante.

—¡Dale con los veniales! A registrarte bien el alma hasta el fondo, donde debe de estar Satanás tratando de malograrte el destino de santa, acariciándote la carne de las concupiscencias. La gana de lujuria reprimida; pero gana ya, apetito carnal.

Y del examen de conciencia escandalizada por aquellas afirmaciones en boca de director espiritual poseído de locura mística, surgió el propósito de contrición empeñado en encontrar pecado mortal en la misma profunda repugnancia de cometerlos contra el mandamiento de castidad.

Duró poco la locura del confesionario, pues el sacerdote hubo de ser recluido en un asilo de enajenados; pero entre lo divino de aquel modo y lo inhumano de la madrastra, que se hizo maniática de limpieza para no permitirle descanso, le quedó propensión a sometimiento.

Era odio implacable que no le consentía ni el callar y soportar.

—Grandísima hipócrita —solía decirle—. Con tu tumbaíto de dulzura no persigues sino quitarme el amor de mi marido.

Pero, en sus noches de cenicienta, furtivas lecturas de libros de rebeldía en la biblioteca del padre —sin que a este le hubieran impedido ser manso de corazón— y noticias que a su pueblo llegaban del movimiento revolucionario en que participaba el estudiantado de la capital, le ocuparon la hora romántica de suspirar por amores al claro de luna con imaginaciones de barricada donde se encontrase muerte, y al ingresar en la Universidad de La Habana —gracias a la madrastra, por quitársela de la vista— se afilió al movimiento dirigido por Justo Rigos.

Allí conoció a Mauricio Leal, se conquistó su simpatía y se enamoró de él; pero el estudiante del lema cirujano consideraba incorrecto aprovecharse del compañerismo revolucionario para cultivarse amores desde su posición de dirigente, y esto la fue dejando a merced de la influencia de Justo Rigos, quien le dio puesto de confianza en su secretaría, y con quien pronto comenzó a sucederle algo de aquello con el confesor delirante.

Y ya estaba en presencia de él, toda temblorosa.

—¿Qué es lo tuyo? —inquirió él, complaciéndose en aquella muestra de temerosa sumisión—. Traes los ariques amarrados, como dicen los del interior.

Y con la entonación de malicia, de procacidad, que acostumbraba en sus maniobras de quebrantamientos de pudor cuando hablaba con sus compañeras, aun sin perseguir propósitos amorosos, agregó:

—Despójate de ellos, que estamos solos.

—He venido porque me han dicho que quieres hablarme —repuso Amarelis ruborizada—. Mis ariques son el respeto que creo merecer.

Y él sonriendo:

—Debido a lo cual tuve que prescindir de tus buenos servicios de secretaria de confianza. Demasiado escrupulosa para ser revolucionaria.

Pero en estos momentos es precisamente tu tumbaíto de dulzura pudorosa lo que viene a la medida de mis planes.

Dicen por ahí que estás profundamente enamorada de mí, y como aquí estamos solos... Ella se dispuso a levantarse del asiento que había ocupado por delante de él.

—Quieta —díjole autoritariamente—.

No te he llamado para hacerte declaración de amor, cursilería en la cual no incurriré nunca, porque a ese respecto tengo mi posición personal.

Y después de una breve pausa:

—Saborear antes de apurar.

De sus aficiones a lo magnético que ha de haber en toda personalidad de jefe político —y él creía esto de sí mismo— provenía quizá una buena parte de su autocomposición de hombre, aparentemente insensible a las invitaciones amorosas que residen en la naturaleza femenina —gracia y dulzura, en el caso de Amarelis—; pero quizá había también algo de inapetencia orgánica que hubiese favorecido en él la desviación de lo varonil a las complacencias de la posesión de voluntades en el campo de la actividad política.

Mas, por una u otra causa, lo cierto era que él prefería paladear antes que apurar.

Y fue tal la repugnancia que aquellas palabras produjeron en Amarelis, que se puso de pie rápidamente, dispuesta a retirarse, con algo de lágrimas en los ojos.

Pero él le ordenó imperiosamente:

—Siéntate. No se trata de eso ahora, sino de que la causa te necesita para que Mauricio Leal no se aparte de nosotros. Tú procurarás que Manuel Darío se te acerque, se te enamore casi. Casi. ¡Eh! Fíjate bien. Él y Mauricio no son amigos, y Mauricio está enamorado de ti.

—¿Por qué lo crees?

—Yo sé lo que me sé y lo que te digo. Es necesario que desde hoy mismo Manuel Darío se aficione a tu compañía. Que se les vea a ustedes dos aquí, en la Universidad, entregados a conversación.

Hizo una pausa, sonrió y luego agregó:

—Como verás, aunque ya te dije que no te había llamado para tratar de amores, de amores tuyos se trata.

De lo económico tiranizador, más que de lo psíquico maltratado, de la absoluta carencia de recursos para mantenerse y continuar sus estudios, cuando el padre le retiró la pequeña pensión que venía pasándole, a escondidas de la dominante esposa, le provenía a Amarelis la subordinación a Rigores, pues gracias al auxilio de una subvención que él le asignó —de las que tenía a su disposición por amparos prestables a un alto funcionario público— no se había visto en el caso de abandonar la Universidad para solicitar colocación que le permitiera mantenerse. Recibía esta dádiva con amargura de escrúpulos, y en su modo de ser, esto mismo, deprimiéndola, la situaba en disposición de acatamiento, aunque, por lo demás, no era ella la única estudianta que así podía sostenerse.

Pero, sin embargo, insistió en pedir explicaciones:

—¿Por qué me escoges a mí para eso?

—Porque te conozco bien —le respondió Rigores, sonriendo—. Eres viva castidad, y con tu tumbaíto de dulzura logras siempre lo que te propongas... A pesar de los ariques.

—¿Hasta cuándo eso del tumbaíto de dulzura? ¿Qué te propones?

—No soy yo, es el movimiento quien te necesita. Es menester que hagamos todo lo posible para que Mauricio Leal no se nos desvíe, pues él ejerce poderosa influencia sobre una buena parte del estudiantado y su desertión...

—Mauricio no es un desertor —repuso ella rápidamente.

Y Rigores, fingiendo complacencia:

—¡Magnífico! Así esperaba verte, dispuesta a defender a Mauricio, de quien ya sé que estás enamorada. Y como él también de ti, aunque lo disimule, viéndote en la compañía de Manuel, su enemigo, por sus fueros campará, y por no perderte a ti, no le perderemos a él. ¿Comprendes?

—Sí —repuso ella, encendida en rubor y bajando la mirada.

—Bien. No hay más que hablar. Y no me tengas tanto miedo. No soy el monstruo que algunos creen, pues contigo, por lo menos, nunca he abusado de mi condición de protector. ¿No es así? Inclino ella la cabeza, más todavía, y él concluyó:

—Anda, tonta. Ya tienes tarea.

Es el movimiento quien te la impone.

El hombre—instrumento

Era una fuerza preparada para que se dispusiera de ella. Saludable, física y mentalmente sano, fuerte, optimista, sin desproporciones internas, el propósito de querer a la justa medida la capacidad de poder. No se comprometía a más de lo que supiere realizar, y, desde luego, se podía contar con que lo haría a cabalidad y con exacta idea de sí mismo, sin amarguras, decía:

—Hay hombres manos y hombres instrumentos. Generalmente se cree que la dignidad humana solo reside en lo primero; pero de la buena calidad de lo segundo depende también la buena ejecución de la obra, y por algo se acostumbra decir, de un buen cirujano, por ejemplo, que es un buen bisturí.

Yo pertenezco a la segunda categoría.

A mí, dígame lo que se necesite hacer; pero si me comprometo a ejecutarlo no es por obediencia, sino para realización propia.

La primera pregunta que le hizo Amarelis fue esta:

—¿Por qué eres enemigo de Mauricio Leal?

—¿Quién te ha dicho que yo lo sea? —repúsole—. En nuestras familias ha habido algo que no nos permite ser amigos; pero yo admiro a Mauricio cordialmente.

—¿Serías capaz de prestarte a disputarle algo que pudiera ser de él?

—¿Tu amor, por ejemplo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que estás enamorada de él.

—Pero él no de mí.

—¿Quién quita? Él es de los hombres que hacen su camino sin prisas; pero como en este caso es conveniente cujearlo un poco, aquí estoy haciendo lo que de mí se necesita.

—¿Luego te ha explicado el Caudillo que...?

—¡Claro! A mí no se me pone a hacer algo sin que se me dé el llavín de los rayos. En ti tengo puesto un cariño especial: eres la mujer enamorada de Mauricio Leal, buena para hacerlo feliz; bueno él para que tú lo seas.

—¿Y si en este momento, por ejemplo, viene y nos ve aquí?

—Me retiro yo, le explicas tú...

Y en paz los tres.

Ella lo miró emocionadamente, y luego:

—¿Cómo es posible que un hombre como tú, de tu nobleza, de tu lealtad, de tu sinceridad...?

—¿Por qué no continúas con la pregunta que quieres hacerme? Pero no.

Sé lo que te cuesta formularla, y te daré la respuesta como si me la hubieras hecho. Justo Rigores no es una mano, sino un instrumento él también.

Yo no lo llamo el Caudillo; yo le digo: el martillo. Por la fuerza del consonante quizá. A él, naturalmente, no le agrada, porque se sobrestima y se imagina que los golpes en la cabeza del clavo los da él, pareciéndole deprimente admitir que los da, con él en la mano, una fatalidad histórica. Se dice pronto: desármese la Universidad; pero no se ve que realmente se quiera hacer nada para que se desarme la iniquidad, que sigue haciendo de las suyas impunemente. Yo acepto el destino que me ha tocado, porque no estuvo en mis manos el depararme otro y porque de lo que a mí me cueste, otros mañana sacarán provecho.

Amarelis le oprimió la diestra emocionadamente, e insistió:

—¿Estás seguro, Manuel, de que se te han dado todas las explicaciones que debían dársete?

—Bien podría ser que no. Pero cuando yo confío, nadie me pasa por la piedra. Yo no defraudo la confianza que en mí se ponga; pero si a la inversa me sucede, a mí me queda esta revancha, que no es cualquier cosa:

—Te creí digno de alguna estimación; tú mismo te has encargado de demostrar que eres un canalla.

Y, después de una breve pausa:

—Y en el peor de los casos, ya tú sabes qué estoy haciendo yo aquí. Y para no quedarme a medias en mi lealtad para con el hombre que es Mauricio, bien apellidado

Leal, aunque no pueda llamarlo mi amigo, allá va el consejo que tú necesitas. Záfate de una vez por todas de la mala influencia que está ejerciendo sobre ti Justo Rígores. Cuando Mauricio te vea hacer eso, se acercará a ti. No porque le tema a Rígores, sino porque tú no serás digna de él mientras no superes esa debilidad de tu espíritu.

—¿Quieres ayudarme, Manuel?

—Te lo prometo.

Y aquel mismo día Manuel Darío le dijo a Rígores:

—Martillo...

—¿Qué es eso de martillo?

—Martillo, en la mano de la fatalidad. Es necesario que me prometas ahora mismo, como hombre, que dejarás en paz a Amarelis.

—¡Cómo! ¿Tan pronto te has enamorado de ella?

—Supón que sí.

Y Rígores, después de una breve cavilación:

—Te lo prometo, Manuel. En ti descansa en estos momentos toda la fe del movimiento. Se te ha elegido para el golpe que hay que dar.

—¿Sí? ¿Tengo ya, entonces, encargo de limpiar? Se le había enronquecido un poco la voz cuando formuló tales palabras, y Justo Rígores lo vio empalidecer por unos momentos.

—Ya se te indicará —díjole, sonriendo— quién es el personaje que ha presentado su renuncia. ¿Comprendes? Sacó su cartera, y mientras buscaba dentro de ella aquella pequeña hoja de papel que Mauricio Leal había dejado sobre su escritorio:

—Crémelo, Manuel —díjole—. Yo hice todo lo posible por evitar que ese encargo recayera en ti; pero...

Y ya con la hoja de papel en la mano y con la más perversa de sus intenciones, agregó:

—Y mira lo que son las cosas.

Y se la dio a leer. Hízolo Manuel, sin que la delgada hoja acusara estremecimiento de su diestra y luego repuso:

—Ya lo sabía. Una recomendación que de mí hizo Mauricio.

Y Justo Rígores, como si leyera lo que estaba escrito en el conciso recordatorio:

—Manuel Darío. A. C. A...

¡Tremenda sigla: animarlo comisión atentado! Una imprudencia de Mauricio.

Lo miró escrutadoramente Manuel, rasgó de pronto la hoja de papel, y arrojándole los pedazos de ella a la cara, díjole:

—Te pierdes de vista cuando, combinando tu torpeza con tu perversidad, te propones algo. Esas iniciales son las de Ayudante de la Cátedra de Anatomía, para lo cual me recomendó Mauricio, sin ser amigo mío, pero con la seguridad de que yo sabría desempeñarlo bien.

—Me alegro haberme equivocado, porque mi deseo es que entre nosotros reine la mayor armonía —repuso Rígores—. Y en cuanto a lo del encargo recaído en ti...

—Queda en pie —dijo Darío levantándose—. Y fíjate en que no exijo prueba de que realmente haya sido una disposición del Directorio, tomada con todas las formalidades del caso, porque tú eres lo suficientemente maniobrero para saber llenarlas y porque es nuestra la culpa de que en el Directorio tus manos y las de tus incondicionales sean las que predominen.

Sin alterarse, Rígores replicó:

—Y porque el encargo que se te ha dado es contra persona a quien tienes que cobrarle la muerte de un hermano tuyo. ¿No es eso? Por lo cual, con formalidades o sin ellas...

—Exacto.

—Por lo demás, ya se acerca el tiempo de elegir nuevo Directorio, y, por lo tanto, otro será el martillo en la mano de la fatalidad, como dices.

Se retiró Manuel Darío, se arrellanó Rigores en su apoltronado sillón, sonrió y murmuró entre dientes:

—¡Mauricio, Manuel! No son amigos... Y eran dos aspirantes a obstáculos en mi camino... ¿Quién será mañana, cuando se elija nuevo Directorio, el que se atreva a disputarme la jefatura del movimiento?... ¡El movi miento!... ¿Qué será el movimiento, sino Justo Rigores andando? Llamó a Hinojosa, su mano zurda para todo lo que en secreto debiese quedar, y díjole:

—Ya el hombre—instrumento recibió el encargo. Pon a funcionar el canal siete.

Hinojosa frunció el ceño; pero en seguida sonrió y, traduciendo la orden recibida a lenguaje popular, en palabra equivalente a previo aviso delator, repuso:

—¿Chivateo, entonces? Pero Rigores prefirió repetir:

—Pon a funcionar el canal siete.

Y luego, bajando la voz:

—Que así no importa que las paredes oigan. ¡Imbécil! Y como si hubiese oído elogio, Hinojosa sonrió, se cuadró y saludó militarmente, la zurda a la frente.

¡Y Manuel Darío era un buen muchacho! No llegó a empuñar la pistola, lo recibieron ráfagas de ametralladoras. Mas no le sucumbió la serenidad en la sorpresa.

Lo enterraron, junto al hermano cuya muerte no logró vengar, en el cementerio del pueblo natal. La madre no quiso que se le tributara homenaje de mártir. Ya la desviación le había costado dos hijos. No le quedaban más para el tremendo encargo.

lli

Problema de paralelas

Terminaron las vacaciones y a la Universidad comenzó a acudir la bulliciosa legión. Volvía a la colina del cultivo del pensamiento cubano la perseverancia que ya había tomado sitio en ella, e iba, por primera vez, la bien alimentada ambición de escalarla algún día.

Juan Luís se detuvo a tomar respiro frente a la estatua del Alma Máter. No era para tanto la escalinata que hasta allí conducía; pero andadura largo tiempo deseada y soñada, cuando por fin se realiza siempre produce al guna fatiga.

Una pregunta lo sacó de su embelesamiento:

—¿Le parece realmente bella esa escultura? Le pareció extraordinariamente bella quien así le hablaba. Se quedó mirándola, sin darle respuesta a la pregunta.

—¿No me conoce? —insistió.

—Sí, señorita. La Muñeca Azcárate. Juan Luís Marino, para servirle.

—No, no, no. Nada de eso: ni muñeca ni servir. Florencia, condiscípula en las asignaturas de Derecho.

A duras penas sacó de sus angustias casi una sonrisa, y repuso:

—Yo me propongo estudiar matemáticas.

—¿Sí? ¿No es por ahí donde se encuentran unos problemas de paralelas... que no se encuentran nunca, por más que vayan cerca una de otra, haciendo el mismo camino?

Tragó sin tener qué, posiblemente cambió de color, a más pálido todavía, y ya sin nada que pareciese sonrisa, respondió:

—Sí, señorita. Que no se encuentran nunca, que no lo intentan siquiera. A menos que una de ellas, por lo menos, sea indigna de llamarse línea recta.

—¡Umjú! Ya me lo suponía.

Y soltando la risa Azcárate:

—Pero si tú y yo somos paralelas desde niños. Por un mismo campo correteamos y hacia unos mismos pitirres miramos. ¿Recuerdas?

—Los retozos no los recuerdo; de las contemplaciones no tuve noticias, pues si fuimos paralelas, fue a muy larga distancia, y así continuaremos.

Usted viene a estudiar derecho para aprender a defender los que llama suyos; yo, matemáticas, porque aspiro a la precisión y a la exactitud: lo que soy y dentro de lo que soy. Ni más ni menos tampoco.

—¡Muy bien! Pero... ¡Lo que son las cosas! Ya me están gustando más las matemáticas. Vayamos a matricularnos juntos en matemáticas los dos.

Ya mi título de College ha sido aceptado.

—¿Quiere hacerme el favor de buscar otra persona con quien divertirse?

—Te equivocas deliberadamente.

Digo, a mi vez. Las matemáticas siempre han sido de mi predilección, por difíciles precisamente, y en cuanto a lo de divertirme a costa tuya, ya lo hice cuando pequeña, y no me dio ningún resultado. Yo creía tener una linda voz, y nunca te me acercaste a oírmela mejor.

Y el Juan Luís contenido traicionó al que no lo dejaba ni siquiera sonreír:

—Una voz de oro.

—¿Sí? ¿Y la risa, que siempre acompañaba el canto?

—De plata.

Pero al decir esto ya estaban de acuerdo los dos Juan Luís en que era necesario sonreír. Porque lo exigían las buenas maneras y porque cuando se dicen ciertas cosas sonriendo parece como si no se dijeran en serio.

Y fue ella quien dejó de sonreír.

—Es curioso —dijo—. Vine con la disposición de estudiar derecho, y ya estoy resuelta a matricularme en ciencias físico-matemáticas. Pocas mujeres las escogen, tal vez porque nosotras no somos amigas de la exactitud.

—¿Va en serio, entonces, el cambio de vocación? —inquirió él, animándose ya a darle el tratamiento de confianza que ella le daba—. Ten en cuenta que con las matemáticas no se juega. Paralelas son paralelas hasta el infinito.

—¡Qué suplicio! ¿Verdad?

—Y más uno, añadido a menos uno, igual cero.

—¡Qué catástrofe! Anda. A matricularnos en seguida. ¡Matemáticas los dos! Hubo una doble desproporción inmensa, por una parte, entre el tiempo que ella empleó en decir esto y el que le transcurrió a él, en la intimidad profunda, en la embelesada contemplación de aquel rostro, y, por otra parte, entre lo sustancialmente intolerable que debería serle la burla que con tales palabras ella hiciera de la mutua situación y lo deliciosamente acariciador que les había resultado, no obstante la excesiva susceptibilidad de orgullo varonil, bajo el cual siempre se había amparado su timidez ante mujeres. Además, ella lo había tomado de un brazo, echando a andar como si lo condujera, y ni aun por esto se le mortificó la quisquillosa dignidad.

Pero, sin embargo, díjole:

—Casi estoy haciendo el papel de los leones de Gary, aquella noche de función de circo.

—No te creas, con miedo vengo esta vez —repuso ella, sonriendo—. Porque:

del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libro yo.

—Parece que supieras mucho respecto a mí.

—Mucho me ha hablado de ti el profesor Luciente.

El brazo hizo un movimiento maquinal para zafarse de la mano; pero no lo logró.

—¿Hablas a menudo con él?

—De lo divino y lo humano. Come en casa todas las noches y me agrada oírlo. Él te estima mucho.

Y ya la mano no pudo evitar que el brazo se le zafara.

Hay palabras abominables en ciertos casos, y el pronombre usado por Florencia fue una de ellas. Y fue como si hubiera juego de ecos en la intimidad de Juan Luís:

—Él... Él... Él...

—No te extrañe —dijo ella— ese cambio repentino de vocación mía a que te has referido. En realidad, ninguna determinada me trae a la Universidad, pues no vengo persiguiendo título para ejercicio profesional. Estoy acostumbrada a hacer lo que de pronto me pida la gana, y esta vez, como en aquella noche de función de circo, vengo a meterme en jaula de fieras. El león se llama Justo Rigores. ¿Lo conoces? Pero él no le había prestado atención. Ella lo miró de reojos y se dijo mentalmente:

—Esto malo tienen las matemáticas.

Problemas desde el principio.

Y con un movimiento de cabeza, característico de su disposición a afrontar dificultades, se sacudió la hermosa cabellera y la momentánea cavilación, diciéndose para sí misma:

—Pero no hay problema. Este me necesita y me tendrá.

Porque Rogelio Luciente, al hablarle de Juan Luís Marino, en quien había puesto estimación y afecto, le había dicho:

—Es un globo hinchado de ganas de flotar en la estratosfera, y le hace falta fuerte amarra que lo sujete a tierra. Libro que le caiga en las manos le traza un rumbo; pero luego otro le marca nuevo derrotero.

Y ella había dicho:

—Entonces, es más bien un barco, buen velero, a bordo del cual ha habido grandes capitanes que lo acostumbraron a navegación de altura.

—Exacto —repuso Luciente—. Y cuando está fondeado, sin capitán a bordo, tira del ancla para entregarse al viento.

Por lo cual —junto con lo que le venía del canto de oro y la risa de plata en la infancia— ella había concluido:

—Me gustaría correr regatas capitaneando ese barco.

Volvió a tomarlo del brazo, diciéndole:

—Ya me ha dicho el profesor Luciente que eres notable en matemáticas. Prométeme desde ahora que me ayudarás a comprenderlas.

—Prometido —dijo Juan Luís.

¿Qué menos podría decir el barco ganoso de travesías temerarias con aquella mano capitana en la barra del timón? Toda su sensibilidad estaba complaciéndose en la porción de su brazo dentro de aquella mano.

Pero aquella graciosa arrogancia, de paso firme y decidido que a cualquier cotidiano trayecto dábale trascendencia de camino de predestinación —pues no parecía que así se pudiese marchar sino en los solemnes momentos de suerte desafiada—, y aquellas formas que a miradas de hombre no les permitían contemplación serena, sin que dejase de acompañarlas en la expresión del rostro la honestidad dispuesta a hacerse respetar, tuvieron que ser un acontecimiento entre el mocerío que por allí se movía, y en todos los corrillos se interrumpieron conversaciones vehementes —a propósito del mal suceso

universitario que había sido la muerte de Manuel Darío, ocurrida durante las vacaciones— para darle sitio a la acostumbrada frase de piropo habanero:

—¡Qué mujer, caballeros! Se cansa uno.

Y Juan Luís tuvo que pagar el tributo.

—¿No vendrá ya cansado el que la acompaña?

—Buena suerte tiene; pero quizá no pueda con tanto. ¿No será conveniente ayudarlo?

Sudando va, y el compañerismo obliga.

Algo de eso oyó Juan Luís, e intentó detenerse para encarárseles; pero Florencia se lo impidió:

—Paga, paga. Que ya habrás sido tú quien eso y más haya dicho, en casos semejantes, trocados los papeles, en la esquina del pecado.

Referíase a la de las calles de San Rafael y Galiano, sitio famoso del galanteo callejero, por donde las mujeres tenían que atravesar fuegos cruzados de piropos de grueso calibre; pero Juan Luís protestó, ingenuamente:

—Yo nunca he estado en San Rafael y Galiano.

Y Florencia, riendo:

—¡Ay, chico! ¡De las que te has perdido! Y él se preguntó, tratando ya de zafarse, otra vez:

—¿Será una coqueta?... No. No puede ser. Es un espíritu emancipado de... ¿Por qué voy a meter mi mano al fuego? Nada de extrañío tendría que...

El suplicio de las paralelas.

Estaba en el cárdex

Entre las estudiantas había varias que habían sido condiscípulas de Florencia en el recorrido que ella hizo por los principales colegios de La Habana, cuando las travesuras de la infancia y al correrse la voz de que la Muñeca Azcárate estaba en la Universidad, acudieron a darle la bienvenida.

—¿Te acuerdas de mí, Muñeca?

—¡Claro! Eres Matilde Vera, que tuvo la culpa de que me expulsaran del Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón. Dormíamos en un mismo dormitorio, tú tenías una bonita cabellera ensortijada de la cual presumías mucho y yo unas tijeras que cortaban un pelo en el aire y una noche, profundamente dormida tú, te trasquilé la presunción.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y a eso lo llamas culpa mía?

—¡Claro! Conmigo no se podía presumir de cabellos bonitos.

—Que todavía los conservas estupendos. ¿Te acuerdas de la Hermana Teresa?

—Me parece estar oyéndola aconsejarme:

—Hijita, cuando te pierdas de ti, haciendo algo que no debas, acuéstate en tu cama, derechita, quietecita, desnudita...

—¡Florencia, por Dios!

—¿Qué te pasa, mujer?

—Que eso último no podía decírtelo la Hermana Teresa.

—Pero se lo agregaba yo, para quitármela de encima.

—No has cambiado, Muñeca.

—¿Por qué tenía que cambiar, si soy muy amiga mía?... Pero... ¿Qué se me hizo mi paralela?

—¿A qué te refieres? Pero ella había dejado de ser el centro de la atención de las que rodeábanla, celebrándole el buen humor y Matilde le explicó:

—Justo Rigores, que está llegando.

—¿Cuál es? ¿Aquel que parece un pavo real?

—Un real hombre. No me lo negarás.

—No solo te lo negaré, sino que me ayudarás a desplumarlo.

Lo rodeaba ya un numeroso grupo de estudiantes por encima de los cuales se alzaba su cabeza arrogante e Hinojosa le decía:

—Ya todo está preparado, Caudillo.

—¿Para qué? —repúsole, con aire de superioridad.

—Para la colocación del retrato de Manuel en el Salón de los Mártires.

Te advierto que corre el rumor de que el profesor Luciente, secundado por Mauricio Leal y los de su grupo, se propone tomar la palabra en el acto del homenaje. Míralos allá, en plan de conspiración.

Miró hacia donde se le indicaba y dijo:

—¡Qué lástima que no podamos darnos el gusto de oír al profesor Luciente! Y echó a andar, seguido por los suyos, hacia donde estaban Rogelio Luciente y Mauricio Leal, y al pasar frente a ellos dijo, de modo que lo oyesen:

—No habrá acto en el Salón de los Mártires, porque Manuel Darío dejó exigencia de última voluntad de que no se le rindiera ese homenaje; pero, sobre todo, porque antes es necesario averiguar de dónde partió el pitazo que permitiera que los asesinos de Manuel lo recibieran con ráfagas de ametralladoras.

—¿Sí? —repuso Hinojosa, con expresión de sorpresa de consumado actor teatral—. ¿De modo que hubo chivateo?

—Así parece —respondió Rigores, ya alejándose de quienes aquello tenían que oírle.

Y Mauricio Leal, sonrió y preguntó:

—¿Oyó, profesor? La misma pregunta que se proponía usted formular en el homenaje: ¿De dónde partió la delación? Pero alzando más la voz de arengador de muchedumbres ya Rigores agregaba:

—Parece que hubiera habido alguien interesado en que Manuel Darío no regresara al Jardín de los Enamorados.

Mauricio contrajo el ceño y Luciente murmuró:

—Se pierde de vista Justo Rigores. Pretende hacer recaer sobre ti las sospechas de que hayas sido tú el del chivateo.

—Así parece —repuso Mauricio, recuperando ya su habitual dominio de sí mismo—. Ha aludido a las conversaciones de Manuel con Amarelis en el Jardín de los Enamorados; pero ignora que yo poseo una carta de Manuel, al disponerse a cumplir el encargo de matar, en la que se me cuentan cosas.

—¿Y qué te propones hacer con ella?

—Utilizarla en el momento oportuno. Se refiere solamente a sus conversaciones con Amarelis y por respeto a ella no la divulgaré mientras no sea absolutamente necesario.

Por ahora, se frustró el propósito de usted de formular preguntas acusadoras.

—¡Que te crees tú eso! —repuso Luciente, vibrantes los músculos de su rostro enjuto—.

Las formularé.

Hoy mismo.

Y se apartó Mauricio, en dirección al Rectorado.

Rigores entró en el salón del Directorio Estudiantil donde tenía su despacho, cerca del Salón de los Mártires, acompañado de Hinojosa solamente y los estudiantes que lo habían acompañado hasta allí se retiraron y se dispersaron, como por orden recibida.

—Vienen malos tiempos, Mano Zurda —díjole al tomar asiento ante su escritorio.

—¿Qué pasa? —interrogó el incondicional ejecutor de las órdenes del Caudillo, sin poder dominar su inquietud—. ¿Es que se ha sabido algo respecto al Canal Siete?

—No. Tranquilízate, por ahora.

Lo que ocurre es que se nos han roto varias botellas. Las del Ministerio de Educación, por lo menos, no seguiremos recibéndolas, porque allí han suprimido las nóminas de los comecandelas, cariñoso modo de llamarnos a nosotros.

—¿Cambio arriba?

—A fondo, dicen. Y era bastante el guano que por ahí recibíamos. Parece que el hombre de ahora no necesita guardaespaldas. Y es de lamentarse, porque...

—Echao palante es —observó Hinojosa, a su manera de referirse a valentía y decisión.

Y Rigores, desde el fondo de sus abismos:

—Pero en estos tiempos eso no basta.

—¿No será bueno una bombita de tiempo?... Para asustar no más.

Cuando eso estalla se reconstruyen las botellas rotas. Aunque parezca absurdo.

—No, no. Nada de eso, por ahora.

—Tú dirás, Caudillo... Bueno.

¿Y qué hacemos con el retrato de Manuel? Hasta el clavo estaba ya en la pared.

—Quitar el clavo.

—¿Entonces, definitivamente, no hay homenaje?

—Definitivamente. Manuel Darío no era amigo nuestro.

—Lo lamento. Créemelo. No por Manuel, sino porque tenía ganas de oírte improvisar el discurso que tenías escrito. Me gustó mucho aquello de comenzar diciendo: "Amarelis, dulce novia del recio Manuel." Pero Hinojosa se había puesto impertinente con aquello de "improvisar lo que tenía escrito" y Rigores repuso, autoritariamente:

—No es hora de discursos, sino de acción. Es necesario revisar los cuadros, sin pérdida de tiempo.

—¿Los del Salón de los Mártires? Ya les sacudí el polvo a todos.

—¡Imbécil! Los cuadros del movimiento, que puede írsenos de las manos en cuanto se sepa que nos han dejado a la intemperie.

—¡Ah! Y a propósito. Uno de los nuevos me ha manifestado su deseo de conocerte. Juan Luís Marino se llama. Lo he buscado en el cárdex, pero no lo he encontrado.

—¿Bajo qué inicial lo has buscado? —preguntó Rigores después de hacer memoria, que la tenía buena como se requiere en manejador de hombres.

—En la eme. Marino. Que, por cierto, vino acompañado por esa aristócrata a quien llaman la Muñeca Azcárate.

—¿Sí? ¿Ella también aquí? A él búscalo en la pe, Pitirre.

Allí estaba, efectivamente, con la añadidura de esta indicación de puño y letra de Rigores:

"Sueña con el reinado de la justicia sobre el mundo. Suda frío. Es un tímido de pronóstico." Leído lo cual, dijo Hinojosa:

—No vale la pena. ¿Verdad?

—¡Claro que sí! ¿Hasta cuándo estarán ustedes sin saber por dónde le entra agua al coco? Un tímido soñador es un arma poderosísima. Tráelo a mi presencia.

Una entrevista decisiva

Florencia Azcárate había corrido regatas en Miami con bastante destreza; pero aquel barco acostumbrado a grandes capitanes tenía su manera propia de navegar y cuando trató de ponerle rumbo a mar abierto y sin escollos, hacia las escolleras enfiló la proa.

—¿Qué vas a ganar con conocer a Justo Rigores? Te participo que vengo dispuesta a luchar contra él, pues quizá para eso solo he decidido cursar estudios universitarios.

—Enhorabuena —repúsole Juan Luís. Pero yo no he venido a otra cosa y no estoy dispuesto a subordinarle mi voluntad a ninguna otra.

—Ya sé a lo que has venido. A postularte candidato a retrato en el Salón de los Mártires.

—Supón que sí. ¿A ti qué te importa? Era una manera muy personal, por parte de Juan Luís, por lo menos, de estar enamorado de Florencia Azcárate y esta repuso:

—¿Riñendo ya? Ni que fuéramos novios.

—Procuremos no pasar de buenos amigos.

—Como te parezca. Anda a conocer a tu ideal de hombre. Anda a ponerte a las órdenes de tu Caudillo.

Y Juan Luís, sin que viniera al caso de manera ostensible, le replicó:

—Sigue tú bajo la buena influencia del profesor Luciente, hablando con él de lo divino y lo humano.

Y ya estaba en presencia de Justo Rigos.

El Caudillo lo miraba, sin darle pie para iniciar conversación y a tragagrueso tuvo que hacerlo su admirador:

—Su nombre está asociado...

Pero allí había para esos casos todo un sistema interruptor de conversaciones que inmediatamente comenzó a funcionar, quitándole a Juan Luís la palabra que tanto trabajo le había costado.

—Perdón, Caudillo.

Hinojosa que se acercaba con un papel en las manos. Y como si leyera lo escrito en él:

—De la Universidad de Santiago, pidiendo líneas de conducta en este caso.

—A ver.

Hinojosa entregó el papel, porque la mayor eficacia del sistema interruptor residía en el secreto de lo que se le planteare al jefe en solicitud de consejo o de ordenamiento: y el Caudillo, al leer:

—No, no. Que se abstengan de eso.

Y cuando ya Hinojosa se marchaba:

—Decías tú, Juan Luís.

—Que el nombre de usted está asociado a una de las crisis más profundas de mi adolescencia.

Mas ya venía otro de los subalternos con otra consulta, en el consabido papel en mano:

—De Pinar del Río. La persona de quien se esperaba llamada.

—Que venga personalmente aquí a recibir órdenes.

Pero a Juan Luís no se le escapó que todo aquello era un artificio encaminado a producirle la impresión de que la influencia de Rigos se extendía por toda Cuba.

—No puede uno trabajar con tranquilidad —dijo el Caudillo—. ¿Me contabas tú que...?

—No tiene importancia —repuso Juan Luís; y bruscamente agregó—:

Ya estoy en mi camino y vengo a estudiar matemáticas, que no admite misticismos.

—Pero a incorporarte al movimiento, por supuesto. Hacías falta aquí.

Se necesitan en nuestras filas hombres como tú, dispuestos a abatir los vuelos altaneros del aura tiñosa, picoteándole la cabeza, como lo hace el valiente pitirre.

Como movido por un resorte, Juan Luís se puso de pie. Desde el principio de aquella entrevista tan deseada había comenzado a derrumbársele el Justo Rigos de su más fervorosa admiración, a causa de la teatralidad de que se rodeaba para impresionar; pero la alusión a sus infantiles contemplaciones del pitirre no pudo oírlas sino como cosa de burla injuriosa.

Y ya estaba dispuesto a pronunciar las palabras de la ruptura, cuando se le ocurrió a Rigos decirle:

—Creo haberte visto en la envidiable compañía de Florencia Azcárate. ¿Es amiga tuya? Y la contrapuesta reacción lo hizo tomar asiento de nuevo, con disposición a replicar algo, pero Rigos agregó en seguida:

—Y a propósito de amigas, que a todos nos conviene tener alguna. ¿No te interesaría conocer a Amarelis? La dulce novia del recio Manuel.

Exploró el efecto que debía causarle a Juan Luís aquella frase inicial de su discurso frustrado, pero nada vio y tuvo que agregar:

—Es una dulce muchacha y una excelente compañera. Para mí Amarelis es el símbolo de la ternura que no debe faltar junto al hombre dispuesto al sacrificio que de él exija el ideal en peligro. ¿Quieres conocerla?

—Quiero conocer el Salón de los Mártires —dijo Juan Luís, para dejar sin respuesta la pregunta que se le hacía—. He oído decir que la llave está en poder de usted.

—La llave y la clave —dijo Rigores—. Y en seguida te complaceré.

Ese es el santuario de nuestra mística y todo el que ingresa al movimiento debe chequearse el ánimo vindicativo ante la espiritual presencia de los que supieron caer para perpetuarse.

Llamó a Hinojosa:

—Muéstrale al compañero el Salón de los Mártires —díjole.

—Por el momento no puedo, Caudillo —repuso Hinojosa.

—¿Que no puedes? ¿De cuándo acá algo puede oponerse a lo que yo ordene? A ver. Responde. ¿Qué pasa?

—Que el Rector me obligó a entregarle la llave de ese salón. Y además, bueno es que sepas que tenemos insurrección de mujeres, capitaneadas por esa a quien le dicen la Muñeca Azcárate. Ahí está en la Plaza Cadenas arengando, azuzando a las estudiantas contra nuestro movimiento.

—¿Sí? Grave cosa, porque esta aristócrata de primera generación arrastrará consigo mucha gente advenediza que viene aquí...

Y Juan Luís, quitándole la palabra:

—¿A encubrirse origen humilde con título universitario? Rigores sonrió y dirigiéndose a su subalterno, díjole:

—Retírate, Hinojosa. Ya iremos a oír esa arenga feminista. Que si estuviera por aquí Amarelis, ya se la enfrentaríamos. Amarelis, la dulce novia del recio Manuel.

Pero Juan Luís parecía insensible al hechizo de las frases iniciales de discursos frustrados y esto le bastó a Rigores para darse cuenta de que allí no había admirador incondicional.

—Me agradecería conocerla —repuso el insensible.

—Déjame escribirle cuatro letras de presentación. Como te dije, es una excelente compañera.

Rigores escribió una esquila, la metió dentro de un sobre dirigido a Amarelis y entregándoselo a Juan Luís, sin cerrarlo, dijo:

—En esa dirección la encontrarás.

—Hágame el favor de cerrar el sobre —díjole Juan Luís.

—No es un secreto lo que ahí va escrito, sino una presentación de compañero a compañera.

Y cuando Juan Luís se retiró y para sus adentros:

—En el Ministerio nos suprimieron la nómina violentamente; el Rector obliga a que se le entregue la llave del Salón de los Mártires y permite una posible insurrección de mujeres dentro del recinto universitario...

Pero yo tengo en mi poder, como quien no dice nada, un aspirante a mártir.

La Pensión de las Angustias

En La Habana vieja, cerca de la Plaza de la Catedral, de buen sabor colonial español, estaba la Pensión de las Angustias... De las que pasaba doña María para darles de comer a sus tres pensionistas –Amarelis y dos señoritas que hacían papeles más o menos dramáticos en las comedias radia das de una emisora– con lo que, de lo pagado por ellas, que realmente no era mucho, le dejaban sus costosos desaciertos en la elección de números de billetes de la lotería.

Lo miró de arriba abajo la celosa patrona, que a sus pupilas no les consentía enredos amorosos con repercusiones dentro de su pensión y ya estaba dispuesta a decirle:

—Mire, caballero, aquí no vive ninguna Amarelis.

Cuando Juan Luís díjole:

—Vengo de parte de Justo Rigos.

Y fue como si hubiera pronunciado el "ábrete sésamo" de aquella pensión.

—¡Haberlo dicho antes, caballero! Y alzando la voz hacia el silencio interior:

—¡Amarelis! De parte del Caudillo. Aquí un caballero. Pase a la sala, joven, y espérela un momento.

¿Una tacita de café?

—Gracias, señora.

—¡No, no, no! De parte de Rigos nadie sale de aquí sin haber probado el café de esta pensión.

Y revolviéndose de pronto, cuando ya iba en busca del café irrenunciable:

—¿Qué edad tiene usted, joven? Y perdone la curiosidad.

—Veintiún años, señora.

—¿Qué día del año los cumple?

—El ocho de agosto.

—Agosto... El octavo mes. ¿Verdad?

—Sí, señora.

—Entonces... Veintiuno, ocho, ocho... ¡Dos mil ciento ochenta y ocho! Bonito número. Lo jugaré en el próximo sorteo. A ver si cojo esta vez los mangos bajitos. Usted tiene cara de buena suerte. ¿Su nombre?

—Juan Luís Marino, señora –respondió sonriendo–. Deseoso de serle útil siquiera con mis cifras natalicias.

Doña María se cogió las manos a la altura de la boca, como para besarse la cruz de los pulgares y exclamó jubilosamente:

—¡Pero si yo me llamo Natalicia! ¡Qué casualidad! Nada, que usted me va a traer buena suerte. Me he quita do el nombre, poniéndome el de María –como nos llamamos todas las mujeres, según Nuestra Santa Madre Iglesia–, porque ya me era imposible evitar que, al decir que me llamaba Natalicia, se me preguntara qué edad tenía.

—Comprendo –dijo Juan Luís, descubriéndose, de pronto, disposición a lo humorístico, aunque muy moderada todavía–. Usted tiene una edad incommoviblemente suya.

Pero a doña María le pareció la más original ocurrencia chistosa y se la celebró como si le hubiera hecho cosquillas, riendo y exclamando:

—¡Qué gracioso! ¡Chistosísimo!...

¿Dos mil ciento ochenta y ocho fue que me dijo?

—Lo dijo usted, señora. Yo me limité a suministrar los elementos.

Y esto le pareció a Juan Luís, ya de mejor calidad, en los inesperados productos de su vena humorística.

—Tiene gracia –aseguró doña María–. Déjeme traerle el café.

Pero ya subían por la crujiente escalera que conducía al piso ocupado por la pensión, pasos que le eran familiares a la dueña de esta.

—¡Las Rendiles! —exclamó, porque en el estado de ánimo en que la había puesto el dos mil ciento ochenta y ocho todo tenía que salirle exclamativamente—. Mis otras dos pensionistas, del Teatro Radiado.

Y una de ellas, entrando ya en la sala, anunció jubilosamente:

—¡Felicítame, doña María! ¡Adúltera ya!

—¡Niña! ¿Qué dices? Aquí...

—¡Oh! Perdón, caballero. Adúltera por radio, nada más.

Eran las hermanas Rendiles como si fueran una y su criada. Una —la que aquello había dicho— gordita, apretadita, graciosa no obstante el rol de dramática que le estaba asignado en el Teatro Radiado; la otra, con algo más de huesos que de carne, a cargo de cuyo temperamento chistoso estaban las vulgaridades y las groserías con que había que condimentar la delicadeza de las comedias en la frecuencia de la estación emisora. La dramática se había oxigenado el cabello y se llamaba Leda; la otra se lo dejaba completamente negro y decía llamarse Lidia.

Y fue esta quien explicó:

—Mire, caballero. Lo que ha dicho mi helmana no es que ella sea adúltera. ¿Comprende? Porque todavía es soltera. Sino que por fin le han dado papel de señora de casa en la comedia que vamos a ensayar y como según el teatro radio parece que todas las señoras tengan que ser adúlteras...

Rió Juan Luís y doña María dijo:

—Tiene gracia. ¿Verdad?

—Mucha —respondió él.

Mientras tanto la dramática Leda había estado observándolo detenidamente y ya se animaba a decirle:

—Usted tiene cara de autor dramático. No me lo niegue.

—Pues...

—Digo: no me niegue que usted escribe para teatro.

—Le juro que no, señorita.

Y Lidia intervino:

—¿Y por qué no se anima? Le voy a dar un tema... Pero eso sí, me pone a mí el papel principal.

—¿Qué se le ocurre? Diga.

—Escuche el título: La Pensión de las Angustias.

—¡Lidia! —exclamó doña María.

Pero Lidia continuó:

—Así llamamos nosotras esta pensión, por las angustias que pasa doña Natalicia por echarnos que comel. Pura toltilla de billetes de lotería.

No quiso oír más la aludida dueña y se retiró en busca del café prometido y Juan Luís dijo:

—Ya se ha hecho algo de eso en La Casa de la Troya.

—¿Dónde queda esa casa? —preguntó Lidia.

—Es una novela española, de ambiente de casa de pensión de estudiantes en Santiago de Compostela.

—¿Y eso qué importa? —intervino la sedicente rubia Leda—. ¿Cree usted que todo lo que se escribe es realmente original de sus autores?

—También es verdad.

—Anímese —insistió Lidia—. Lo del título que le he propuesto fue para aprovechar la oportunidad...

—¿Por qué hablas así, Lidia? —díjole la hermana—. No estás ante el micrófono.
—Es verdad —repuso Lidia—. La costumbre de representar criadas mal habladas. Pero como le decía, lo del título que le indiqué fue para aprovechar la oportunidad a ver si doña María nos mejoraba el menú... porque ya estamos de toltillas hasta donde no es bueno.
—¡Vaya, pues! Otra vez las eles en vez de las erres.
—Déjame, Leda. Esto no tiene remedio, chica. La radio me ha acostumbrado a que si no hablo vulgarmente, diciendo groserías, me cambian la frecuencia. En lo que escriba para nosotras déjeme a mí carta blanca para todo lo que tenga que ser groserías; pero una cosa voy a pedirle, en serio:
no me ponga adúltera a mi hermana.
Porque le puede coger gusto.
—¡Lidia, por Dios! Pero desde la cocina intervino la poderosa voz de la patrona:
—Señoritas Rendiles. Les advierto que el caballero ha venido a ver a Amarelis.
—¡Oh! Perdón —dijeron ellas levantándose de los asientos que habían ocupado.
Y se retiraron, dejando en Juan Luís algo así como un comienzo de inclinación al arte dramático para radio. Porque ya había oído decir que eso se pagaba bien.

La triste dulzura

Doña María —o doña Natalicia— pasaba sus apuros por concertar con lo de comer lo de jugar; pero era una buena mujer a cuyo arrimo había encontrado Amarelis trato afectuoso y comprensivo y en cuanto a las Rendiles, sin entrar en muchas averiguaciones, eran unas muchachas correctas dentro de la pensión y que hacían agradables las tertulias de sobremesa, únicos momentos en que se reunía con ellas.

Desde la muerte de Manuel Darío, Amarelis casi no había salido de su habitación, dedicada al mortificante pensamiento de haber contribuido de alguna manera, quizá, al dramático fin del joven bondadoso y animoso con quien apenas había cruzado pocas palabras de intimidad, pero tan nobles las de él, que le habían dejado gusto de comunicación con buena calidad humana. No asistió a su entierro porque la noticia de su muerte le había producido una conmoción profunda que la obligó a guardar cama durante varios días y ya tenía pensado abandonar sus estudios de filosofía, para que no se le viese más la cara en la Universidad y marcharse de La Habana, aunque para ello, no disponiendo de modo de vivir, tuviese que volver a la casa paterna donde no podría esperarla sino el más enconado despotismo de la madrastra; pero donde, en cambio, rescataría su espíritu de la aborrecible influencia de Justo Rigos.

Ahora le habían dicho que había alguien con encargo de él para ella y su primer impulso fue negarse a recibir a aquel mensajero; pero habiéndose asomado por entornada puerta a ver quién sería y enterada ya de que no era ninguno de los conocidos secuaces del Caudillo, como lo oyese hablar con la patrona y luego con las Rendiles, le agradó y su espíritu necesitado de simpatía se le inclinó a comunicación con él.

Ya aparecía en la sala. Juan Luís se puso de pie y la contempló con emoción casi religiosa. Era un ser humano, delicado y adornado de dulzura triste, en quien se estaba cumpliendo un destino dramático. Le estrechó la mano y sintió que había tocado carne sagrada de sacrificios.

—Esto, para usted —díjole, entregándole la esquila de rigores.

—Siéntese —le dijo Amarelis—. Y perdóneme que lo haya hecho esperar.

Abrió el sobre, leyó la breve esquila de presentación, que terminaba con una orden imperiosa:

—Es absolutamente necesario que vengas a verme. Hoy mismo.

Volvió a meterla en el sobre, con ceñuda expresión de contrariedad y luego alzando sus ojos hacia Juan Luís, díjole:

—¿Conque es usted uno de los recién ingresados en la Universidad?

—Sí, señorita.

—¿Ya mensajero de Justo Rígores? Se equivoca una con frecuencia.

—Creo haberle traído una carta de presentación —repuso él.

Pero ella insistió:

—Oí decir, hace poco, que tenía usted cara de buena suerte y luego de autor dramático también. No me pareció que la tuviese de mandadero de Justo Rígores. Mas como no quiero admitir que me haya equivocado, perdóneme una pregunta que es siempre desagradable. ¿Usted quién es?

—¿No lo dice la carta de presentación que le he entregado? —repuso Juan Luís, ásperamente, ya a punto de convertírsele en intolerable persona aquella a la cual acababa de saludar con emoción, por el brusco efecto de sus violentas transiciones de ánimo.

—En el papel están escritos su nombre y apellidos —respondió Amarelis—. Pero lo sustancial que aquí viene es una orden del Caudillo.

{ #j@igala: "Es absolutamente necesario que vengas a verme hoy mismo." ¿Sabía usted que era mensajero de ella?

—No, señorita —respondió Juan Luís, dominando su inclinación al estallido desagradable—. Tengo entendido que pertenece usted al movimiento que dirige o capitanea Justo Rígores y aun cuando él no me dijo que tal cosa se le decía en ese papel, creo que no he hecho ninguno deprimente para mí al ser portador de una orden que usted deba recibir de su superior.

Y en diciendo así se puso de pie, dispuesto a retirarse.

—No he querido ofenderlo —díjole ella—. Tenga la bondad de sentarse, pues deseo charlar un rato con usted, que me inspira confianza. Perdóneme la brusquedad que haya habido en mis palabras, a causa de la profunda alteración de mi ánimo en estos días. Pero celebro haber incurrido en esa falta de tacto porque así le he dado ocasión a un rasgo del carácter de usted que me ha agradado mucho.

—No exagere, Amarelis —repuso él—. Un rasgo de mal genio es todo lo que acaba de observarme. Y no hablemos más de eso. Ya usted sabe cómo me llamo, pero como había manifestado de seo de saber quién soy, qué soy, permítame responderle de este modo: uno más, por ahora, para otro menos, después.

—¡Ah! —hizo ella con expresión sombría—. Uno más, para otro menos.

Ya entiendo.

—¿No es esa la ley de la vida? —repuso él, sonriendo—. Uno más, uno menos. El diente que entra en el engranaje; el diente que sale de él.

Una vieja y universal experiencia dicha con alguna pedantería.

—No es suya culpa —dijo Amarelis, sonriendo dulcemente—, sino de la estudianta de filosofía con quien está hablando. Pero si es cierto que esa es la ley de la vida, también lo es que mientras corre el tiempo entre el más y el menos...

—Cada vez menos el más y a la inversa, cada vez menos el menos. Que siendo valor negativo —habla un aspirante a estudiar matemáticas— mientras más crece, menos vale.

Y ella, más interesada ya en aquella conversación:

—¿Y además de las matemáticas, cuáles son sus lecturas predilectas?

—Las que construyeron fe en la vida —respondió él, ya sin apariencias de pasatiempo—.

Las que tienden a darle un sentido trascendental al paso del ser humano por la tierra.

—¿De veras? Creí que, por lo contrario, fuese usted aficionado a esa literatura morbosa que ahora está a la moda.

—De ella no me ha caído en las manos sino un libro, muy elogiado; pero que me quitó toda gana de conocer lo demás de la escuela. Lo arrojé lejos de mí con asco, pues no hay derecho a que se nos revuelva el estómago de esos modos.

Ella se quedó mirándolo en silencio unos momentos y luego:

—¿Me permite que le exprese mis impresiones de este conocimiento de usted que he empezado a hacer?

—¿Por qué no? Se lo agradezco desde luego.

—Me ha causado extrañeza oírle esas palabras, pues creí que fuera usted un amargado, un... ¿Me deja decírselo sin eufemismos? Un tímido.

—Y no se ha equivocado —dijo Juan Luís, con un dominio de sí mismo del cual no parecía capaz—. Un tímido soy, no con regustos de amarguras pasajeras, sino con desabrimiento habitual de mi propio sabor. Pero nadie tiene derecho a convertir su capacidad o su infortunio en prédica negativa de la exigente misión del hombre sobre la tierra.

Estaba insistiendo él en una experiencia a la cual ya le había sacado buen provecho. Con una persona que no fuese de su confianza —como Amarelis entonces— o con persona de su intimidad, pero en caso de expresar sentimientos suyos que se saliesen de lo usual y corriente, le era imprescindible imprimirle a sus palabras algún tono de altura, pues con las del lenguaje común no daría sino el triste espectáculo del pensamiento inhibido.

Y así continuó:

—Caer, sucumbir, no es nada; lo grave, lo triste, lo desgraciado, lo espantosamente desabrido —que es el peor sabor que de uno mismo se pueda tener— es no haber estado nunca de pie, siquiera un momento. Su novio de usted cayó...

Pero ella no lo dejó continuar:

—No fue mi novio. Ni Manuel Darío estuvo nunca enamorado de mí, ni yo de él.

—Como así lo ha dicho el Caudillo...

—Ya dirá lo mismo respecto a usted y quizá para eso le ha aconsejado visitarme. Puede que esté diciéndolo ya.

Y poniéndose de pie, y con una determinación firme:

—Pero lo interesante es que eso no vuelva a ocurrir. ¿Quiere hacerme el favor de esperarme mientras me preparo para ir hasta la Universidad en la compañía de usted? Ya había desaparecido de su rostro la triste dulzura.

Telégrafo de señales

Doña María había estado poniéndole la oreja a aquella conversación mientras en la mano tenía la taza del café irrenunciable, y después de retirarse un poco, sigilosamente, avanzó carraspeando y al acercarse a la puerta preguntó:

—¿Se puede?

—Adelante, señora —respondió Juan Luís.

—El cafecito que le había prometido. Recién coladito, que es como bien sabe. Pruébelo y dígame si cree lo que le ha dicho la lengua larga de Lidia Rendiles, de que aquí no se come bien porque todo se va en billetes de lotería.

—Ella habló de tortillas —repuso Juan Luís, mientras tomaba sorbos de café—. Pero ya puedo dar fe de que en esta infusión se ha procedido con honradez.

Se le acercó la patrona a distancia de comunicaciones cautelosas, previa mirada al interior por donde se había retirado Amarelis y le susurró:

—Dígale al Justo Juez que se la tengo bien chequeada, como dicen ustedes los del gatillo alegre. Que no ha salido de su cuarto en todos estos días.

—¿A qué Justo Juez se refiere usted, señora?

—¡Ay! —dijo la patrona—. ¿Así le dije? ¡Je, je! Como soy tan devota de la oración del Justo Juez, siempre me equivoco. A Justo Rigores me refería. ¿Sabe por qué se llama así?

—Acaba usted de confesarme que es muy devota de la oración del Justo Juez —repuso Juan Luís. Y así se explica que su hijo lleve ese nombre.

—¿Pero de dónde saca usted que Justo Rigores sea mi hijo? Lo que pasa es que... Pero yo le hablaba de Amarelis. ¿Verdad?

—Sí, señora. Me confiaba usted el encargo de decirle a Rigores que la tiene vigilada.

—Perfectamente chequeada. No respira sin que yo sepa lo que suspira y murmura. Dése cuenta: tengo que cuidársela al muchacho. Que ya no es tan muchacho, pues pisando los treinta va ya; pero...

Y con la certeza de haber hecho un descubrimiento:

—Se le parece bastante —díjole Juan Luís. Tiene los ojos de usted.

—¿Verdad que sí? Y en seguida:

—¡Ay! ¡Pero qué ojos tiene usted!

—¿Muy travieso cuando chico, verdad? —insistió Juan Luís.

—¡Tremendo! No había en el vecindario muchacho a quien no le hubiera roto la boca. ¡Qué tortazos daba, Santo Dios! Pero Justo, hijo, le decía yo... ¡Ay! ¿Pero qué estoy diciéndole a usted?

—Que Justo Rigores es hijo de usted. Nada inconfesable, creo.

—¡Ay! No. ¡Por Dios! Yo no he podido decirle eso. Él es Rigores y yo soy Clemente. Mi apellido de soltera, porque, aunque usted no lo crea, soltera soy. Solterona, dirá usted...

Pero se le va a enfriar el café, por estar yo dándole la lata.

Se acercó a la ventana, desde la cual se veía un rincón de la Plaza de la Catedral, y después de emitir sonido de llamar la atención, comenzó a hacer señales con los dedos de ambas manos. Luego dijo:

—¿Sí? Y quitándose de la ventana, dispuesta a echarse a la calle, al pasar junto a Juan Luís:

—Me va a perdonar que lo deje solo unos momentos. Ahí en la esquina lo tienen.

Se asomó Juan Luís a la ventana, pero ya estaba dentro de la sala Lidia Rendiles, haciéndole, para llamar la atención:

—¡Ss, ss! Un detalle muy importante para la comedia que va a escribirnos. Aquí vivimos cuatro mujeres solas; pero aquí huele a hombre, entre días.

—Explíquese mejor —díjole Juan Luís, ya sin sombra de ganas de humorismo.

Y Lidia, poniendo su lenguaje al tono de la criada que caracterizaría en la comedia deseada:

—Pues que güele, que güele. A humo de cigarrillo, por supuesto. Y como aquí las cuatro semos mujeres sin vicios menores.

Y ya Juan Luís estaba casi en funciones de detective:

—¿A qué horas se siente ese olor?

—Pues no tiene hora fija. En ve ces sentimos el tufito al entrá a almorzá y en vese a la taldecita. Pero no se vaya a imaginá ná malo. El hombre viene cuando ni Amarelis ni nosotras estamos aquí. Y es un hombre joven. El olol no engaña. Ahí viene ya doña Natalicia. No vaya a decile que yo le he contao que ella tiene un hijo... natural, por supuesto.

Regresó la patrona con cara de fracaso:

—Me equivoqué en las señales —dijo—. Con los dedos le pregunté al billetero que estaba en la esquina si tenía el dos mil ciento sesenta y ocho.

—Habíamos quedado —díjole Juan Luís en que era el dos mil ciento ochenta y ocho.

—¡No me diga! Y lo tenía el billetero. ¿Si se habrá ido ya? Y volvió a echarse a la calle.

IV

La rebelión

Por el trayecto le preguntó Juan Luís:

—¿Sabe usted en qué casa vive, quién es la dueña de esa pensión?

—Una buena mujer me parece. Un poco ordinaria.

—¿Pero sabe que es la madre de Justo Rigos?

—¡Cómo!

—¿Lo ignoraba, verdad? Le refirió cómo lo había descubierto y concluyó:

—Está usted entre las garras de Justo Rigos, de toda mi admiración como dirigente de lucha; pero que personalmente no me ha producido buena impresión. Y por el respeto que ya usted me inspira he de hacerle esta pregunta. ¿Quién paga la pensión de usted en esa casa?

—Rigos —respondió ella, sonrojándose—. De los fondos del movimiento me ha dicho.

Hay algunos otros estudiantes que así también se sostienen. ¿Qué idea se habrá formado usted de mí? Y él le respondió con acento de sinceridad emocionada:

—De una manera general soy un creyente sistemático en la bondad y en la rectitud humanas y en este caso un convencido de que de la buena reputación de usted no se puede dudar y por eso me he permitido decirle cuanto le he dicho.

—Quiero que usted presencie la entrevista que tendré con Rigos —díjole ella.

—No, señorita. Le ruego que no me obligue a eso. Usted no necesita testigos presenciales de la rectitud de su conducta y es tanta la confianza que me inspira que voy a hacerle una confidencia. Soy un romántico, o lo que es lo mismo: un bobo; he gastado lo mejor de mi emoción ante la vida admirando a Justo Rigos, cultivándome el deseo fervoroso de conocerlo, de estrecharle la mano y entregarle la mía como instrumento suyo.

—¿Y al acercarse al ídolo —inquirió Amarelis amargamente— ha descubierto la tosca materia de que está hecho, verdad?

—Exacto. Me ha hecho toda una exhibición de vanidad. Ha querido deslumbrarme y en el chisporroteo se me quedó totalmente apagado.

Guardó silencio Amarelis durante unos momentos y luego dijo:

—A Justo Rigos no se le puede admirar si no se le teme. Él tuvo su hora y no supo aprovecharla, fuimos muchos los que le entregamos nuestra voluntad para que realizara la obra que nos parecía necesaria; pero de tal manera se ha empeñado en maltratarnos que ya son pocos los que conservan fe en él. A mí, particularmente, me han convenido mucho los días de encierro y meditación, primero, y ahora este conocimiento que he hecho de usted, pues le confieso que, realmente yo estaba entre las garras de Justo Rigos. Y más aún: que yo sospechaba que en la Pensión de las Angustias, como la llaman las Rendiles, yo era algo más que una simple pensionista. Pero ya se lo he dejado entender:

yo le tenía miedo a Justo Rigores; me tenía fascinada.
Guardó silencio y así recorrieron el resto del trayecto hasta la Universidad.
Hinojosa la hizo pasar inmediatamente al despacho de Rigores, diciéndole:

—El Caudillo te espera hace rato.

Y la dejó sola con él.

El Caudillo se tenía bien conocidos la mayor parte de los trucos que hubiesen pasado a la historia, mediante los cuales los más famosos manejadores de hombres se hubieran construido personalidad magnética y había hecho suyo este apotegma, que, allá en su sobrestimación propia, lo emparejaba con Maquiavelo: desconcertar para dominar.

Y así recibió a Amarelis:

—No me habías dicho que ya te hubieras entendido con Mauricio Leal.

Yo me alegro mucho, porque, después de todo, amor es amor y siempre he admirado la entereza con que las mujeres saben soportar el tormento de la virginidad indefinida. Por otra parte, no me parece que Mauricio pueda haberle dado mucha importancia a aquellas breves conversaciones tuyas con Manuel Darío.

Pero ya Amarelis veía implícitamente emancipada del dañado influjo de íncubo que él había ejercido en su ánimo, sin duda alguna por aprovechamiento de la inclinación amorosa que hacia él fue pasajera en ella, pero que en su espíritu acostumbrado a darse mortificaciones algún estrago tenía que dejar y aquella alusión a virginidad, hecha como si pronunciase palabra obscena para provocarle conmoción del pudor, no le dio esta vez el resultado perseguido, pues sin inmutarse le repuso:

—¿Ha terminado usted?

—Apenas comienzo —dijo él, sonriendo desagradablemente.

—Continúe, pues. He sido llamada a oír y vengo inmunizada contra groserías.

—¿Sí? ¿Y contra delicadezas y ternuras?

—Pruebe a ver cómo le salen.

—¿Pero ese tratamiento de usted, a estas alturas? ¿Es que ya no somos ni siquiera amigos?

—Nunca hemos sido más.

Cambió él de táctica:

—Perdóname. Tienes razón. Me he portado mal contigo. He debido ir a verte, siquiera un rato, en estos días.

—Pero como a la pensión de Natalicia no se puede ir sino cuando ella esté sola allí...

—¿Natalicia se llama la dueña? María me habían dicho que era su nombre.

—¿Soltera, verdad?

—Pues...

—¿Otro caso de virginidad indefinida, no es eso? Y trocados los papeles, era él quien ya perdía el dominio de sí mismo.

—¿Adónde va a parar este interrogatorio a que se me está sometiendo, a propósito de una persona que...?

—Que debería interesarle mucho.

Frunció el ceño, pero luego se lo despejó y tratando de sonreír:

—Bueno —dijo—. Vienes rara. Es natural, pues debe preocuparte algo la posibilidad de que sobre Mauricio Leal recaigan sospechas en relación con la muerte de Manuel Darío. Tú entre los dos.

—Ya le habrán dicho que me he pasado estos días encerrada en mi habitación. Pues allí se me tiene cuidadosamente vigilada y hasta de mis suspiros se puede rendir cuenta a quien todos, o casi todos los días va a tomar el buen café que sabe preparar doña Natalicia o doña María, si a ella le conviene más que así se le llame.

Eso es cosa de ella... y de usted cuando más.

—¿Quieres retirarte ya?

—No. Aún no se me ha dicho para qué se me ha llamado.

—Pues... Para cruzar ideas. Y para darte una mala noticia, que al caso viene, por cierto. Para anunciarte que ya los fondos del movimiento no me permiten continuar pagándote la manutención. Y como supongo que de mí, personalmente, no querrás recibirla, pues eso agravaría la situación en que pueda tenerte algún mal concepto que alguien se haya formado de nuestras relaciones... personales.

Exploró el efecto que tal noticia debía producir en ella, sin más recursos económicos que los de aquel auxilio y se tropezó con esto:

—¡Pobre doña Natalicia! Menos dinero disponible para jugar a la lotería. ¿Quién iba a decirle que su hijo fuera tan cruel? No podía agradarle a Justo Rigores que se hubiese descubierto que Natalicia era su madre, pues este secreto formaba parte de su excesiva sobrestimación propia, que no le permitía exhibirse como hijo de aquella mujer de espíritu simple y muy humilde condición; pero sonrió, sin embargo, en pleno ejercicio de su dominio de sí mismo y repuso:

—Bien. ¿La repudias como suegra? Y Amarelis imitándolo:

—De ella, personalmente, de su trato conmigo no tengo quejas. Ha sido afectuosa, cuidadosa e incluso me ha dicho algunas veces, como si hablara de imposibilidades: ¡Si yo tuviera un hijo y tú te casaras con él!

—Qué imprudencia, ¿verdad? Una muchacha lista y maliciosa como tú tenía que descubrirselo. Pero sería bueno que no abusaras de ese secreto mío, que ya posees, porque yo puedo hundirte. ¿Oyes? Hundirte. Aquí, en la Universidad, muchas estudiantas se imaginan que tú eres mi amante. Y como de la calumnia siempre algo queda, no será tiempo perdido el que yo invierta en castigar la altanería con que ahora te atreves a hablarme. Yo soy hijo de mis obras.

—Que casi todas son como mujeres de vida airada.

Estalló el Caudillo:

—¡Hinojosa! Acudió Hinojosa, diciendo:

—Mande, jefe.

Pero fue Amarelis quien le habló, antes de que pudiera hacerlo el hombre que había perdido el dominio de sí mismo:

—Lo han llamado para que me ponga en la puerta de la calle; pero antes va a contestarme esta pregunta, Hinojosa: ¿Cuál fue el canal —como aquí se dice— por donde se cursó el aviso de que Manuel Darío llevaba encargo de matar? A punto estuvo Hinojosa de responder que él no había sido; pero se lo impidió el puñetazo que Justo Rigores descargó sobre su escritorio, al decir, a grito:

—¡Fuera de aquí! Pero ya no era resolución, pura y simplemente, lo que había en la dulce Amarelis, sino temeridad desatada, y volviéndose hacia Justo le dijo:

—Ese otro secreto tuyo poseo. Me aconsejaste atraerme a Manuel Darío para despertar los posibles celos de Mauricio, a fin de que ahora a nadie le cause extrañeza que ese aviso partió de él. Pero estoy dispuesta a defenderlo.

Rigores se le acercó sonriendo e injuriándola:

—¿A la brava, como hembra histérica? La respuesta fue una bofetada. Y luego, palabra a palabra:

—Puede ser que alguien posea alguna carta de Manuel Darío. Al despedirse de mí me prometió escribirla.

Y se retiró.

La vuelta al camino

De la brusca emancipación le quedó a Amarelis la necesidad de aturdirse. Desde luego, se había quedado en la calle, puesto que no podría volver a la Pensión de las Angustias, ni tenía manera de pagarse ella lo que en otra pudieran cobrarle. Le pasó por la mente la idea de pedirles a las hermanas Rendiles que la introdujesen en el Teatro Radiado, donde algo pudiera ganar para mantenerse; pero en seguida se adueñó de su espíritu la convicción desoladora de que tendría que regresar al pueblo natal y a la casa paterna, donde la madrastra la tiranizaría más que antes, en el caso de que no le diera con la puerta en las narices.

Los estudiantes se habían retirado de la Universidad y la soledad que reinaba en toda ella contribuyó a aumentarle la impresión de desamparo en que de pronto había quedado.

Fue a sentarse en el banco del jardín, solitario también, donde habían sido las conversaciones con Manuel Darío.

Recordó las palabras de él:

—Záfate de una vez por todas de la mala influencia que está ejerciendo sobre ti Justo Rigos. Cuando Mauricio, a quien conozco bien, te vea emanciparte de ese influjo se te acercará.

Mauricio Leal era su amor inconfesado; pero aun cuando a veces le pareció que en él hubiera alguna inclinación hacia ella, nunca pasó de mirada sonriente, compasiva más bien.

Se recriminó —como ya tantas veces lo había hecho durante los días de encierro consecutivos al de la muerte de Manuel Darío— el haberse prestado a aquella maniobra de Justo Rigos, tortuosa sin duda alguna ya, de que ella fingiera interés por aquel para animar a Mauricio a que se le acercase. Seguramente el propósito del Caudillo fue provocar un choque entre aquellos dos estudiantes que no eran amigos, ni muy adictos a él, a fin de que uno sucumbiese a manos del otro y esto debió de ocurrírsele a ella entonces; pero era tal la fascinación que en su ánimo ejercía la habilidad maniobrera de dirigente político de Rigos, que no le pareció imposible que con ella persiguiera la reconquista de la adhesión de Mauricio al movimiento, como sin calificarlo lo denominaba el Caudillo.

Se levantó del banco de las mortificaciones ahora. Era ya pasada la hora del almuerzo y casi no había desayunado, pero con el escasísimo dinero que llevaba consigo solo podía procurarse algo de comer en el café cercano a la Universidad que frecuentaban los estudiantes y allá se dirigió.

Estaba allí Mauricio, rodeado de un numeroso grupo de estudiantes atentos a lo que él les decía. Intentó revolverse al verlo, pero se refugió en el pretexto de la imperiosa necesidad de tomar algún alimento y fue a sentarse a una mesa distante de las que ocupaban aquel y su auditorio y pidió que le sirvieran café.

Después de aquella entrevista con Justo Rigos, donde este lo invitó a virarse las cartas, Mauricio Leal se había dedicado exclusivamente a sus estudios, dándole por completo la espalda a sus compromisos de dirigente estudiantil, con buena influencia ejercida, pues además estaba ya cercana la época de exámenes y él no se presentaba a ellos con defectuosa preparación. Por otra parte, ya se aproximaba el término de sus estudios y las perspectivas del ejercicio profesional de la medicina le trazaban desde luego nuevas líneas de conducta.

Él había sido uno de los casos más deplorables de la dramática desviación, pues a causa de aquel concepto cirujano de extirpar lo dañado, que ya traía en su vocación estudiantil al ingresar a la Universidad, en pleno auge del bonchismo, no tuvo escrúpulos en incorporarse al sector fanatizado por la eficacia y por el pedimento de sacrificios, a la vez, de los modos de la acción directa, originada en los iguales ejercicios de atentado que puso en práctica la dictadura, de donde se desprendió el encadenamiento de las

represalias. No se le escapó que aquel modo de acto de presencia del universitario en el momento político de nada valdría si se realizaba a espaldas del pueblo y desde un principio reconoció que el profesor Luciente tenía razón cuando afirmaba:

—Al pueblo no se le hacen sus revoluciones. Es él mismo quien tiene que hacerlas y la función del intelectual debe ser simplemente conductora, porque lo que se elabora arriba, cuando llega abajo no calza. Es como mandarse hacer zapatos a la medida de la cabeza. En realidad, el movimiento popular se había organizado ya en partidos políticos; pero la afición a las eficacias del gatillo de la pistola dentro de la Universidad era un mecanismo que no podía desmontarse de la noche a la mañana, por estar confundidas en ella la romántica inclinación a lo heroico, de buena calidad en sí misma, y las ventajas bastardas que se lograban con los ejercicios de bravura, remunera rada por los políticos corrompidos que necesitaban pistoleros a sus espaldas.

Y Mauricio Leal, entre los de la romántica inclinación a lo riesgoso, tuvo que admitir el hecho cumplido que se personificaba en Justo Rigos.

La ruptura con él ocurrió, además, en una crisis depresiva de su ánimo.

Había puesto su amor en Amarelis, pero sin manifestárselo, esperando a que ella se emancipase de la fascinación —él sabía que no de carácter amoroso— que sobre su ánimo sugestionable ejercía Rigos, en cierto modo continuador de la obra de aquel confesor insensato que la había martirizado, y como ella no ponía nada de su parte para librarse de aquella influencia, aun cuando fuese por el temor de perder el auxilio económico de que disfrutaba, a Mauricio se le amargó la esperanza, y esto, junto con el mal sabor de sí mismo en sus días frenéticos de desviación, le quitaron toda gana de creer y confiar.

Dispuesto a consagrarse únicamente a los estudios del último año de Medicina, había acudido a la Universidad en la apertura del curso; pero allí se encontró con el profesor Luciente, y este le dijo:

—Tan pernicioso y absurdo como el entusiasmo descarriado es el abatimiento. No basta con regresar de la desviación; es necesario ir en busca de los que se quedaron en el extravío e incorporarlos al buen camino. Yo vengo dispuesto a dar la pelea contra Rigos, contra lo que él representa, más que contra él personalmente, y necesito contar contigo.

Y él le respondió:

—Cuente conmigo, Profesor.

Ya se había puesto en contacto con la porción incontaminada del estudiantado y acababan de echarse las bases de una organización que lucharía por la reivindicación del espíritu universitario, sin condescendencias culpables, pero fuera de los campos del hecho de armas donde se había enseñoreado Rigos.

No se le había extinguido el amor que le inspiraba Amarelis, cuya delicadeza espiritual le era bien conocida; pero en su temperamento equilibrado y sometido a normas firmes ninguna pasión podía desbordarse en exageraciones dramáticas, ni le parecía conveniente, ni aun para ella misma, ayudarla con invitaciones sentimentales, con ofrecimiento de amor, pues tenía un riguroso concepto de la propia personalidad ante el problema propio.

Ahora la había visto entrar al café, y al terminar en lo que se ocupaba con los estudiantes, quienes se retiraron como a cumplir consigna de ejecución inmediata, se dirigió hacia ella.

Le dio un vuelco violento el corazón al verlo acercársele, como hacía tiempo no lo acostumbraba, y buscó las palabras para la noticia que tenía que darle... Pero se le fueron las ideas.

Mauricio se detuvo por delante de ella y se limitó a decirle:

—Esta tarde dará el profesor Luciente su lección inaugural. Aula abierta, como de costumbre, en la Magna. Pregúntale al Caudillo si te permite asistir. Ella no halló qué responderle y se echó a llorar; él se quedó mirándola en silencio y luego le dijo:

—Cuida tus reacciones.
Y se le retiró.

Lección inaugural

El profesor Luciente había solicitado anuencia del rectorado para abrir su cátedra de Historia de la Cultura aquel mismo día, aunque el período de matriculación estuviese apenas comenzado.

—Bueno —díjole el Rector—. Como su cátedra no forma parte de un curriculum de estudios obligatorios con los cuales sea necesario atenerse estrictamente a los estatutos, puede comenzarla hoy mismo. Además, sospecho que usted necesita tribuna hoy precisamente y es bueno que la tenga.

Nunca tuvo tanta concurrencia ninguna otra ni tan apasionado interés jamás se vio en rostros de alumnos, pues a ninguno de estos se le escapó el que algo muy preciso perseguiría el profesor Luciente con aquella adelantada apertura.

Estaba Justo Rigores en la primera fila del auditorio, en el centro precisamente. Sólidamente sentado, a la altura del ancho pecho cruzados los brazos, bajo cada mano la dura masa de los bíceps, bastante visible el bulto que bajo el saco denunciaba la pistola de grueso calibre, muy bien puesta en el rostro una disposición a sonreír respetuosamente.

Subió a la cátedra Rogelio Luciente, de una manotada se quitó de la frente el mechón de cabellos que sobre ella le caía y, después de dejar que los músculos de la cara le vibraran un buen rato, así comenzó su lección inaugural:

—No le sorprenda a nadie el que este año no comience la historia de la cultura que sobre el mundo se ha desarrollado a través de numerosos siglos con la estampa de buen humor que otras veces se me ha oído. No fue en Cuba donde se produjo el acontecimiento del primer ejercicio de inteligencia sobre el mundo; pero es aquí, en la tierra de nuestro mayor dolor y nuestra mejor esperanza, donde parece que hubiera necesidad de recomenzar la trabajosa marcha desde el abrigo de la violencia en la caverna prehistórica hasta el ensanchado respiro de razón y de justicia en la serenidad de las cumbres del pensamiento.

Justo Rigores movió afirmativamente la cabeza y los que cerca de él estaban le oyeron murmurar:

—Viene cortando este año el profesor Luciente.

Pero estas palabras se las tragó el rumor de aprobación que por toda el aula se extendió.

Dejó el vibrante Profesor que se restableciera el silencio, y luego prosiguió:

—Una dramática exigencia, una angustiosa tragedia de opresión ya insoportable armó el brazo de esta Universidad para el reclamo varonil de acatamiento a las leyes, de respeto a la dignidad humana, cuyo medio natural no puede ser sino la libertad bien garantizada para que bien usada sea. De respeto a la vida, de la cual ya nadie podía disfrutar sino como regalo del poderoso ensoberbecido, cuando no a precio de humillación en colaboración con la iniquidad.

—¡Muy bien! —dijo Rigores, ya en alta voz, dando origen a un rumor de marejada de ánimos excitados, entre el cual se oyeron palabras de protesta.

Se le encaró el Profesor, ya sin el cuidado de despejarse la frente de la impertinencia del mechón de cabellos, y, alzando la voz, dijo:

—Sí. Pero ese brazo generoso y valiente que se armó para el servicio de la justicia no está hoy sino al de las represalias. Que no son justicia.

¿Que de quiénes es la culpa, preguntará usted, Justo Rigos?

—Profesor —repuso el interpelado, ya con su sonrisa respetuosa a flor de rostro—, yo no soy alumno regular de esta cátedra y quizá no esté obligado a que se me hagan preguntas sobre la asignatura que en ella enseña; pero, en todo caso, le confieso que no se me ocurre, así, de pronto, la respuesta adecuada.

Iba a estallar un doble rumor de aprobación y de protesta en los dos campos en que ya estaba dividido el estudiantado; pero lo impidió el Profesor diciendo:

—No esperaba que usted me la diese. Iba a dármela yo mismo en seguida. ¡Mía es la culpa! ¡Mía y de otros que conmigo compartieron esa tremenda responsabilidad!; pero yo los absuelvo a todos, a los muertos y a los vivos todavía, de la obligación de contestar cargos, para cumplirla yo solo. Ya lo he dicho varias veces al llegar a este punto de nuestra dramática historia: aquí perdimos la visión exacta de nuestro camino propio. Trágico saldo de la intromisión imperialista en la caída de la dictadura, que malogró la culminación del movimiento revolucionario, del subsiguiente predominio castrense y del restablecimiento del orden constitucional como producto de una transacción entre dos impotencias.

Se produjo una explosión de aplausos que dio origen a que los amigos de Rigos se miraran unos a otros recelosa e interrogativamente, y él, quitándose las manos de la complacencia en el contacto con los poderosos bíceps, se las puso a aplaudir ruidosamente, continuando en ello cuando ya los demás no lo hacían.

Pero cerca de él, sin quitarle la vista de encima, estaba Mauricio Leal, y para corresponderle la mirada, en actitud de afrontamiento de contingencias, dejó de aplaudir.

—Pero hoy ocurre —prosiguió Luciente— que dentro de esta Universidad, cuyo decoro estamos obligados a defender, funciona una cátedra de pistolero que le hace injuria a la institución y gravísimo daño al país, desviando cada vez más el espíritu del estudiantado de sus fines propios hacia los campos de la violencia, ya no por motivos que puedan ampararse en razones políticas, discutibles en todo caso, sino por causas más o menos inconfesables del orden personal de los dirigentes del llamado movimiento estudiantil, contra cuyo calificativo han de protestar los verdaderos estudiantes que aquí me oigan. Que no lo son todos los que me oyen, ni mucho menos quien con aplausos perturbadores e irrespetuosos ha hecho alarde que por ahora no quiero calificar. Hizo una pausa, durante la cual se sintió en el apretado silencio la expectativa de los dos bandos en que estaba dividido el auditorio, y quitándose de la frente, de una manotada, el mechón caedizo, prosiguió:

—Una vez más ha caído un estudiante en los reveses de la desviación, y hay una pregunta que exige sea formulada categóricamente: ¿Por qué se mandó a Manuel Darío al sacrificio? Una pregunta que encierra dos acusaciones.

A Hinojosa, que estaba al lado de Rigos, le pareció que este lo había tocado con el codo y temió que alguien lo hubiese advertido, mientras Luciente proseguía:

—Hago este planteamiento dispuesto a afrontar todas las contingencias; pero no se lleve nadie la mano a la empuñadura de la pistola ni con ella se palpe el vigor de los músculos...

Y ya Hinojosa no supo qué hacer con las suyas.

—... sino póngasela sobre el corazón, porque no es a rifa a lo que estoy invitando, sino a buena corazonada para meditación.

—¿Me permite, Profesor? —interrumpió Rigos, poniéndose de pie—.

Ha dicho usted que la pregunta formulada encierra dos acusaciones. ¿Puede hacerme conocer la segunda? Luciente avanzó un paso hacia él y, sosteniéndole la mirada, repuso, en el silencio de respiros contenidos que reinaba en el aula:

—La formuló usted esta mañana al pasar por delante de mí; pero voy a complacerlo. ¿Quién envió el aviso traicionero de que Manuel Darío llevaba encargo de matar?

—Gracias, Profesor —dijo Rigores, sentándose de nuevo.

Estalló un griterío de protesta:

—¡Fuera de aquí! Rigores se puso de pie con absoluto dominio de sí mismo, paseó su mirada por el auditorio y comprobó que eran más, muchos más, los que gritaban que los que callaban, y, volviéndose hacia Luciente, díjole:

—¿Me permite, Profesor, que complazca a quienes piden que me retire?

—Puede hacerlo —le respondió Luciente.

Se retiró, como si hubiera ganado una pelea, llevándose su arrogancia intacta y sonriente; le siguieron los suyos, pero no fueron muchos los asientos que quedaron vacíos, e Hinojosa fue el último en salir.

Momentos después, terminada la lección, en el Aula Magna solo quedó Juan Luís Marino. Habían sido años de admiración los que tenía que borrarse de su memoria.

V

La hora del avestruz

Regresó la arrogancia al despacho de los tremendos encargos rodeado de la poca adhesión que lo seguía, se sentó en su escritorio, se arrellanó en el apoltronado asiento como en los mejores días, pero ya sin sonrisa de buena cara para mal tiempo; fijó la mirada en el lejano espacio invisible que se extendía por encima del punto del techo donde al azar se le posó.

Bajo aquel entrecejo, vigorosamente contraído, debían de venir resoluciones terribles, y esperando que se le convirtiesen en órdenes imperiosas, en consignas reconstructivas del movimiento en crisis, sus adeptos, entre los cuales estaban los que componían el Directorio, mirándolo en silencio permanecieron de pie.

—Bueno —dijo por fin el pensativo—. La hora del avestruz. Viene el simún: a esconder la cabeza.

No cayó del todo bien aquella orientación inesperada.

—Pero...

—La hora del avestruz —repitió Rigores imperiosamente, sin dejar que se expresara la objeción que fuera a hacersele.

Se encogieron los hombros y se cruzaron miradas interrogativas, porque la del jefe pasaba revista buscando a Hinojosa.

—¿Qué se hizo Hinojosa? —preguntó luego.

No eran tantos como para que fuese necesario que todos lo buscasen entre sí; pero a Hinojosa no se le pudo encontrar.

—Tal vez ande averiguando qué se propone Mauricio Leal —apuntó uno de los miembros del Directorio, a quien, por ser rubio, se le decía Rubiales.

Y otro agregó:

—Tal vez se haya quedado en el Aula Magna para oír todo lo que tenga que decir el profesor Luciente.

Pero Rigores ordenó:

—Hay que buscar a Hinojosa. Sacarlo de donde se haya metido.
Esto era ya expresar sospecha de desertión de Hinojosa, y otra vez se cruzaron las miradas interrogativas.

Pero Rubiales se atrevió a objetar:

—¿Crees tú, Caudillo, que Mano Zurda...?

—Hay que buscar a Hinojosa he dicho —ratificó Rigores, quitándole la palabra. Porque en la hora del avestruz siempre hay algo de mística que puede flaquear y una simple observación, por juiciosa que fuere, no era tolerable en aquellos momentos. Se dispusieron todos a cumplir la orden —aunque varios de ellos por salir nada más, pues aquella posibilidad de desertión de Hinojosa que parecía habersele ocurrido al Caudillo sagaz, no dejaba de abrirle caminos a la desbandada—, pero Rigores agregó:

—Quédate tú, Rubiales. Tenemos que hablar.

Rubiales tomó asiento por delante del jefe y se apresuró a manifestar:

—Te advierto, Caudillo, que yo no meto mi mano en el fuego por Hinojosa.

—Del árbol caído...

—No, no. Recuerda que siempre te he dicho eso.

—Tantas veces cuantas Hinojosa lo mismo de ti.

Rubiales sonrió y se franqueó:

—En realidad, él y yo nos hemos disputado siempre tu confianza.

—Y es muy natural —dijo Rigores que seas tú quien ahora la tenga sin disputa.

—Te pierdes de vista, Caudillo.

—Y a ti se te ve siempre como en la palma de la mano.

—Me falta la extraordinaria capacidad de hombre impenetrable que tú tienes. La capacidad de jefe.

—¿Es que estás en el erizo?

—No, Caudillo; no es guataquería lo que te he dicho. En el erizo estoy. ¿Para qué negártelo? Pero no son muchos los billetes a que aspiro para salir de un compromiso urgente por vencimiento de plazo de un préstamo.

—¡Qué casualidad! Billetes y depósito de confianza, sin que todavía se sepa si Hinojosa ande realmente averiguando qué se propone Mauricio Leal, como dijiste.

—Había muchos oyéndonos, y... Y no era oportunidad de decirte que Mano Zurda echó para afuera la escena que presencié esta mañana entre Amarelis y tú. Digo, entre tú y Amarelis. Aunque el orden de los factores no altere el producto.

Rigores contrajo el ceño, y:

—¿Esas también tenemos? ¿Socarronerías junto con guataquerías?

—Billetes, Caudillo —repuso Rubiales descaradamente—. No de los grandes. Unos trescientos pesos. Por mí no podrás decir que ha salido caro el funcionamiento del canal siete.

Rigores sacó de su billetera el dinero que le pedía Rubiales y se lo tiró sobre el escritorio, diciéndole:

—Toma y vete... a averiguar qué le pasa a Hinojosa, que también sabe algo respecto al canal siete.

Recogió Rubiales lo que de aquel modo despectivo se le daba, se lo guardó en su billetera, donde nada había, porque eso era "estar en el erizo", y se levantó, diciendo:

—Ten en cuenta, Caudillo, que yo no soy propiamente un estudiante, ni siquiera tanto como tú, y que el gatillo alegre necesita aceite para funcionar.

Se llevó la diestra a la frente, a modo de saludo militar, y se retiró.

Rigores volvió a fijar su mirada en el lejano punto del espacio a través del interpuesto techo del salón del Directorio del movimiento, y de todo lo que le había ocurrido ese día,

significativo de puesta del sol de su fortuna, solo esto se le aposentó en la cavilación:
Amarelis emancipándose de su influencia.
Era cierto que él prefería saborear antes que apurar. Pero...
Pero alguien entraba en el despacho.

Momento sentimental

Era Juan Luís Marino. Traspuso la puerta y se detuvo por delante de ella en silencio. En el rostro pálido le fulguraban los ojos negros.

Rigores se preparó para escena violenta, porque no se le había escapado que en la rebelión de Amarelis hubiese tenido culpa quien le llevó la orden de presentársele, y díjole ásperamente:

—Antes de trasponer una puerta que esté cerrada se pregunta si se puede.

Pero sin que se produjera el derrumbamiento de timidez que esperaba de Juan Luís, por lo que de él ya se decía en el cárdex, la respuesta fue:

—Cuando se viene a lo que vengo, se hace lo que he hecho.

Rigores se puso de pie con movimiento rápido, la diestra ya dispuesta a empuñar la pistola.

Pero Juan Luís, sin moverse del sitio donde se había detenido, y con palabras de serenidad, agregó:

—Vengo a hablar con el hombre que fue objeto de mi admiración durante varios años. Vengo a cumplir un deber que me impone mi buena fe, no en plan de riña, sino, por lo contrario, de amistad. Tal como yo la entiendo.

Volvió a su asiento Rigores, casi avergonzado de la momentánea pérdida de dominio de sí mismo en que había incurrido, y dijo:

—Adelante. Siéntate. ¿De qué se trata?

—De satisfacer la necesidad de no haberme equivocado por completo. Me hace daño el tener que retirar de alguien la confianza que en él haya puesto.

—¿Luego vienes a subsanarte? —inquirió Rigores, ya sin poder sustraerse a la emoción que le habían producido aquellas palabras.

—Sí. Tengo la seguridad, quiero tener la seguridad de que no doy paso en falso, porque cuando se ha contraído compromiso con el ideal no hay desviación que pueda apartar de él definitivamente.

—Dices cosas... —repuso Rigores—.

Dices cosas...

—Decirlas no cuesta trabajo cuando se cuenta con que serán bien oídas.

Tú también las dijiste, en tu hora buena, en los comienzos de tu historia de luchador contra la iniquidad, y yo me las aprendí de memoria cuando las vi escritas.

Rigores bajó la cabeza y repuso:

—Momentos sentimentales. No tiene uno la culpa por completo de no poder repetir a medio camino lo que se dijo al principio.

—A medio camino queda todavía otra mitad que, doblada sobre la primera, puede hacer invisible lo que en ella hubo de equivocación, de frustración o de traición.

La última palabra reconstruyó la arrogancia de Rigores. Alzó violentamente la cabeza, miró como de arriba abajo y repuso:

—Habíamos quedado en que venías en plan de amistad.

—Tal como yo la entiendo, advertí.

Probablemente estás acostumbrado a las lisonjas de tus adictos...

—Apéate de ese estilo amanerado que estás empleando, y di guataquerías, al ras del suelo, en vez de lisonjas. Un guajiro como tú...

Pero Juan Luís le quitó la palabra:

—Cuando tiene que referirse a traiciones, las llama traiciones, y yo lo he hecho.

—Y tú, ¿qué fue lo que hiciste, sino traicionarme cuando te mandé a hablar con Amarelis?

—Le hice advertir que tú traicionabas a tu madre, renegando de ella en público, seguramente porque su humildad te hacía sombra en tu ambición de celebridad.

Rigores se levantó del asiento, dio pasos de aquí para allá y, por último, volvió a ocuparlo frente a Juan Luís, que no se había movido del suyo, y después de unos momentos de resuellos profundos, de costumbre de gimnasta para recuperar respiro sosegado, dijo:

—Voy a hacerte una confesión. Es la primera vez que alguien se atreve a hablarme así sin que le brote sangre de la boca rota. Tú no eres de ninguna manera un hombre temible, y en peso puedo yo levantarte para echarte afuera como un fardo; pero si entre los que me siguen alguien me hubiera hablado así...

—Serían otros de mejor calidad humana quienes te seguirían. ¿No es eso?

—Exacto —reconoció Rigores.

Pero con brusca transición a lo que realmente ya era él, agregó:

—Ya ha pasado mucha agua bajo el puente, y aquellos momentos sentimentales pertenecen a un pasado hacia el cual no se vuelve doblando caminos en dos, como si fuesen una hoja de papel.

De la confesión que te he hecho no me arrepiento, pues al formularla cumplí con el Justo Rigores que acaso pude haber sido. El que ahora te habla es una realidad inmodificable, y tú lo buscarás algún día. Por ahora déjame en paz. Los papeles de arrepentimiento no me agradan. Y no hablemos más.

—Bien —dijo Juan Luís, disponiéndose a retirarse—. Yo cumplí mi deber de buena fe, y no me arrepentiré de mi momento sentimental.

Rigores se quedó diciendo:

—¡Estos idealistas! Por poco no entoné la canción del arrepentimiento.

Un problema resuelto

De la Universidad salió Florencia junto con Amarelis, invitándola a dar un paseo en su automóvil por la avenida del malecón y hasta las playas de Miramar. Era una tarde calurosa, sofocante, y el mar tenía un color feo, como de propósitos de temporal.

—Yo no soy amiga de preámbulos —díjole Florencia—, y estoy acostumbrada a guiarme por mis corazonadas.

Tú me agradas, tú me interesas... y tú eres una tonta de capirote.

—Es cierto —admitió Amarelis, entregándose ya a la cordialidad que se le brindaba cuando más necesitaba de ella.

—Ya me contó Juan Luís —prosiguió Florencia— lo de la pensión de las angustias, a la cual no volverás, seguramente.

—¿Y qué hago? Por lo menos, mientras esté en La Habana. Ya le he puesto un telegrama a mi padre preguntándole...

—No, no. Nada de padre tampoco.

Ya también me contó el profesor Luciente —que te estima mucho, ¿sabes? esas otras cuitas tuyas. Yo soy rica.

Perdóname la desvergüenza. Y estoy acostumbrada a hacer lo que me dé la gana. Tú te vas conmigo a casa desde esta misma noche. Mi casa es, por ahora, la de mi hermano Eugenio; pero en la calle de Neptuno, cerca de la Universidad, hay una, destinada por mi padre en su testamento para que en ella pusiera mi hermano Eugenio un albergue de estudiantes pobres o algo por el estilo. Entonces Eugenio cursaba estudios de derecho,

que luego abandonó, y como ahora la universitaria soy yo, a esa casa nos llevaremos unas cuatro o cinco compañeras, bien seleccionadas, corriendo yo con todos los gastos.

¡Y no hay problema! Amarelis se había echado a llorar, y entre sollozos preguntó:

—¿No eres tú de las que creen que yo he sido la amante de Justo Rigos?

—Te rompo la boca si vuelves a pronunciar esa palabra ofensiva para una amiga mía.

Y Amarelis, sonriendo, emocionadamente:

—Tienes una manera muy generosa de ser generosa.

—Creo que a eso lo llaman redundancia. En cambio, con Mauricio Leal, esta mañana, en el café de los estudiantes, te tragaste las palabras.

—Pero...

—Lo sé todo. Y por eso, entre otras cosas, empecé diciéndote que eres tonta de capirote.

Y ya se lo dije a él: "Si hubiera sido yo la que estuviera tomándose aquella taza de café, tú no me habrías dejado llorando, sino que te habrías sentado a consolarme... Y allí estaríamos todavía tomando café." Y después de una pausa:

—Anda, anda. Pregunta lo que ibas a preguntar.

—Pero si no he pensado preguntarte nada.

—¡Ay mujer! Ni Juan Luís Marino. ¡Qué pareja harías tú con él!

—Es un muchacho noble.

—Mira que está enamorado de mí. A menos que tú quieras cambiármelo por Mauricio. Siempre que él conviniera en cambiarse también de apellido, porque podría amanecer un día con ganas de no tolerarlo más, y me llamarían la señora desleal.

Rió Amarelis y preguntó:

—¿Has sido siempre así, o lo haces por distraerme?

—Siempre. No te preocupes. Y sigue gimoteando, si quieres. Porque a ti te pasa como al mar en este trecho de playa.

Uno pedruscoso, feo, frente al cual llegaban. Detuvo el automóvil y la invitó a bajar, diciéndole:

Ven para que oigas.

Y en llegando a la rompiente de las olas, que no lograban remontar la empinada playa de pedrusco negro:

—Oye lo que dice el idiota mar.

Y poniendo la voz a tono quejumbroso y ronco:

—¡Qué feo estoy! ¿Quién me pondría así? Parezco de plomo, casi no puedo moverme, y estoy condenado a reventar contra esta fea playa que me aporrea las olas y me ensucia la espuma. ¡Qué idiota soy!

—Tienes razón —dijo Amarelis—.

Lo que hice hoy, he podido hacerlo hace tiempo.

—¿Y qué hiciste, mujer?

—Me libré, por fin, de la influencia que sobre mí ejercía Justo Rigos. Me siento como si estuviera naciendo otra vez.

—Mira que en casa no hay cuna disponible para recién nacidos.

—Eres incorregible. Nada quieres tomarlo en serio.

—¿Y te parece poco lo en serio que has tomado tú la vida? Al cura loco que te martirizó pidiéndote pecados mortales le habría tapado yo la boca soltándole unos, que ni Mesalina.

Pero ya me has dicho lo que yo quería saber, y ahora no falta sino llamar a Mauricio y anunciarle:

—Chico, a tu disposición. Sin caudillo ya.

Y Amarelis, abrazándola, emocionadamente:

—No te imaginas el bien que me haces.

—De eso nada. Y a la pensión de las angustias, a rescatar tus cosas de las manos de doña Natalicia.

Y ya en camino hacia allá:

—He de advertirte que con esto no me propongo hacerte un bien, propiamente, que tengas que agradecermelo, sino darme yo un gusto, un soberano gusto. Esta mañana les di un mitin a varias estudiantas, invitándolas a declararles guerra de aislamiento a todos los estudiantes afiliados al grupo que capitanea el Caudillo.

Ese tipo me ha caído pesado desde el primer momento, y estoy dispuesta a no darle paz.

Las compañeras con quienes hablé te estiman mucho, y tú me serás muy útil. La consigna es: ni una mirada para los del grupo de Rigores.

En cuanto a la casa de estudiantas que montaremos, ya mi hermano me ha entregado la de la calle de Neptuno, y mañana mismo nos ocuparemos en su instalación. Nos la manejará la negra Natividad, que fue mi manejadora cuando niña, y que es toda una señora.

Allí me daré el gusto de volver a ser Drum Majorette, como en los desfiles de mi escuela de Miami. ¡Clarines y tambores por detrás de mí!...

Por consiguiente, nada de agradecimiento.

Duro fue para Amarelis entrar en la Casa del Bosque al arrimo de la Muñeca Azcárate; pero Raquel la acogió con delicadeza, Rogelio Luciente hizo luego encendido elogio de ella y Eugenio se esmeró en hacerle gratos los momentos de la mesa.

Y al entregarse al sueño, a su espíritu había vuelto el sosiego, como cuando se vio libre de la tortura del confesor insensato.

Su mejor sentimiento

En el regocijo de la novatada hizo crisis la tensión de los ánimos; pero ninguno sacó del escarnio tanto provecho como Juan Luís Marino.

Entre los motivos de sus vacilaciones para abrazar la carrera estudiantil que lo llevase a la Universidad, quizá el más poderoso había sido el temor del ridículo a que, conforme a la costumbre, lo expondrían al ingresar en ella; pero se dejó rapar la cabeza, pintarrajar la cara y voltear de revés la ropa, si no regocijadamente como algunos otros novatos, con verdadero estoicismo. Y de la prueba de las burlas salió con la seguridad de que nunca más lo detendría en ningún camino el miedo al ridículo.

Le quedaba grotesca la cabeza rapada, y Florencia no se contuvo la risa que le provocó; pero él la soportó sin encabritamientos de susceptibilidad.

—Bueno —dijo ella cuando se cansó de reír—. No es que ya no fueras bastante feo, aunque te lo disimulaban un poco los entre crespos y lacios cabellos.

—¿Como algo de negro entre lo indio?

—¡Umjú! Entre lo demás, de menos oscuro color.

Él sonrió con el provecho sacado de la prueba, y replicó:

—Lástima que a ti también no te hayan sometido a la novatada, pues sin esa cabellera que es tu corona de reina...

—¿Qué quedaría? No te lo calles.

—La reina siempre.

Y hasta para esto le fue de provecho aquello, pues lo dijo sin titubeos de timidez. Y fue ella quien se ruborizó y por salir de ahogos propuso:

—A estudiar, a estudiar. Que no hay tiempo para galanteos. Ven para enseñarme la lección.

Y comenzó la trabajosa marcha por las empinadas cuestas del álgebra superior, en el Jardín de los Enamorados, a la caída de las tardes, en otros bancos los idilios.

Era evidente que no se habían hecho las matemáticas para Florencia, y en los primeros tropiezos Juan Luís le dijo:

—Pero si no tienes disposición para esto, ¿por qué te empeñas? Si buscas el adorno de un título universitario, encima de los que ya te da...

—¡Para, para, Cocoliso! Déjame quieta a la reina con su corona y todo.

—No iba a mencionar eso —replicó él, no muy a gusto por el apodo que ella le daba a causa de su cabeza rapada—. El adorno a que me refería es el de tu riqueza, que no te obliga a procurarte profesión lucrativa.

—¿Quién sabe? Mañana la doy por casarme con un tarambana, jugador y mujeriego, por ejemplo, que me tire todo el dinero, y... ¡Y a ganarse la vida la reina, con corona y todo!

Contrajo el ceño Juan Luís, y repuso:

—La filosofía es adorno que te quedaría bien. Allí está Amarelis, que podría ayudarte..., y en esos campos se mueve también el profesor Luciente.

—¿Por qué lo mencionas? Anda, dímelo. ¿Por qué lo nombras, Cocoliso? Y, cosa extraña, ya no le desagradaba a Juan Luís el apodo. Se quedó mirándola en silencio, y ella prosiguió:

—¿Es que te resulta pesado ayudarme a comprender esta endiablada ciencia?

—¿Pesado?...

Deliciosa fatiga le causaba ayudarla a remontar aquellas cuestas. El problema obligaba a acercarse mucho para seguir paso a paso el desarrollo, fina y menuda la letra sobre el papel, y cuando no era el golpe de viento con los cabellos de ella contra su rostro, era el profundo respiro dándole a tomar aliento tibio y oloroso. Aire que le comunicaba intimidad de ella, pero sin despertarle sensualidad propiamente. De los abrigos de la timidez él sacaba a las primeras audacias amorosas corazón puro.

Por su parte, Florencia se abandonaba a una emoción de sí misma en la que casi no había vanidad. Se sentía objeto de contemplación romántica y se complacía en preguntarse cómo se la vería a ella desde Juan Luís Marino; mas no por la distancia que en lo económico y en lo social los separaba, sino por lo que ya sabía —por su experiencia de la infancia, desde el llano la mirada, días enteros, hacia la colina del canto y la risa y luego de oídas al profesor Luciente— de la buena calidad contemplativa de aquel joven. Por su educación, ella sabía estar entre varones sin que lo femenino se le convirtiese en amor, y aunque ya no le agradaba que la llamasen Muñeca, tal costumbre le había dejado gusto de ser contemplada.

Pero había algo de la voluntariosa también. Sus hermanos —no solo Eugenio— deseaban verla casada con Rogelio Luciente, y ya esto bastaba para que a ella no le interesase el profesor. Hablando de esto, le había dicho Amarelis:

—Es un hombre admirable y amable.

—Sí. Pero incompleto.

—¡Cómo! ¿Qué le falta?

—No ser —repúsole. Porque le sobra ser.

Esto parecía lenguaje filosófico, quizá aprendido ya en las conversaciones con Amarelis; pero en realidad contenía una afirmación de carácter.

—Yo necesito construirme yo misma mi objeto de contemplación —añadió—.

Como cuando jugaba a las muñecas, que nunca me gustaron las que me compraban en las tiendas, y por lindas que fueran, las tiraba a un lado para cargar en mis brazos y comérmelo a besos un ladrillo, medio envuelto en un pedazo de tela cualquiera. Mi muñeca mía, que un día tenía negros los ojos y otros azules, según me amanecieran las ganas.

—No digas tonterías —repúsole Amarelis—. No te creo capaz de enamorarte de un hombre sin personalidad.

—Te equivocas si crees que mi novio no la tenga.

—¿A quién te refieres? ¿A Juan Luís?

—Sí. Pero que no es el Juan Luís que tú conoces. ¿Te has fijado en la horrible cabeza que le dejó la novatada? Pues bien: Cocoliso tiene una cabellera hermosísima.

—Cuidado, Florencia. Mira que con el amor no se juega. Yo estimo mucho a Juan Luís; pero tal vez no sea el hombre que te convenga.

—Pero ¿quién ha hablado de amor?

—¿Generosidad entonces? Peor todavía.

—No. Egoísmo puro. Pero no hablemos de mí. ¿Cómo van tus cosas con Mauricio?

—Bien. Ayer se me acercó.

—¡Y te lo tenías guardado, mujer! ¿Qué te dijo? Cuéntame.

—¿Qué te ha dicho a ti Juan Luís?

—Nada todavía. Bueno. Sí. Me dijo reina.

—¡Huy!

—¡Qué! ¿Te parece cursi?

—No. Pero...

—Anda. Confíesalo. Cursilerismo, ¿verdad? Ese día le amanecieron los ojos azules...

Era como si ya se hubiese disipado por completo dentro de la Universidad aquel ambiente de pasiones y preocupaciones provenientes de la lucha política, debido, por una parte, a la consigna del avestruz en el grupo de Justo Rigores, y en el campo contrario, a la prudente disposición de Mauricio Leal de no provocar choques que perturbasen la línea de conducta reivindicativa del espíritu genuinamente universitario, no solo en el cuidado de la dignidad de la institución, sino también en el de conservar y depurar la influencia del estudiantado en el orden político y social como fuerza moralizadora proyectada hacia las esperanzas populares.

A Justo Rigores no se le escapaba que ya se había iniciado la decadencia de lo que él llamaba "el movimiento", sin calificativos ideológicos y que solo había llegado a sus manos por efectos de inercia, conjuntamente con los compromisos contraídos con los personeros de la corrupción política y con elementos del pistolero profesional, para cuya buena paga hubo dinero distraído de rectas aplicaciones administrativas. Ya se le retiraba, y así no podría sobrevivir su caudillismo. Por lo demás, él mismo no era sino la creación de esa decadencia, ya en los últimos trechos del sendero desprendido del camino recto, y aun cuando todavía fuese oportuno rectificar, no podía escapársele que él no era bueno para andadura derecha. Fingía haberse quitado por completo de aquella actividad, solo dedicado a los estudios del último año de su carrera; pero no perdía de vista las posibili-

dades de recuperación de su predominio dentro de la Universidad mientras en ella estuviese, y luego desde el ejercicio profesional.

Y en Juan Luís Marino estaban puestas, de una manera especial, sus esperanzas.

Un día, haciéndose el enconradizo con él, sin detenerse le deslizó al oído:

—Y después dicen que los idealistas son bobos.

Juan Luís se revolvió y se le emparejó, preguntándole:

—¿A qué te has referido?

—A tus amores con la Muñeca Azcárate. Esa está metida contigo cantidad. ¿Sabes? No te la dejes quitar. A ti te consta que esa fortuna se la han amasado a los Azcárates sus colonos y sus mayordomos.

—Uno de ellos mi padre, ¿verdad?

—Que no en balde ha engendrado un hijo revolucionario. Yo no te aconsejo afiliarte al comunismo, porque es indudable que simpatizas con la burguesía; pero con buen dinero disponible es mucho lo que se puede hacer desde arriba hacia abajo.

—Me parece que estás entremetiéndote quizá demasiado en mi fuero interno —repuso
Juan Luís.

Pero Rigores le replicó:

—Tal vez tanto como tú en el mío cuando me aconsejaste doblar la hoja del camino para que una mitad no dejase ver lo que se había hecho con la otra... Pero conste que yo no te censuro tus acercamientos a Florencia Azcárate. Yo haría lo mismo si me resignara a que las mujeres me ayudaran a llevar a cabo mis empresas.

Y ya tuvo Juan Luís motivo suficiente para que le resultara pesado ayudar a Florencia a remontar las cuestas de su incomprensión de las matemáticas.

Insistió en aconsejarle que desistiera de ellas:

—Cada día me convenzo más de que tu bonito talento no puede con esto.

Si quieres añadirle al dorso de tu riqueza y de tu alto rango social el de un título universitario, dedícate a optarlo en Filosofía y Letras.

Allí...

—Sí, sí —repuso ella, no dejándolo continuar—. Allí está Amarelis, que puede ayudarme.

—Pero ahora quiero decirte muy especialmente: allí está el profesor Luciente. Ya emparentado con tu familia.

Ella lo miró de soslayo, y luego repuso:

—Ya es tarde para matricularme en Filosofía y Letras.

—Quizá no. Pues seguramente puede obviarte las dificultades el mismo profesor Luciente.

Volvió a mirarlo de soslayo, y al cabo de un rato de silencio, él agregó:

—El mejor sentimiento de mi vida, sin duda alguna, es el de mi admiración por el profesor Luciente. Por lo que él es en sí y por el modo como se comportó conmigo cuando fui su discípulo en el Instituto. Le debo la confianza en mí que he logrado construirme.

—Que, por cierto, no es mucha todavía.

—Pero ya bastante para que el agradecimiento me obligue a evitar que algo de egoísmo y de amargura me dañe la lealtad para con él. Y lo cierto es que ya eso ha comenzado a suceder.

Florencia guardó silencio. Luego cerró el libro que tenía en las manos y dijo:

—Bien. No más ayuda. Veré si yo sola puedo.

Zafra

Por enero, cuando madura la caña, empieza a elevarse sobre el campo cubano el humo de las chimeneas de los ingenios en tiempos de zafra. Tiempo de la esperanza, con algo de algo de azariento, sembrada en el cañaverál.

En la Provincia de Oriente, a no mucha distancia de Santiago de Cuba –caliente reserva de cubanidad–, traspuesta la Sierra Maestra por el puerto de Boniato, donde acaricia el aire fresco de las alturas, estaba situado el ingenio Los Azcárates.

Algo más de trescientas caballerías de tierra alimentadora de buena caña.

Ni el coloso –como por allí se desig na la gran plantación latifundista donde el capital dominante en la industria, norteamericano en su mayor parte, extrae la más grande porción de la riqueza azucarera– ni el cachimbo, como se denomina al pequeño ingenio, de escasa producción. Alrededor de cuatrocientos mil sacos en la zafra normal.

Ondulada y empinada tierra, donde el palmar cubano, gracia y majestad del tierno paisaje de la isla cordial y risueña, tiene que remontarse a cumbres para conservar su elegante señorío y hasta con la escarpa del monte se atreve. En el cangilón boscoso le da el búcaro al café sombra de flores que parecen fuego, y entre el verde del apretado cañaverál en la llanada, a las guardarrayas les pone setos vivos, con delicado adorno, el piñón florido. En los copudos mangos, la dorada flor prepara la sabrosa fruta; recuerda la guásima su oficio justiciero en las guerras por la independencia; aísla del matorral la ceiba señora su orgullo de árbol sagrado en la mitología del alma negra; cuida su verdor perenne el laurel frondoso, y si del algarrobo y del tamarindo se apodera el curujey, aprovechador de descuidada vejez, entre sus ramas se posan, y con alegría de incansable juventud, al melancólico arrullo de la tojosa, le responden el sinsonte, el senserenicio, el choncholí.

Ya había terminado la tierra su silenciosa elaboración de la dulzura de la caña, y llegaba la ruidosa hora del hierro del tandem que debía exprimírsela y del fuego cocinador en los tachos.

Volvió el brazo jornalero que en el tiempo muerto regresaba del ingenio a la diversa ocupación, y comenzaron a poblarse los compartimientos del vasto y viejo barracón del batey, donde un tiempo vivieron y moraron esclavos.

—A ver, tú: ¿Cómo te llamas?

—¡Ah caramba, don Alfonso! Si yo tengo más años tumbando caña en este ingenio que usted endulzando su café con el azuca della.

—¡Es verdad! Pero con haber dicho que eres Soledad Reynoso habría sido suficiente. Que, por cierto, ese nombre de mujer...

—Ya lo ha pasiao bastante por esta tierra un hombre completo. Entre otros Soledades y Encarnaciones y Matirdes que por ahí andan con pantalones bien puestos. Gustos del negro.

Complaciase Alfonso Azcárte en buscarle la lengua a aquel negro, confanzudo sin dejar de ser respetuoso.

—Ya no puedes con los curujeyes de la vejez encima, y todavía eres lenguaraz y faramallero.

—¡Hum! No miente curujeyes, don Alfonso, que ya a usted también se le comienzan a mirá encima, y anóteme en su lista de cortadores mal pagados...

Este que digo... ¡Je, je, je!...

Este don Alfonso, y que olvidándose de Soledad Reynoso... Coltadol de oficio y beneficio..., vamos a decí.

Polque cuando no es caña en el ingenio, con la mocha en la mano, afilaíta la condená, pa que no haiga cepa que se le resista, es con la tijera contra las tumusas de negros como usté... me mira que lo soy, echándomelas de barbero por esos montes, en el tiempo muerto.

—Bueno, Soledad Reynoso. Procuraré que no se me olvide tu nombre el año que viene.
—Si Dios quiere, don Alfonso.

Que ya bastante nos ha aguantao sobre esta tierra a usté y a mí. Usté mandando, pol supuesto.

Y luego, en el corte del cañaveral, entre otros negros tan lenguaraces como él, machete en mano:

—¡Ah, Cosmito!

—¿Mito? Aguítame el tamaño, que te llevo dos cuartas.

—¡Virgen de la Caridá del Cobre! ¡Qué hombre tan grande y coltando caña entuavía! Yo con ese tamaño...

—Estarías creciendo tuavía, pa podéteme igualá en los otros menesteres de hombre.
Y la risa negra, risa, risa. Blancos los dientes.

—Escuche el juapi, juapi, don Alfonso, de esta carga de mochas que le estamos dando a este cañaveral. Ni suya es ya esta caña.

Las carretas, tiradas por bueyes, atestadas de caña, camino de las romanas, para las pesadas de acuerdo con las cuales los colonos les pagaban a sus cortadores y los camiones que de allí conducían la caña a la báscula del ingenio.

Dentro del alto y vasto edificio donde funcionaban las maquinarias y aparatos empleados en la elaboración del producto, armazón de hierro revestida y techada de planchas de cinc recién pintadas de rojo, ya estaba el personal distribuido en los sitios correspondientes, esperando la orden de comienzo del trabajo que daría Alfonso Azcárate, quien, rodeado de sus hermanos por delante del tandem, reloj en mano, esperaba la hora puntual de rompimiento de molienda.

No tenía Alfonso Azcárate problemas de trabajo con la gente que le servía, igualmente bien tratados desde el cortador de caña hasta el maestro de azúcar, y todos compartían la emocionada expectativa.

—¿Listo, maquinista?

—Listo, don Alfonso.

Y sobre el alto techo del ingenio un alarido vibrante de sirena anuncia:

—¡Rompió la zafra en Los Azcárates! Comienza a funcionar el sistema de molienda del tandem, y estalla la risa del personal, ante el espectáculo del pánico entre los ratones y alimañas que allí se habían instalado y reproducido durante el tiempo muerto de maquinaria en reposo. Vuelcan los camiones su carga al basculador, en cuyo fondo ya se mueve la estera metálica que conducirá la caña a la cuchilla, que la cortará en trozos, y por delante de la cual gira "el gallego" que la empareja y la enfila. Y viéndolo funcionar, dice Alfonso:

—El gallego. El único obrero que no mete pleito por leyes de trabajo mal cumplidas... Como no los metía, tampoco, el gallego de carne y hueso que hacía ese trabajo en los viejos tiempos, por no haber entonces leyes que lo protegieran.

Entra la caña entre las mazas que la trituran y la exprimen, y por el canal comienza a correr el turbio jugo hacia su claro y dulce destino de azúcar.

Bosque de tierra trepidante, maraña intrincada de escalerillas, tubería de bombas, barras, cables de acero.

Grandes ruedas dentadas, movidas por calderas de vapor dentro de las cuales zumba el fuego, mediante los piñones en que engranan, les transmiten a los molinos el movimiento regulado por las voladoras, y en lo que ya es bagazo, de olor agrio por el maltrato sufrido por la dulzura, la maceradora vierte jugo que ayude a exprimir el que allí quede todavía.

—¡Ah, don Alfonso! —dícele el obrero que vigila el funcionamiento del tandem, confianzado sin dejar de ser respetuoso, como buen hijo de Soledad Reynoso—. ¡Qué buena es la maceradora! ¿Verdá? Cómo le devuelve al pobre bagazo su poquito de jugo, siquiera.

—Ya sé lo que viene después de eso —le contesta Alfonso—. La comparación con la comida que se le deja ganar al obrero, para poder exprimirle todo el jugo. ¿No es eso?

—Usté que lo dice.

Ya huele a dulce cerca del tanque donde se recoge y se calienta el guarapo. De ahí al clarificador para que se decante la cachaza, luego al preevaporador, donde comience a condensarse y luego al "cuádrupe", de donde saldrá más espeso para los tanques de meladura, de los cuales pasará a los tachos donde se inicia la cristalización.

Ya lo espera allá el maestro de azúcar que vigilará el proceso de la "templa". Y, finalmente, unas veinte horas después de la entrada de la caña en los molinos, a la centrífuga, de donde saldrá azúcar morena. Un silbato anunciará que se va a "botar una templa" para que el "purgador" —el obrero que atiende a la centrífuga— se disponga a recibirla.

Ciento cincuenta días de trabajo continuo convertirían el apretado verdor de los cañaverales de Los Azcárates en cuatrocientos mil sacos de azúcar morena dentro del amplio depósito del ingenio.

Pero materia prima para la industria de refinería de los Estados Unidos. Alfonso Azcárate soñaba con verla salir de las manos laboriosas de su gente cubana, blanca, cristalina, cubana por completo.

La apertura de zafra siempre la presenciaban los Azcárates con regocijo familiar y allí estaban todos —menos Dionisio— esperando la señal de que se iba a "botar la primera templa" para celebrar el anual acontecimiento con copas de champán. El año había sido bueno para la cosecha de las esperanzas; robusta la caña en el apretado cañaveral, en buena sazón de dulzura la promesa de azúcar.

Pero con el alzamiento de las copas coincidió una llamada telefónica que perturbaría el regocijo familiar. Fue a atenderla Alfonso y al cabo de un rato regresó con aire de contrariedad.

—¿Qué pasa? —le preguntó Eugenio.

—Dionisio que ha hecho una de las suyas. Ya me lo temía.

No fueron celos –se había dicho Juan Luís. ¿Por qué podrían serlo? Florencia Azcárate no era sino su compañera de estudio, agradable y beneficiosa para él la ayuda que le prestaba, pues explicándole una y otra vez el modo de resolver el problema difícil a él se le grababa mejor. Casi un ejercicio de egoísmo.

Por otra parte, cómo podía él abandonarse a la mala pasión de los celos tratándose del profesor Luciente, a quien admiraba y le agradecía la generosidad con que siempre lo había tratado y respecto al cual tenía que agradecerle todo lo que fuese buen acontecimiento, como sin duda lo sería el tomar esposa en mujer de las condiciones de Florencia Azcárate, a cuya familia ya estaba ligada la suya.

—No fue, tampoco –decíasele, insistentemente–, efecto de las palabras pérfidas de Justo Rigores, respecto a hombres que se busquen solución de su problema económico enamorándose de mujeres ricas; aunque sí del haberle echado en cara el que un hijo del guajiro Juan Marino, engendrado para revolucionario, traicionase a su clase aspirando a la mano de una burguesa rica, pues para ninguna otra cosa que mereciese la pena podía haber nacido él sino para que luchase contra la injusticia social que tenía dividido al mundo entre Azcárates y...

—Entre Dionisios y Clorindas.

Y por haberla mencionado decidió ir a visitarla.

Toda la confianza en sí mismo que había logrado construirse se le derrumbaba ya en las complacencias del despecho.

—¿No es acaso Clorinda una criatura de infortunio –preguntábase– en quien podrían estar mejor puestos mis ojos, sin amarguras de inferioridad, que en la voluntariosa Florencia Azcárate, de quien el amor no puede venirme sino por gana de ella de jugar con la suerte, la propia y la ajena, la suya y la mía? Y al expresarlo así, con cierto cuidado de estilo literario, el despecho le parecía sentimiento digno de complacerse en él.

No la encontró en la casa de inquilinato donde la había visto hacía unos meses y como le dijeron que estaba haciéndose el "asiento de santo" de que ya le había hablado, fue a buscarla en la casa de la santera Magdalena donde aquella noche la dejó.

—No está –díjole la dueña–. Recibe santo en el ilé ocha del babalao Rufino Porta. En la casa de él, allá entre Regla y Guanabacoa. Pero no pierda su tiempo yendo a verla hoy, que está en el primer día. Déjelo pa mañana, día del medio, ella en el pilón, como la que usted miró aquí aquella noche. Que por cierto, ya me han contado los que esta mañana estuvieron allá, presenciando la lectura del polvenir de Clorinda, que en las letras della ha aparecido visita a un presidio. ¿Recuerda usted lo que ella le dijo aquí en casa aquella noche, cuando volvió de su... ataque, como dicen ustedes los que no creen?

—Sí –respondió Juan Luís. Que por lo visto aquella sospecha se le ha convertido en idea recurrente. Es decir: en obsesión.

—Dígalo usted a su modo, que nosotros le damos otro nombre.

Y como ya le parecía tener cliente por delante, agregó:

—Anuncio o alveltencia fue aquella visión. Pero eso no se puede poné en claro sino haciéndose un registro.

Que usted tiene un ndiambo –una dificultá con otro hombre– eso se le ve por encima. No es que yo le proponga que se haga ese registro conmigo, pero como Clorinda me habló mucho de lo buena persona que es usted, sin ser de nuestra religión, no sería malo que se lo hiciera con el babalao, si hasta allá se acerca. Aunque me parece difícil que él pueda hacérselo esta noche. Anuncio, no tiene remedio; pero alveltencia, de algo sirve siempre.

—Esta noche no podré someterme a esa experiencia –dijo Juan Luís.

Pero volveré por aquí.

Y se retiró.

Nunca se había descubierto inclinación de asomarse al mundo negro de la santería, pero entre las complacencias del despecho se le deslizó el recuerdo de aquellas palabras de Florencia a propósito de lo ensortijado de sus cabellos y entregándose a todo lo que le fortaleciese su fundamental complejo de inferioridad se dijo:

—Nada tiene de extraño que algo de los ríos de sangre negra que se derramaron sobre esta tierra en los tiempos de la esclavitud corra por mis venas y siendo así, por qué no someterse a la práctica de la superstición africana que se me aconseja.

En su mejor sentimiento, la admiración afectuosa que le había inspirado el profesor Luciente, ya había algo de rivalidad que podía convertirse en odio. Y la santera se lo había descubierto:

—Usted tiene un ndiambo.

Y una palabra de santería que le era conocida se le vino a la mente:

—Olokún. Agua negra de mar pro fundo.

Parecía una invitación a suicidio...

Asiento de santería

De la tierra yoruba, en la Nigeria africana, provino la santería lucumí trasplantada a Cuba y en ella era pontífice de gran fama el babalao Rufino Porta. Un negro viejo, alto, flaco, de pocas palabras, que en su juventud fue belicoso y temible, hijo de Changó, divinidad poderosa, a la que corresponde, en el encubrimiento católico, Santa Bárbara, la guerrera.

Estaba situada su casa –templo a la vez– entre Regla y Guanabacoa, en un pequeño campo en medio del cual se alzaba una frondosa ceiba señera, árbol sagrado con el cual hablaba el babalao, abrazado a su tronco, en sus comunicaciones con la divinidad. Una casa corriente, de campesino pobre, pero en la cual había un cuarto secreto, destinado a los ritos, el igbodu.

Allí, en los estantes del "canastillero", estaban colocados los dioses lucumíes, por categorías: la sopera blanca, cubierta con collares de abalorios del mismo color, y dentro de ella, sumergida en agua, la piedra de Obatalá; la sopera amarilla que contenía la piedra de Ochún, diosa del amor y de los manantiales, cubierta con collares del mismo color y pulseras de cobre, recuerdo del abalorio con que se compraban los esclavos, especie de Venus Afrodita, diosa de la sensualidad, protectora del vientre y del sexo; la piedra de Yemayá, diosa del mar y de la fecundidad, sumergida en agua salada dentro de una sopera azul, color correspondiente a uno de los "caminos" por donde se presenta la diosa, agua negra de mar profundo si el "camino" es Olokún, el temible. Y junto al canastillero, en sitio especial, la piedra de Changó, rojo el color del recipiente que la contenía y de los collares que lo cubrían y adornaban... El panteón lucumí, en piedras de idolatría rudimentaria, a las cuales correspondían, por encubrimiento de intención ya olvidada, imágenes de culto católico.

Ya había comenzado la iniciación de Clorinda. Recibir santo y de manos del babalao, exigía disponer de buena cantidad de dinero, para lo cual no alcanzaban los ahorros de la rumbera venida a menos; pero ella acudió a Dionisio Azcárate y él se mostró espléndido.

Primero fue la consulta del babalao sobre qué santo le correspondería.

Descalzo, sentado sobre una estera, con las piernas abiertas y en la cabeza un gorro alto de tela almidonada, el babalao hizo la consulta mediante el collar de Ifá –ocho cáscaras de nuez de mango, abiertas por la mitad y enlazadas con una cadena–, echándolo al suelo varias veces, mientras murmuraba en lengua lucumí unas palabras de conjuro. Del modo como cayeron las cáscaras del okpelé dedujo el oficiante cuál era el dios –el oricha– que debía recibir la iniciada.

—Tú tienes que recibir Ochún –díjole.

La madrina –aquella en cuyo día del medio de la iniciación en santería visitaron Juan Luís y Clorinda y a quien le correspondía presentarla en la cofradía y acompañarla– le echó encima una sábana blanca, a manera de sudario en simulación de su muerte en el mundo de los profanos y así la condujeron ante la puerta del igbodu, recinto secreto destinado a los ritos y dentro del cual estaba el babalao.

—¿Quién es? –preguntó este, al toque de llamada.

—Una aleya que quiere hacer santo –respondió la yubona, la madrina.

—¿Qué santo? Haciendo como se le había explicado, Clorinda pronunció los nombres de varios de ellos:

—Changó, Obatalá, Yegué, Yemayá...

Y por último el del "santo" que recibiría, como ya se le había dicho:

—Ochún.

Le temblaban las piernas, se le iba el mundo del pensamiento, se le escapaba la noción de sí misma, ya en los umbrales del trance, porque sabía que lo que ocurre en el día del Itá, el primero de los tres de la iniciación, escapa a la conciencia del iniciado y ningún recuerdo deja en la memoria y a ello se preparaba su ánimo sugestionable.

La desnudaron, le raparon la cabeza –sobre la cual luego se le pintarían círculos concéntricos, del color amarillo correspondiente a Ochún–, le dieron baño lustral con una infusión de hierbas, mientras le tenían los ojos cubiertos con una venda, todo acompañado con la invocación del Oru en canto llano, larga y monótona letanía obsesionante, al cabo de la cual se pronunciaba el nombre de Ochún...

Ya se hundía en los limbos de la ausencia precursora de las convulsiones y la madrina murmuró:

—Le sube el santo.

Y luego mientras ella se estremecía, y se retorció como en espasmos de sensualidad:

—Le da bien el santo. ¡Qué Ochún más bueno! Afuera solo se oía un murmullo; pero como también los gemidos de la iniciada, entre la numerosa concurrencia de iyalochoas y babalochas que había en torno a la casa, también se comentaba:

—Le da bien el santo.

Oscurecía ya cuando llegó Juan Luís, manifestando deseo de ver a Clorinda.

—Eso no está permitido en el día de hoy –dijéronle–. Pero ahí se asoma el babalao, ande y hable con él.

Se limitó el de las pocas palabras a mover negativamente la cabeza; pero luego se decidió a hablarle:

—¡Umjú! ¿Conque usted es Juan Luís?

—Juan Luís Marino. Sí.

Y fingiéndose crédulo, agregó:

—¿Es cierto que en las letras de Clorinda ha aparecido ella visitando un presidio en su porvenir?

—Usted no es de la religión –repuso el babalao–, y a su pregunta no debiera yo responderle, pero de algo pué servile sabé que usted es la persona por delante de la cual figura se ven sombras de rejas de prisión.

Dicho lo cual volvió a entrar en la casa, cuya puerta cerró al trasponerla.

Juan Luís se retiró, diciéndose mentalmente:

—Una idea recurrente. Ya Clorinda, en sus cabales, tuvo una repentina sospecha de que yo hubiera cometido un crimen. Nada tiene de extraño que así me mire cuando le sube el santo, como dicen estos...

¡Clorinda!... La invitación al amor en la atormentada adolescencia.

La timidez que no le permitió dar los pasos que lo separaban de ella. Y una tarde, Dionisio Azcárate deteniéndose por delante de ella, acercándosele en seguida, arrebatándosele ya...

¡Dionisio Azcárate! La arrogancia del buen mozo con la insolencia de la riqueza... Se la llevó, la abandonó pronto, entregándosele al Cabaret y a las calles de hacer la vida... ¿No tenía dinero suficiente para evitar que Clorinda fuese una criatura de infortunio, caída ya en los abismos de la santería? Decidió ir a encararsele.

Una más

Ya no podría echarle en cara Justo Rigos traiciones a su clase por propósitos de deslizarse dentro del mundo de los Azcárates, al abrigo del amor de Florencia. Iba dispuesto a echarle en cara, enérgicamente, al seductor de Clorinda la inhumanidad del desamparo en que la había dejado, cuando le sobraba dinero, con una pequeña parte del cual habría podido remediar aquel infortunio y así llegó a la Casa de la Muñeca, donde residía Dionisio Azcárate, ya noche oscura.

—El caballero no está aquí —le dijo el negro sirviente de Dionisio, al abrirle la puerta.

—¿Dónde podré encontrarlo?

—No te lo digo, Juan Luí. No te lo digo.

—¿Por qué no?

—Polque tú trae la sombra en la cara. Y eso es una bobera tuya, Juan Luí. Permíteme que te diga que las mujeres son también personas, que puén disponé d'ellas mismas como mejor les parezca. Yo me doy cuenta de lo que eso tiene que significá pa ti; pero con la pelea que vienes buscando no vas a remediá ná, sino a emporá más bien.

—¿Sabes que Clorinda ha tenido que meterse a la santería? —repúsole, creyendo que a ella se refería.

—Sí. Ya lo escuché decí. Pa hacerse un vivío, polque ya la rumba no la ayudaba. Mañana es su día del medio y mucha gente de por aquí se prepara pa visitarla y rendile su pleitesía.

Y en esto se oyó dentro de la casa risa de mujer. Una manera de reír que no le era desconocida a Juan Luís.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Y el negro, disponiéndose a cerrar la puerta:

—Ella, Juan Luí. Yo no hubiera querío decítele.

—¿Clorinda? ¿Cómo es posible?

—No... ¡Ah! No, Juan Luí: una más. Y peldóname que no puea seguí atendiéndote. Ya te dije que el caballero no está aquí.

Y cerró la puerta.

No lejos de allí estaba la pequeña granja que Juan Marino se había comprado con sus ahorros de cuado mayordomo de Los Azcárate y hacia allá se encaminó Juan Luís, que no veía a sus padres hacía algunos días, pues residía en una pensión de estudiantes cerca de la Universidad de La Habana.

La noche de enero estaba exhibiendo en el aire transparente todas sus estrellas y no necesitaba Juan Luís de mejor iluminación para ver por donde iba el camino, atravesando prados sobre los cuales volaban cocuyos; de la tierra se desprendía un olor de fecundidad que le era familiar y siempre le había sido grato al caminante de aquellos

senderos. Pero estos se le perdían de pronto, como caminos extraños y hostiles y en el olfateo hipersensibilizado la hierba tierna olía a podredumbre. Y la misma gallardía con que se alzaban las palmas reales, en cuya nocturna ocupación —puliendo estrellas al suave movimiento contra el cielo— tanto se había complacido el contemplador de alturas, ahora no le parecían sino actitudes de asechanza.

—Una más...

Y apresuraba el paso.

Le salió al encuentro la menor de sus hermanas, Clotilde, con estrago de llanto en los ojos y ya no le quedaron dudas: de Eumelia era aquella risa.

Salió la madre, lo abrazó gimiendo:

—¿Qué te parece, Juan Luís? ¡Hacernos eso el caballero Dionisio! ¡Pagarle así a tu padre la lialtá con que él siempre les ha servido a los Azcárate! Pero él se limitó a preguntar:

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. No amaneció en casa. A medianoche yo escuché pasá el caballo, pero no se me ocurrió que el caballero...

—Hazme el favor de no emplear más esa palabra para mencionar a Dionisio Azcárate...

—Tu padre no ha querido que te mandáramos aviso.

—¿Y él, dónde está?

—En su cuarto. En su cama. Acaba de darle una cosa rara al oír que tú llegabas.

Estaba tendido en la cama el recio guajiro, hizo esfuerzos por hablar y no articuló sino sonidos ininteligibles. La mitad del rostro, la mitad derecha de todo el vigoroso cuerpo ya no tenía movimiento; pero en los ojos, fijos en Juan Luís, había una expresión suplicante. Y Juan Luís se dio cuenta de que a él se le había aridecido el corazón, que no acertaba a pronunciar la palabra afectuosa.

Juan Marino no había sido nunca efusivo en sus afectos, ni con la mujer ni con los hijos; pero todos sabían que en los momentos de la acción correspondiente se podía contar con el suyo. Juan Luís, ciertamente, siempre había echado de menos una comunicación más íntima con su padre, de quien no recordaba que alguna vez le hubiese dicho:

—Ven acá, hijo, vamos a conversar un poco.

Pero si de esa falta de compenetración con intimidad recia, por dura que fuese, le provenía mucho de la timidez que lo había atormentado siempre, ahora en aquella insensibilidad ante el sufrimiento paterno había algo de otra naturaleza: una instintiva necesidad de defenderse contra toda inclinación a ternura.

—Es necesario que lo vea un médico —dijo, secamente—. Voy a buscarlo.

Y como al retirarse de la cama se vio en un espejo de turbio cristal que allí había, maquinalmente se acercó a él, a buscarse en el rostro las sombras de barrotes de prisión que le había visto Clorinda en sus trances.

La tremenda seguridad

Del examen médico resultó lo que ya suponía Juan Luís.

—Hemiplejía. Tensión arterial alta, una fuerte conmoción emotiva, hemorragia cerebral, compresión de los centros nerviosos... Y muy pocas posibilidades de reabsorción que permita regreso, siquiera parcial, de la motilidad perdida. Hacerle lo que he indicado... Y acariciar la esperanza de que eso sea pasajero.

—Aguárdeme, doctor. Lo acompañaré hasta su casa.

Y volvió al cuarto del enfermo.

Juan Marino le hizo seña de que se le acercara, con el índice de la mano obediente y cogiéndose luego con ella la diestra que ya no le pertenecía, mediante ademanes y entre balbuceos le hizo entender:

—La mano con que te pegué.

Comprendió y dándole palmadas afectuosas, repuso:

—Prohibido pensar en nada desagradable. Voy a acompañar al médico y a buscar los medicamentos indicados por él.

Abrió unas gavetas, encontró por fin lo que en ellas buscaba, se lo metió en uno de los bolsillos traseros de los pantalones y volvió a salir.

Hizo lo que había dicho, pero antes de regresar a su casa se dirigió hacia la de la Muñeca Azcárate. Y al negro que le abrió la puerta:

—Dígale a su... caballero que aquí está Juan Luís Marino.

—El caballero no está, Juan Luí.

Se lo quitó de por delante y penetró en la casa, mientras el negro lo seguía diciéndole:

—No está, Juan Luí. Se jueron los dos, hace rato.

No estaban, en realidad.

—¿Supo él que yo había estado aquí?

—Sí. Y en cuanto se lo dije, armó viaje.

—¿Luego no solo Eumelia se fugó de casa, sino que también Dionisio Azcárate de la suya, cuando comprendió que Juan Luís Marino volvería por él?

—Sí, Juan Luí. Pero déjate de eso. Ya tú te portaste.

Regresó a su casa, consoló y acompañó y al amanecer del día siguiente, sin haber pegado los ojos en toda la noche, cantando afuera los gallos, se acercó a la cama de Juan Marino y le dijo:

—Bueno, Viejo. Una cosa por otra. Una menos en la casa; pero uno más. Juan Marino en mí. A ver si se niegan las vacas a que yo las ordeñe.

Había quienes lo hiciesen y en ello estaban.

Ternura de hora temprana con algunas estrellas esperando si lograban ver la salida del sol, ternura de tibias espumas en las cántaras donde se recogía la leche que daban las ubres generosas. La arrogancia de los gallos, el agachamiento de las gallinas y la frivolidad de los pájaros...

—¡Qué asco todo! Pero una buena presencia de hombre en cumplimiento de pasajera obligación, sencilla, fácil. Al cinto ahora, definitivamente puesta al alcance de la mano, la pistola de Juan Marino. No deseaba heredarle más.

Hablaba apenas lo imprescindible, pero no se le veían en el rostro señales de tormenta interior. Se defendía del ensimismamiento poniendo toda la atención en el aprendizaje de lo que no podía ignorar quien tuviese que hacer las veces de Juan Marino, por breves que fueren, porque no sería largo, seguramente, aquel viaje de luna de miel de Dionisio Azcárate...

Después podría ser su madre quien en aquella vigilancia de ordeños se ocupara, porque sabía hacerlo y era fácil manejar una granja pequeña... A ratos se le distraía la atención, se le iba hacia adentro; pero aun entonces era conveniente comprobar que ni sombra de Florencia Azcárate vagaba por aquella profunda soledad. Como tampoco de alguna afición puesta en las matemáticas.

Mas no era serenidad de renuncia firmemente mantenida. Todo aquello de Universidad y amor de mujer había sucedido en otra persona, pues en la que estaba allí aprendiendo manejo de granja para cosa de pocos días, de todo lo que antes le hubiese ocurrido no había sino la seguridad tranquila, confiada, de que en las visiones de Clorinda había aparecido su propia figura con sombras proyectadas por barrotes de prisión. Y no era aprensión supersticiosa, sino sentimiento pleno de sí mismo, sensación. En su costado

izquierdo había una, desconocida hasta allí, de pistola al cinto, que ya formaba parte del nuevo Juan Luís.

Bien podía suceder que a la mitad de Juan Marino regresare el movimiento; pero a él nunca más nada de lo que hasta la víspera habían sido aspiraciones desproporcionadas, incertidumbres y tormentas espirituales. Algún día tenía que disfrutar Juan Luís Marino de una seguridad tan quieta, tan profunda, tan imperturbable como aquella.

III

La ira en el pulso

Había considerado prudente Florencia aprovechar la temporada en el ingenio para hacerse examen de intimidad respecto a la verdadera naturaleza del sentimiento que le inspiraba Juan Luís; pero al enterarse de lo hecho por Dionisio comprendió que se le había creado una situación con la cual se le impediría la libre escogencia de su conducta y no dispuesta a aceptarla, así les dijo a sus hermanos:

—Quiero conocer la opinión de cada uno de ustedes, sin ambages.

—Ese requisito final me parece innecesario —repúsole Alfonso—. Pues ninguno de nosotros puede aprobar que Dionisio le haya cobrado así a un antiguo servidor de nuestra familia, desde los tiempos de nuestro padre, el que se haya atrevido a retirársele del trabajo donde él lo necesitaba. Ni de ninguna manera que haya irrespetado, profanando tu casa, llevándose allí a la muchacha raptada.

—Dionisio no solamente ha profanado la Casa de la Muñeca —intervino Bernardo—, sino que también le ha hecho injuria al nombre que lleva. Un Azcárate y...

Pero Alfonso acudió:

—Cuidado, Bernardo. Deja quieto al Zalamea, que no estamos para ostentaciones de linaje. Dionisio Azcárate ha cometido una infamia, aunque nos duela reconocerlo.

Pero Florencia le replicó:

—Déjalo, Alfonso. Deja que Bernardo diga todo lo que tenía que decir, que si no me equivoco ya sé por dónde viene.

—Pues allá va. Bien puede ser que en el pensamiento de Dionisio haya habido también el propósito de cobrarte a ti, de alguna manera, la desairada situación en que lo pusiste la noche de la fea escena de los leones; pero de todos modos le ha hecho injuria al nombre que lleva, repito, al descender hasta las hijas del guajiro Juan Marino —buen hombre, sin duda alguna— para poner en una de ellas, no digamos su amor, que ya sería el colmo, sino sus devaneos amorosos. Porque un Azcárate y Zalamea, y muchísimo peor una Azcárate...

—Que no hay sino una y sin Zalamea —interrumpió Florencia—, y ya te ha oído lo que deseaba oírte. A ti no te importa un comino que al buen hombre de Juan Marino, que ha contribuido con su trabajo y su lealtad a enriquecer a los Azcárates, uno de ellos, canalla a quien debería expulsársele del seno de la familia, le haya asestado un golpe mortal, alevoso y cobarde, deshonorándole una hija.

—Serénate, Muñeca —dijéronle a un mismo tiempo Eugenio y Alfonso.

Pero ella prosiguió, iracunda ya.

—Has mencionado una Azcárate, que soy yo, e ibas a decir, para que me curase en salud, que sería el colmo de la injuria al nombre el que yo pusiese mi amor en un hijo del guajiro Juan Marino. Yo me lo esperaba, y por eso dije que quería conocer la opinión de ustedes sin ambages. Ustedes reprueban la conducta de Dionisio, no lo dudo; pero

confiésenme que le agradecen el que con ella haya contribuido a solucionarles favorablemente el problema familiar que les crearía mi inclinación amorosa hacia Juan Luís.

¿Es o no cierto que así piensan? Intervino Clemente:

—Tú lo has dicho.

Y ella, ira desatada ya:

—Y he tomado ya mi determinación.

¿Qué tú te crees? A Florencia Azcárate no le elige destino sino Florencia Azcárate. Aconséjenle a Dionisio que no me ponga la cara al alcance de la mano, porque se la abofetearé, y actívese la partición de bienes para que me entregue a mí lo que me corresponda, advirtiéndoles, desde luego, que debe ser para mí la granja cuyos terrenos rodean mi casa.

—¿Quieres oírme, Florencia? —intervino Eugenio—. Es justa tu indignación contra Dionisio, que ha profanado tu casa; pero no la recriminación que acabas de hacernos.

Pero ya en ella no había cabida para reflexiones, y, poniéndose de pie, repuso:

—Di tiempo para que se me dijera lo que se pensaba de mí, que era lo que me interesaba, y fue Bernardo quien habló por todos. Entiendo que legalmente puedo disponer ya de mis bienes y de mi persona, y así lo haré.

Mañana mismo regresaré a La Habana y me instalaré en mi casa.

Y les dio la espalda.

Alfonso murmuró:

—La ira en el pulso. Se equivocó el viejo.

Recuerdo de la infancia

En hosco silencio hizo el vuelo desde Santiago de Cuba hasta La Habana, y separándose de los hermanos en el aeropuerto de Rancho Boyeros, se dirigió a la granja de Juan Marino, en Guanabacoa.

Rafaela la recibió sollozando emocionadamente.

—Usted se lo dijo, señorita. Usted se lo dijo a todas bien claramente.

—No hablemos de eso, Rafaela.

Vengo a informarme de qué puedan necesitar de mí.

—Con su buena voluntad nos basta, señorita. Haber, hay lo que se necesite para médico y botica. A Dios gracias.

—¿Y él? ¿Convendrá en que yo entre a saludarlo?

—¿Por qué no? Usted es otra cosa.

Déjeme avisarle.

Y momentos después:

—Pase, señorita. Hablarle no podrá, pero en los ojos va a verle el bien que le hará su visita.

Profundamente emocionado, el hemipléjico la recibió haciendo esfuerzos por hablar, pero apenas pudo entendersele:

—Pab... Pabl...

Comprendió ella, y repúsole:

—Sí, viejo. Pablo Azcárate, aquí, con Juan Marino, su amigo.
Juan Marino, con la mano útil, le hizo ademán de que saliese de allí, y Rafaela le explicó:

—No es que la despida, señorita, sino que le indica que él está afuera.

A Juan Luís me refiero. Y le pide que se le acerque a hablarle.

Ya Juan y Rafaela le habían descubierto al hijo su amor por la Muñeca Azcárate, y aunque a ellos no podía agradarles que a tanto aspirase, pues no sería sino para labrarse desventura, en aquellos momentos ambos deseaban que ella se le acercara, a fin de que se le quitase de la cabeza la mala idea que le adivinaban.

—Ándese allá, señorita. Por el amor de Dios.

Lo encontró presenciando el picoteo de las gallinas en la tierra donde al escarbarla aparecían gusanillos, y era como si nada mereciese mejor atención.

Lo rodeaba la clara serenidad del campo en el cercano mediodía. Sobre los verdes pastos, la alzada elegancia de las palmeras; en el limpio cielo, el canto de los pájaros; entre el olor de la boñiga en el establo de las vacas, el de las flores silvestres, y las vacas paciendo sosegadamente, bien cumplida la generosidad matinal de la leche. No sería extraño que el hijo del guajiro Juan Marino supiese estar a gusto en el campesino cuadro. La vio acercársele, pero no tuvo necesidad de componer actitud para recibirla, ni luego de fingir dominio de sí mismo para preguntarle antes de que ella hablara:

—Muy interesante la zafra, ¿verdad?

—Sí. ¿No has presenciado nunca una zafra?

—No he tenido esa curiosidad. Me la imagino como si estuviese viendo la escena. Una máquina que tritura cañas y les exprime el jugo, y otros artefactos a través de los cuales se efectúa el proceso de la elaboración del azúcar. Quizá ustedes echaron de menos a Dionisio, que no pudo presenciar el comienzo de la zafra por tener cosa que hacer.

—No hablemos de Dionisio —dijo ella—. Hagámonos cuenta de que no existe y ocupémonos solamente de nosotros. ¿Te agrada el campo? Te encuentro muy campesino.

—Aburre un poco. Pero no exige tanto esfuerzo de inteligencia como las matemáticas, por ejemplo.

—Difíciles, ¿verdad? Pero no creo que la atención a esta granja te impida continuar los estudios.

—Por ahora, por lo menos. El viejo está enfermo y debo hacer sus veces. Hay unas vacas, hay unas gallinas que exigen atención.

—¿Crees que el viejo se restablezca?

—Es difícil. Ha debido de ser grande la hemorragia cerebral que produjo la compresión de los centros nerviosos y es difícil que se reabsorba totalmente.

—¿Desearías que Mauricio Leal viniera a verlo? Ya él termina sus estudios, tiene buena práctica de hospitales y quizá tenga algo que recomendar. ¿Quieres que le diga...?

—¿Por qué no?

—¿Caminamos un poco?

—¿Por qué no? Pero ya era demasiado para Florencia.

—Mira, Juan Luís —díjole bruscamente—. Tú estás hemipléjico también. Casi no hablas. Déjate de eso y suelta la lengua.

Sonrió él y repuso:

—Si nos cuentan las palabras que nos hemos cruzado, se verá que han sido más las mías.

—Pero es que tú tienes algo que contarme. Un sufrimiento tuyo que quiero compartir.

—De ninguna manera. Ante lo ocurrido, tu posición no puede ser como la mía, y, por otra parte, compartir un sentimiento no es sino compadecer.

Compadecerse. Y no quiero que me llueva sobre mojado. Ya has cumplido conmigo y basta.

—¿Qué te propones? —inquirió ella temerosamente.

—Lo que te imaginas, ya no. Lo pensé en los primeros momentos y lo habría realizado si no hubiera tenido necesidad de ir en busca de un médico antes que todo; pero cuando fui a eso supe que Dionisio Azcárate se había marchado de aquí. Se había fugado.

En cuanto a mi hermana, tenía derecho a disponer de su persona y lo hizo como mejor le pareció. En esta casa hay dos mujeres que sufren, pero un solo hombre hemipléjico, pues el otro tiene su cerebro totalmente despejado de compresiones. Al enfermo yo tengo que hacerle las veces en esto de las vacas y las gallinas y rodearlo de las demostraciones de cariño que hoy más que nunca necesita. Ándate allá y despídete de él, diciéndole que me has visto absolutamente tranquilo... Y hazme el favor de que no te vea más.

Y después de una corta pausa, que Florencia no pudo interrumpir:

—¿Contaste las palabras? ¿Ves que no estoy hemipléjico?... Pero me habías manifestado deseo de caminar un poco a través de este bonito campo.

¿Quieres?

—Ya me has dicho que no deseas verme más.

—No, no —repuso él sonriendo—.

Enojada, no. Has venido a cumplir con nosotros como era de esperar de Florencia Azcárate y debo agradecértelo.

Y tomándola de un brazo:

—Caminemos. Desarrollemos el problema de las paralelas. ¿Te acuerdas?

—Yo estoy hemipléjica —repuso ella.

—Caminemos entonces en silencio —repuso él sonriendo.

Hiciéronlo así durante un buen rato hasta llegar a un sitio desde donde se veía parte del muro que limitaba el campo de la granja, a poca distancia de ellos, y en el cual había un ancho y alto portón, cerrado entonces.

—¡Qué casualidad! —exclamó—. El portón que no se traspuso. Es ahora cuando vengo a darme cuenta de que es él realmente. Mira: ese portón da a una calle estrecha, de las afueras del pueblo, enfrente de la cual justamente está una casa que habitamos nosotros cuando yo era un niño. Yo me asomaba a su puerta, y cuando ese portón estaba abierto, desde allá contemplaba parte de este bonito campo, que me invitaba a corretear por él. Pero en el medio de la calle estaba echado un dragón que no me permitía aventurarme.

—¿Un dragón?

—Un perro. Mansísimo quizá, pero al cual le tenía un miedo atroz. Y en el umbral de la contemplación me quedé sin realizar el vehemente deseo.

¿Quién iba a decirme que lo realizaría paseando por el bonito campo, mío en parte, nada menos que con la Muñeca Azcárate? Bien sufrido está todo.

Pero no hablemos más. Cuando en la vida pasan estas cosas, es natural que ocurran también las otras.

De mucho sirve a veces...

En la casa que Pablo Azcárate había destinado en su testamento para que en ella pusiese Eugenio "una de estudiantes" ya había instalado Florencia a Amarelis y a tres compañeras seleccionadas por esta, corriendo aquella con todos los gastos y encargando del manejo de ella a la negra Natividad; pero ella se había mantenido en la Casa del Bosque, a la sombra de Eugenio, acatando la voluntad de Alfonso, aunque de su tutela la habían emancipado sus años cumplidos.

Del breve paseo por el campo de las contemplaciones de Juan Luís ahora no venía la voluntariosa, capaz de llevar a cabo la fea amenaza proferida en el arrebatado de ira, y entró en la casa de Eugenio —donde la recibió Raquel, que no había asistido a la apertura de la zafra— recordando aquellas palabras oídas a su cuñada Dulcenombre, la de Alfonso: "La pura mujer sobre la tierra." Claro que no Juliana, la de Bernardo, bonito adorno de salón elegante, de Azcárate y Zalamea, sin que ya se pudiera evitarlo; pero sí Raquel, por ejemplo, si no con todo lo que de arte y delicadeza había en ella, por lo menos con la mitad siquiera de la ocupación de su ternura en el doble caso de las graciosas mellizas.

¿Para qué las matemáticas, ganas de torturarse el cerebro inútilmente y ya sin justificación? ¿Para qué tampoco el adorno de filosofía que le había aconsejado Juan Luís, si con una regular biblioteca en la casa y una buena dirección de lecturas, como las que podía aconsejarle Rogelio Luciente, por ejemplo?...

Era una tontería que se empeñara en conducirse como si fuera una sentimental, incapaz de llevarse a la cabeza lo que se le hubiere deslizado en el corazón. Juan Luís Marino le inspiraba simpatía y su temperamento generoso no se la ocultó, aunque probablemente hubo también en ello algo de originalidad en la coquetería, junto con lo mucho, además, de la voluntariosa que no le gustaba que sus muñecas tuviesen ojos, a fin de poderse los ver según y como le amaneciesen las ganas de negros o azules. Pero lo acontecido la obligaba a reflexionar.

En la vida familiar de Juan Luís Marino ya un Azcárate había dado un zarpazo irremediable y bien podía Dionisio estar riendo por allá a carcajadas por la manera como le había frustrado a Juan Luís la posibilidad de su amor, siempre que no se atreviese a acercársele, porque de una vez por todas había dejado de considerarlo hermano suyo. Pero de la conversación con Juan Luís le quedó la convicción de que sería un disparate intentar que aquella simpatía se convirtiera en amor. No por el punto de vista de los Azcárate, sino por el respeto que a ella le inspiraba la dignidad del ofendido. Fina emoción le habían producido las últimas palabras de él al recordar el frustrado deseo de la infancia contemplativa.

—Cuando en la vida pasan estas cosas, es natural que ocurran también las otras. Y ella podía complacerse en la seguridad de haber dejado en el corazón de un hombre bueno, injustamente maltratado, una impresión inolvidable:

—¿Quién iba a decirme que realizaría aquel deseo de pasear por este bonito campo nada menos que con la Muñeca Azcárate? La hora más noble, más fina, de una vida injustamente maltratada.

La recibieron las mellizas de Eugenio y Raquel con una noticia estupenda:

—¡Tía, una pajarita tuvo niñitos!

—¿Cómo va a ser?

—Sí. Ven para que veas. Desde la ventana de tu cuarto.

Dos feísimos pichones en un nido, en un árbol del jardín cercano a la ventana.

—¡Qué cosa más lindita! ¿Verdad, tía?

—¡Bellísimos! Y en seguida la interesante disputa:

—Yo los vi primero.

—No; fui yo quien primero los vi.

A lo que dijo Florencia, que aún no lograba distinguirlos:

—Que por cierto es no poder asegurar si fue Reneta o Renata quien hizo el descubrimiento.

Y a la manera de Juan Luís:

—Pero bien está que estos problemas se planteen en la vida cuando han sucedido otras cosas.

Vino por las niñas la manejadora y Raquel se acercó a Florencia, diciéndole:

—Ya me ha contado Eugenio la injusticia en que has incurrido con él y con Alfonso especialmente.

—Es verdad —repuso—. Ofendí y ofrecí bofetadas como una verdulera.

Que, por cierto, no sé por qué cargan con esa fama las verduleras especialmente.

—Eugenio y Alfonso se disponen a visitar a Juan Luís Marino para desagraviarlo y prestarle el auxilio que necesite.

—Harán bien. Pero creo que allá no les recibirán nada, pues vengo de ofrecer ayuda y nada han querido aceptar.

—Y a él, ¿lo viste?

—Te refieres a Juan Luís, ¿verdad?

—Sí.

—Nómbrale, mujer. El pobre no mancha labios que su nombre pronuncien. Lo vi, hablé con él y vengo enamorada de él. Ahora sí, realmente, pues pocas veces se dará en un alma humana lo que he contemplado en la de Juan Luís Marino a través de sus palabras. Pero no te alarmes; no se propone matar a Dionisio, y me ha pedido que no lo vea más. De manera que pueden estar tranquilos los Azcárate, con Zalamea o sin ellos: ni muerte ni matrimonio infamante. La pura mujer que Dulcenombre me aconsejó ser, ya tiene una ocupación espiritual muy propia de ella: un amor imposible.

Hizo una pausa, que Raquel no quiso interrumpir, y luego agregó:

—Es curioso. Cada vez que se desata en mí la voluntariosa me ocurre el tropezarme conmigo al querer salirme de mí misma. Ya me ocurrió la noche de la escena en la jaula de los leones, y ahora, habiendo pronunciado unas palabras violentas, después de las cuales no debía volver a pisar esta casa, aquí me tienes otra vez.

—Habría sido el colmo de la insensatez que no regresaras a ella —repúsola Raquel—. Lo que te ocurre...

Sonrió Florencia, y dijo, quitán dole la palabra:

—Lo que me ocurre, Raquel, es que al querer salirme de mí misma, al escaparme de la voluntariosa que ha hecho o dicho algo propio de su carácter, me tropiezo con la Muñeca, que no es propiamente una persona. Dos formas de una misma majadería. ¿Podría ser esto lo que llama Dulcenombre la pura mujer sobre la tierra? Pero si, después de la escena del circo, la crisis se resolvió con la fractura del espejo que reflejaba su imagen, y para lo cual bastó un frasco lanzado contra él, ahora tuvo que ser el derrumbamiento de toda ella, de bruces sobre la cama, llorando.

Raquel la contempló unos momentos en silencio y luego se retiró, dejándole el sitio a la negra Natividad, que acababa de entrar.

Y a la antigua manejadora se le ocurrió preguntarle al cabo de un rato de contemplación con los ojos lacrimosos:

—¿Qué se te hizo, Muñeca, aquello de clarines y tambores detrás de ti, marcando el paso por camino ancho y largo? En el alma sencilla de la negra Natividad había quedado grabada la gallarda figura de Florencia, descrita por ella misma, en los desfiles de su escuela, y parecía una simple ocurrencia repentina aquella pregunta.

—Bonita se te vería —agregó—. Y yo habría pagado algo por está en la orilla de ese camino ancho y largo, esperando que me anunciaran: "¡Allá viene la Muñeca Azcárate, marcando el compás de los tambores y los clarines, con su bastón de mando en la mano!" Y me escurriría por entre el gentío, asina me apretujaran y me quitaran el resuello, pa vé pasá ese desfile bonito. ¡Tran tatatrán, tatatrán, tatrán! Pero ¿no sería también una vieja esperanza mesiánica la que suspiraba en aquellas palabras de la vieja Natividad?

En el alma sencilla, profundos anhelos toman a veces forma de triviales ocurrencias repentinas, y venturoso advenimiento tenía que estarle prometido, desde tiempo inmemorial, a la negra Natividad.

Se incorporó la llorosa, enjugándose las lágrimas e interrogando:
—¿A qué viene esa pregunta que me has hecho?
—¡Cosas que se le ocurren a una, mijita! Pero no vine a eso, sino a recordarte que allá, en la casa de las estudiantas, se está acabando el dinero que me dejaste. Y a comunicate que la señorita Amarelis como que tiene dos tamboreras más.
—¿Dos tamboreras?
—Dos estudiantas más, de esas que por llevá a cabo su propósito de hacerse un buen vivió con un título de dotora, pasan a veces más hambre que un ratón en un saco de clavos. ¡Je, je, je! Allá las dejé esperando la razón que yo llevara de aquí después de habé hablao contigo.
—Recíbelas e instálalas.
—Recuerda que en la casa ya no hay sino un cuarto habitable. El que tú habías destinao pa ti.
—Dáselo a ellas. Yo continuaré aquí.
—Hacen falta dos camas con sus ropas.
—Ya las compraré.
—¡Santa palabra! ¡Je, je, je! ¿De modo que el tan tatatrán se va a escuchá más fuerte detrás de la...? ¿Cómo jué que me dijiste que te llamabas en el desfile bonito?
—Drum Majorette. Tambor Mayor. Cosa de pura mujer sobre la tierra también.
Y, poniéndose de pie, abrazó y besó emocionadamente a su antigua manejadora.
De mucho sirve, a veces, haber dejado en un alma sencilla el deseo de que se anuncie:
—¡Allá viene! Y ya podía Florencia Azcárate escaparse de la voluntariosa sin tropezarse con la Muñeca.

IV

Autoanálisis

Alfonso Azcárate nunca se alejaba del ingenio durante la zafra, y ya debía regresarse; pero quiso dejar cumplida la obligación de consecuencia respecto a Juan Marino, en quien su padre había puesto toda su confianza, bien correspondida por el guajiro, y ocupándose en ello junto con Eugenio descubrieron que aquel no había pagado todo el valor de la granja comprada a un amigo de ellos, y momentos después tenían en su poder un documento en el cual el acreedor reconocía haber recibido a su entera satisfacción el monto de la deuda.

En seguida fueron a visitar al antiguo servidor de la familia, que ahora residía en lo suyo propio. Juan Luís no quiso estar presente durante la visita, pero su madre los acogió con

emoción de agradecimiento, llegando hasta lamentar, con indudable sinceridad, lo atolondrado que era el "caballero Dionisio", y en manos de ella dejaron el documento y algún dinero, además, para evitarle al enfermo los escrúpulos con que pudiera recibir aquella reparación del agravio, precio de hija raptada y deshonrada.

Rafaela no los tuvo –no podía tenerlos– porque con delicadeza se le entregó aquello y porque con marido amenazado de muerte deuda pagada no era tranquilidad desechable. Se fueron los Azcárate, dejando a Juan Marino desagraviado y agradecido, y la buena mujer no pudo contenerse el deseo de darle la tranquilizadora noticia y lo hizo en presencia de Juan Luís. Se asomaron lágrimas a los ojos del hemipléjico y de su emocionado tartamudeo se pudo reconstruir esto, muy natural, muy humano:

—Los Azcárate son buena gente.

Juan Luís oyó y calló, pero en seguida se retiró de la habitación y, echándose al campo, se alejó de la casa.

Era una hermosa tarde y todo lo tenía ya envuelto en oro magnífico el sol poniente. Se sentó en la tierra, recostado al tronco de una palmera, donde en la mañana se había detenido junto con Florencia a recoger el buen recuerdo de la infancia contemplativa, mirando el ancho y alto portón en el destartado muro.

Toda aquella serenidad que había podido mostrar en la conversación de la mañana con la amada mujer imposible se le había convertido ya en cavilación sombría. Se había fugado Eumelia con quien quiso llevársela en el anca de su caballo; pero, en cambio, vino el precio del agravio, sin regateos seguramente, a dar propiedad tranquila de aquella finca.

¡Aquel bonito campo! ¿Podría acaso volver a pasearse por él sin el humillante pensamiento de precio de honra? Que nunca más se abriera aquel portón, para que ningún otro contemplativo, mirando las invitadoras lejanías del campo a que por él se entraba, acariciase deseos de trasponerlo.

Juan Marino había recibido precio de hija deshonrada.

Pero ¿qué podía reclamarle él a su padre, amenazado de muerte, si ante la puerta de la Casa de la Muñeca reconoció aquella risa en el interior y no traspuso el umbral? Luego lo hizo, ciertamente, y con pistola al cinto, pero "¿y los brazos, los puños, para qué los tenía, cuando reconocí la risa y comprendí?" Y con aquel profundo desabrimiento de sí mismo lo encontraron momentos después el profesor Luciente y Mauricio Leal.

Este había examinado al enfermo y nada esperanzador tenía que decirle; y fue Rogelio Luciente quien tomó la palabra:

—Me agrada encontrarte así, sentado en la tierra, en contacto con ella.

Cuando Anteo la tocaba volvía a su cuerpo el vigor que hubiera perdido.

El infortunio te ha golpeado y es necesario que tu voluntad no flaquee.

—Despreocúpese, Profesor. Yo he renunciado al amor y a la venganza, a la vida y a la muerte; mas por delante de mí hay otros barrotes de presidio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Permítame que no se lo explique –repúsole—. Pero recuerde que cuando le dije a usted que me proponía estudiar matemáticas tuvo usted una ocurrencia de buen humor al anunciarme que ellas me maltratarían al místico que había en mí. Y eso ha sucedido muy pronto. Yo ingresé en la Universidad deseoso de conocer el Salón de los Mártires, para contemplar el sitio donde pudiera ser colocado mi retrato. Ya eso no me interesa, debo decírselo a usted; pero ya mi voluntad, lo que usted ha querido llamar mi voluntad, le está entregada al encargado de matar.

—Hablas tonterías –díjole Luciente.

Y Mauricio, que había estado observándolo en silencio:

—Cuida tus reacciones. No seas brizna de paja en el viento.

—Levántate de ahí —agregó Luciente—. Me has estropeado el recuerdo del mito de Anteo, pues de nada parece que te esté sirviendo el contacto con la madre tierra.

Y Juan Luís, levantándose y sonriendo con expresión sombría:

—Porque esta no es madre mía, Profesor, sino concubina de mi padre.

Le pertenece gracias a que una hija se le fugó de la casa en el anca del caballo de Dionisio Azcárate. Y es muy fácil, Mauricio Leal, aconsejar "no seas brizna de paja en el viento" cuando lo que nos rodea no puede alimentarnos sino confianza en la vida. Yo les agradezco la buena compañía que han venido a hacerme, pero les suplico que me dejen correr mi suerte.

Y cuando ellos se marcharon, anochecido ya, abandonó la casa sin despedirse de sus padres.

Se lo llevó el camino que por allí pasaba, a través de la oscuridad reinante, y horas después se lo entregó a la ciudad para que hiciese con él lo que quisieran sus calles. Las de La Habana vieja se lo quitaron pronto de encima, entregándolo a la plaza de la Catedral; pero esta tampoco quiso quedarse con su sombrío ensimismamiento y momentos después lo recibió la casa de la Pensión de las Angustias.

—¡Usted aquí! —exclamó Natalicia—. ¿Cómo se atreve a pisar esta casa después de lo que me hizo?

—¿Está aquí Justo Rigores?

—Estoy yo solamente —respondió Natalicia, convertida en furia grotesca, más que imponente—. Porque a las llamadas señoritas Rendiles las puse de patitas en la calle por los chismes que le metieron a usted y que usted luego se los sopló a Amarelis...

—Desenfúrcese, señora —díjole Juan Luís, que con eso no logrará intimidarme. No me interesa saber qué haya hecho usted con las Rendiles; vengo en busca de Justo Rigores, a quien necesito ver esta misma noche.

Dijo esto entrando en la sala y tomando asiento en una de las mecedoras, sin que Natalicia lograra impedirselo.

—Que no está aquí, le he dicho ya.

Y déle gracias a Dios, pues ya estaría usted rodando escaleras abajo.

—Quizá no. Pero tranquilícese, señora. No vengo contra él, sino en busca de él. A entregarle al viento la brizna de paja.

—¡Ah! —hizo ella, plantándosele por delante con los brazos en jarras, resollando furor—. ¿Viene usted borracho? ¿Va a obligarme a que sea yo quien lo haga contar con sus costillas cuántos escalones hay de aquí hasta la calle?

—No me interesa averiguarlo, señora, y vaya a prepararme una taza de café, pues aquí esperaré a su hijo y no quiero que me encuentre dormido.

Lo miró inquisitivamente doña Natalicia, y de pronto se desenfureció:

—Pero si no le había dicho que gané con su número. ¡Sí, hijo! Cogí los mangos bajitos, por fin. Por eso también me quité de encima a las Rendiles. ¡A descansar unos meses! —me dije—. Pero explíqueme, joven: ¿para qué viene buscando a mi hijo?

—Ya lo he dicho, señora: vengo a entregarle al viento la brizna de paja.

—¡Ah!... —exclamó Natalicia risueñamente—. ¡Una clave! Un santo y seña del movimiento, ¿verdad?

—Una taza de café. Por favor, señora.

—Ya voy a preparársela.

Y mientras se dirigía a la cocina:

—¡Pobre muchacho! Tiene cara de buena suerte, pero no para él. Debería dedicarse a vender billetes de lotería. Se los comprarían todos... "A entregarle al viento la brizna de paja"... Bonito santo y seña... No creí que él también perteneciera al movimiento. Pero ¿qué podrá hacer ese muchacho con una pistola, con esas manos tan temblorosas? Y en

esto sintió que entraba Justo Rigores. Prestó atención, y no oyó palabra, y en puntillas se dirigió hacia la puerta de la sala a fisgonear lo que allí estuviese ocurriendo.

—¡Oh!... —había exclamado Rigores—. ¿Tú aquí?

—¿Te sorprende? —repúsole Juan Luís, sin moverse del asiento—. ¿No me dijiste una vez que yo te buscaría, que yo vendría a ponerme a tus órdenes tal como eres?

—Es cierto —respondió Rigores, sentándose frente a él. Y después de mirarlo un rato, en silencio, sonrió y agregó—: Me han dicho que Dionisio Azcárate se ha raptado a una de tus hermanas. ¿Lo limpiaste ya?

—No. Eso pensé en el primer momento.

Y Rigores, sonriendo despectivamente:

—Pero luego lo pensaste mejor, ¿verdad?

—Exactamente. Lo pensé mejor, y aquí estoy. Aquí está ya la brizna de paja a la disposición del viento.

Rigores sintió que Natalicia estaba por allí, en su costumbre de fisgonear, y, levantándose de pronto, se dirigió a la puerta que comunicaba la sala con el interior de la casa. La sorprendió con la oreja puesta a la escucha, y ella tartamudeó:

—Vi... vine a pre... preguntarte si tú también querías café.

Y él mirándola severamente:

—Vaya a prepararlo; pero espere en la cocina a que yo la llame.

Y volviendo a sentarse frente a Juan Luís:

—¿Será necesario que yo te diga que esa persona a quien le he hablado es mi madre?

—Comprendo —respondió Juan Luís. Comprendo que se me ha hecho esa pregunta para averiguar qué concepto me merece el hijo que así le habla a su madre; pero yo no le he dado la espalda a mi problema familiar para venir a inmiscuirme en el de Justo Rigores. La vida me ha dado encargo de matar en ejercicio de venganza personal contra Dionisio Azcárate; pero...

—Ya, ya. Pero lo has pensado mejor, porque la capacidad de venganza, el don de los dioses, no se nos ha dado para que lo malbaratemos en las mezquinas cuestiones personales, habiendo ideales exigentes de sacrificios. ¿No es eso? Juan Luís lo miró en silencio unos momentos, y luego, sonriendo amargamente, murmuró:

—Es curioso. Se puso fe y se desvaneció de pronto, y cuando se desconfía totalmente, se viene a entregar voluntad.

Reclinó la cabeza en el respaldo de la mecedora, y, mirando al techo, así prosiguió:

—El personaje se llama Juan Luís; pero la biografía la han hecho varios autores sin haberse puesto de acuerdo previamente. Lo engendra Juan, lo concibe Rafaela, gente zafia ambos, y de ellos nace un soñador.

¿Cómo es posible? Se asoma un día a la puerta de una casa, ve un trozo de campo a través de un portalón abierto, y se pone a construir castillos en el aire en aquella bonita lejanía. Primera contradicción: se ha dicho ya que es hijo de campesinos, campesino él también. ¿Quién ha visto que alguien lo sea...? Pero esto no importa por el momento. Segunda contradicción: le caen en las manos libros demoledores de creencias, y cuando esto ocurre, sale de las ruinas de su fe un místico. Decide cultivárselo, y se lo pone a estudiar matemáticas. ¿Qué místico resiste la brutalidad del dos más dos son cuatro?...

Le raptan una hermana, le arrastran por los suelos una honra, se derrama una arteria dentro de un cerebro, y la mitad de su padre ya no es sino la mitad de un cadáver. Va a verlo la hermana del atropellador de su honra, se pasea con ella por aquel campo precisamente, y cuando la tiene a su disposición en la soledad propicia, en vez de... Pero esto tampoco importa ya. Tercera contradicción: ha ido, en hora de buen hijo, a meterle el hombro a la carga familiar con la cual ya no puede el padre hemipléjico; le dice un amigo: no seas brizna de paja en el viento, y se le ocurren estas dos cosas absurdas: abandonar

la casa sin despedirse del padre, y venir a que lo encuentre en la suya y disponga de él
Justo Rigos.

Este sonrío y dice:

—Estás declamando. Quizá tengas fiebre y deliras. Ven para que te acueste y reposes.
Hay aquí una habitación para ti.
Estaba dormido ya. Profundamente.

Oración y premeditación

El aparato no había sido desmontado, pero no funcionaba dentro de la Universidad. Justo Rigos asistía con puntualidad a sus clases, y se retiraba en cuanto concluían, sin que se le viese cruzar palabras con sus compañeros de grupo, muchos de los cuales se habían incorporado al de reivindicación del genuino espíritu universitario organizado por Mauricio Leal.

Pero en la casa de Natalicia, que ya no era de huéspedes, y en la cual vivía Rigos, funcionaba el Directorio de su movimiento, siguiendo todavía la consigna del avestruz.

En la instrucción del sumario de la muerte de Manuel Darío la justicia oficial no había podido descubrir, con todas las formalidades de la ley, quiénes habían sido sus autores, a causa de que no dejaron huellas visibles dentro de lo que fuese explorable sin empeños temerarios que pudieren conducir a peligrosos tropiezos, y a este respecto podía estar tranquilo Justo Rigos, pues Hinojosa había desaparecido del país, llevándose consigo el secreto del funcionamiento del "canal siete" en aquel caso.

Pero el retiro de los suministros de dinero le había quitado el alma al movimiento, y ya eran muy pocos los que todavía conservaban alguna "mística" en torno al Caudillo.

Reuníanse en el comedor de Natalicia, entre noches, previo el ordenarle Justo que los dejase solos en la casa, y cuando a ella volvía encontraba los ceniceros colmados de colillas de cigarrillos sobre la mesa, como por causa de largos e intrincados debates y por haber cometido la imprudencia de decir, una noche, al recogerlos:

—¡Válgame Dios! ¡Qué cantidad de humo habría aquí! El hijo le replicó duramente:

—¿Quién tiene la culpa de que eso no más sea el hijo de Natalicia? ¡Humo! ¿Se me preguntó, acaso, si yo consentía en que se me concibiese sin garantía de la calidad humana que se me transmitiera? Se le volcaron a Natalicia sobre la mesa todas las colillas de los ceniceros que ya tenía en las manos, y se le asomaron lágrimas a los ojos, fijos en las espaldas que le daba el hijo, mientras se preguntaba mentalmente:

—¿Qué culpa tendré yo de que eso no más...? Porque aquella noche había llegado a punto crítico el acontecimiento de mesa redonda, en la de comer.

—Yo no le exijo a nadie que continúe acompañándome en momentos difíciles —había tenido que decir el Caudillo.

Y Rubiales, saltando en su asiento, le había replicado:

—¿Es que te imaginas que tenemos miedo? De eso nada, respecto a mí, por lo menos. Pero estamos en el erizo, y yo no veo que aquí se esté haciendo nada que pueda producir billeteaje. Ya no se nos teme, y por eso no se nos paga.

Rigos no perdió su serenidad, y así le repuso:

—Hay algo con lo cual puedes hacerte temible.

—Di qué.

—Limpiar a Mauricio Leal.

—¿A Mauricio? No le veo la punta a eso, a menos que haya alguien que esté dispuesto a pagar lo que por eso se cobre.

—Detrás de Mauricio se nos han ido muchos —repuso Rigores—, y golpeando en la cabeza de la desbandada, podemos volver a ser la fuerza temible y respetable, además, que fue el estudiantado.

Y sonriendo sarcásticamente concluyó:

—¡El ideal en marcha! Pero Rubiales ya estaba en su camino:

—La historia no se repite, por más que lo digan los historiadores. Por lo menos, con los mismos hombres, y ya tú diste todo lo que podías dar.

Rigores contrajo el ceño y apretó la boca para que no se le escaparan las palabras de la ruptura con Rubiales, el más animoso entre los que le rodeaban adictos... Y fue Natalicia quien esa noche tuvo que oír desahogos de cólera.

Ahora tenía a Juan Luís Marino, acostado ya, sin desvestirse, en una de las camas que ocuparon las Rendiles.

Natalicia se había quedado contemplándolo, con la ternura maternal que se le había frustrado ante el hijo menospreciativo.

—Tiene la bondad pintada en la cara —murmuró—. ¡Si fuera hijo mío este muchacho!... "La brizna de paja..." ¡Ah! Ya entiendo, ya entiendo...

¡Pobrecito! Se inclinó sobre él, lo besó en la frente, y luego, murmurando la oración del Justo Juez, a la que tenía mucha fe:

—Que tus enemigos te busquen y no te encuentren, que tengan ojos y no vean...

Mientras Justo Rigores se decía:

—Era lo que yo necesitaba, y ya lo tengo: un aspirante a mártir. Vuelve el espíritu al movimiento. ¡Qué gran cosa es el espíritu... de los bienaventurados pobres de espíritu!...

Y puede que también vuelva algo de dinero, con el secuestro de Dionisio Azcárate, a quien Juan Luís tiene que cobrarle el estropeo de la hermana.

La solución de continuidad

Se había producido una solución de continuidad, una hendidura ancha y profunda en aquel terreno, y a uno y otro lado de ella estaban los dos, él y él, diciéndole el de allá al de acá:

—Tus cosas, que te las he traído... Tus recuerdos, tus pensamientos más íntimos, tus miedos y tus ambiciones, tus amores.

—Deja allá todo eso, que de nada me servirá de este lado, y no quiero ni recordar que fue mío.

—Aquí te lo dejo. Luego tú lo pondrás en orden.

Despertó. La hendidura se cerró otra vez, pero quedó sobre el terreno como un costurón de cicatriz profunda.

No dolía. Habían quedado insensibles los bordes de la solución de continuidad, y sobre la otra cama que en la habitación había estaban sus libros, su ropa, sus cosas de uso personal...

Quizá había sido Justo Rigores quien le dijo que se las había traído de la pensión donde estuvo alojado el del lado de allá.

Acá estaba sentado al borde de la cama, ya pasado el mediodía, reconstruyéndose y localizándose en el nuevo lugar del espacio. Pero no valía la pena averiguar si estaba completo, quizá más bien sobraba algo, innecesario acá.

Momentos después se oyó la voz de Natalicia:

—¿Se puede?

—Está en su casa, señora. Acabo de comprobar que estoy en la casa de usted.

—Que es mi pensionista preferido —repuso Natalicia, entrando en la habitación—. Bueno: no hay otro; pero, aunque los hubiera, serías tú el preferido y consentido. ¿Dormiste bien?

—Parece que sí, señora.

—Dormiste largo. Más de doce horas, porque ya es la una de la tarde, y las once de la noche serían cuando te quedaste dormido.

—Pues dormí catorce horas.

—¡Qué facilidad para sacar cuentas! ¡Qué bueno! ¡Qué lástima que todo no sea bueno en la vida! Y que tenga yo que... ¿Viste que te trajimos tus cosas? Allá no queda nada.

Hasta una cuentecita que tenía pendiente te la recogimos. Pero no te ocupes. Pero también te traigo una mala noticia. De tu casa avisaron esta mañana, a la pensión donde estabas, que... tu padre... murió anoche.

—¿Sí?

—¡Ay! ¡Por Dios! Pero ¿no vas a echarte a llorar? Un padre no se pierde sino una sola vez.

—Y hay que aprovecharla, ¿verdad?

—No hables así, que hasta miedo me das. Lloro, llora, que eso te hará bien.

—Cuando usted me haya dejado solo, procuraré complacerla.

—Es que todavía no he acabado de darte las noticias. Parece que... tu hermanita ha regresado al hogar. El hombre se marchó de Cuba, después de haberla acompañado hasta la puerta de su casa, dejándole, según dicen, buena cantidad de dinero para...

—¿Quiere usted marcharse, también, si no del país, por lo menos de esta habitación?

—¡Ay! No exageres. Ustedes los hombres son muy exagerados en cosas de la honra. Pero yo estoy segura de que para tu pobre madre será un consuelo tener otra vez a la muchacha en la casa. Y le será muy útil. Ya lo verás.

Porque no hay persona más útil en una casa que una mujer de la familia que ha dado un traspies. Es la que lava, la que plancha, la que remienda, la que cocina, la que friega...

—Lo dice usted por experiencia propia, ¿verdad?

—¡Ay! ¡Qué malagradecido! Cómo me sacas las vergüenzas a la cara. No te hablo más.

¿Con qué quieres desayunar? O almorzar, mejor dicho, porque ya es más de la una.

—Con nada, señora.

—Me lo explico —repuso ella, sarcásticamente—. Esas cosas quitan las ganas de comer. Vuelve a acostarte, sigue durmiendo.

Y desde la puerta, que ya trasponía:

—Y ya sabes: hazte cuenta de que estás en tu casa, de que soy tu madre... Tú y yo estamos necesitados de afectos, de cariñitos.

Se retiró enjugándose lágrimas, y Juan Luís volvió a tenderse en la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca, fija la mirada en el techo.

Algo así como cuando contemplaba los atrevimientos del pitirre contra el aura tiñosa.

Pero de aquello no había recuerdo. Había sucedido en otra vida.

En San Rafael y Galiano, en la hora culminante de la galantería callejera al paso de las mujeres por entre los corrillos de mozos, yendo Florencia Azcárate de tiendas, alguien le soltó a la cara un piropo tan insolente, que ella se detuvo y alzó la mano para castigar aquella boca; pero ya el galanteador procaz tambaleaba y caía al suelo, y había sido el puño de Justo Rigores el que dio lo merecido.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¿Venía usted detrás de mí sin que me hubiera dado cuenta?

—Y ahora continuaré a su lado, si usted me lo permite, mientras acaba de atravesar los fuegos cruzados de este desfiladero.

—¡Qué bueno es usted! —repuso ella, riendo irónicamente.

—Y, sin embargo, se me ha declarado la guerra, privándoseme el placer de tener amigas en la Universidad.

Hablaban así, dirigiéndose ella hacia donde iba, y ya nadie se atrevía a dedicarle piropos.

—¿Le ha producido a usted algún efecto esa guerra de aislamiento? ¡Ja, ja, ja! ¿De eso nada, verdad?

—¿Por qué lo cree? —repuso él sonriendo—. Guerra que en este país declaren los Azcárate, algún estrago tiene que causar.

—¿Sabe que se me están despertando ganas de cruzar ideas con usted? Ya sabrá que una vez me metí en una jaula de leones. De modo que no le sorprenda que ahora quiera averiguar qué hay de verdad en la fama de monstruo de que goza usted. Si es que a eso se le puede llamar gozar.

—¿Sí? Mire que aquellos leones, según ya he oído contar, eran mansos como corderos.

Y que, por cierto, a consecuencia de esa audacia de usted, Dionisio Azcárate se ha llevado a una hermana de Juan Luís. ¿No teme usted que Juan Luís...? Se habían detenido ante las puertas de la tienda donde Florencia se disponía a entrar, y dejando en suspenso la pregunta hecha, Rigores formuló otra reticencia:

—Desde luego que con esto de mencionar a Juan Luís no pretendo yo...

—Concluya —díjole, Florencia, sonriendo—. Que ya estoy logrando lo que me proponía. Pero en esto se les acercaban dos transeúntes, uno de los cuales le decía al otro, con la excitación con que se dan las noticias sensacionales:

—Una descarga de ametralladora, desde una máquina de alquiler ocupada por dos jóvenes, estudiantes al parecer. Lo dejaron muerto.

—¿Desde una máquina de alquiler? —repuso el otro—. Esos golpes se han dado siempre desde un colepato.

—Pero parece que ya no les regalan Cadillac.

Rigores contrajo el ceño, Florencia lo miró a los ojos, y él dijo:

—Le agradezco el mal pensamiento, señorita Azcárate. Y como usted ya está a buen resguardo de piropos ofensivos, puedo retirarme.

—Sí —díjole Florencia—. Ande a averiguar qué ha sido eso.

Entró en la tienda; pero en seguida salió para dirigirse a la Universidad.

Ya había llegado allí la noticia.

La víctima del atentado había sido aquel antiguo esbirro de la dictadura, a manos de cuyos guardaespaldas había encontrado muerte Manuel Darío. Estaba allí Mauricio Leal, y lo rodeaban algunos estudiantes, comentando el caso, cuando llegó Florencia.

—La embestida del carnero —decía uno—. Mucho duró la retirada. Ya lo decías tú, Mauricio. Justo Rigores...

—Acabo de encontrármelo —dijo Florencia.

Y refirió cómo había sido.

—¡La coartada! —exclamaron varios de los oyentes—. ¡Ese Justo Rigores!...

—Cuidado, compañeros —dijo Mauricio—. No sea que en esa exclamación se les haya deslizado algo admirativo.

Y uno de ellos protestó.
—Somos insospechables de rigorismo, Mauricio.
Llegaron otros con la noticia completa.
—Fueron dos estudiantes. Les dio alcance una perseguidora de la policía por los lados del Country Club.
Ellos hicieron fuego; pero cayeron mortalmente heridos. Y prepárate, Mauricio, para recibir sorpresas: dos de los nuestros. De los que más alardes hacían de estar contra Justo Rigos.
—No me sorprende —repuso Mauricio—. Siempre he temido que en nuestro movimiento existan posiciones tomadas por Justo Rigos. Que no es tonto ni perezoso.

Alardes

El estudiante Rubiales —uno de los de nunca con un libro en las manos— tenía un pie en la colina de la Universidad y el otro en el barrio de Colón, y por ahí fue a buscarlo Justo Rigos cuando se despidió de Florencia en San Rafael.

Una casa de dos pisos, de vida alegre abajo, de dormitorios de fumadores de marihuana arriba, a la que Rubiales designaba:

—Mi casa de los pasos perdidos.

Donde en la fuga del amor mercenario una de las de abajo se aplacaba necesidad de pasión romántica adorando y manteniendo al revolucionario buen mozo, a todo trapo de buen vestir, por añadiduras.

Una escalera angosta, adosada al mugriento muro del oscuro portal, y en cuyos escalones subidas y bajadas de miseria y de vicio durante muchos años habían dejado surcos profundos de pasos perdidos, conducía al estrecho pasillo al cual daban las puertas de los dormitorios alquiladizos.

Rigos se detuvo ante la primera de ellas, que estaba cerrada, y dio los toques del entendimiento secreto.

Rubiales, que estaba en la cama —como de costumbre cuando allí se hallaba—, sonrió como de cosa esperada y accionó el mecanismo mediante el cual se abría la puerta desde el lecho, y entre bostezos, mientras se desperezaba, interrogó:

—¿A qué se debe ese madrugón? Todavía no han empezado a cantar los gallos del mediodía.

—A que se me debe una explicación, y vengo a buscarla —repuso Rigos ásperamente. Aprovechando el pretexto de desperezamiento, Rubiales apoyó la diestra sobre la mesa de noche donde tenía su pistola, y allí la dejó mientras decía:

—Fumé mucho anoche, viejo. Tengo todavía dentro de la cabeza los paraísos infernales de la marihuana. No me había atrevido a eso todavía; pero en este estudio que estoy haciendo de la vida y milagros del hampa, era necesaria esta experiencia... entrañable. Rigos esponjó la arrogancia del pecho, engarzándose los pulgares en la pretina de los pantalones bien puestos, y repuso:

—Te equivocas si pretendes intimidarme con esa mano al alcance de la pistola. Vengo a que me des la explicación de lo ocurrido esta mañana.

—¡Ah! ¿Se trata del que presentó la renuncia y le fue aceptada? Era, en el lenguaje pistolero, la manera de referirse a quien hubiera recibido muerte, y empleándola también, Rigos replicó:

—Pero esa renuncia no se me presentó a mí, que soy quien debe resolver si se aceptan o no.

—Es verdad. Pero como tú estás tan ocupado en la dirección estratégica del movimiento, no quise molestarte para una operación de simples tiroteos de exploración. Y, además, el dimisionario ha sido aquel contra el cual recibió Manuel Darío encargo de limpieza. De viva voz tuya, por cierto.

Y después de una pausa, sin retirar la mano de la mesa de noche y socarronamente:

—No me mires así, que no merezco reproches, sino más bien palabras de agradecimiento. Se ha cumplido una ley natural: lo que no cabe en la güira, se desborda. Pero yo lo hice con el debido acatamiento de tu antigua superior autoridad. Orden del Caudillo, dije. Y santa palabra.

—¿Conque lo que no cabe en la güira? ¿Y si yo te obligara a recoger lo que se ha desbordado? Se miraron en silencio un rato, y luego Rigores ordenó imperiosamente:

—Levántate de ahí.

Rubiales sonrió y repuso:

—Perdóname que no te complazca.

Estoy dándoles descanso a mis antepasados. Son varias generaciones de vagancia las que me tienen sobre esta cama... Convéncete, Justo: ya tu hora pasó.

—Tal vez no.

—En todo caso, sería bueno que formalizáramos una alianza, con división del trabajo: yo doy los encargos y tú colocas los retratos en el Salón de los Mártires. Sí, Justo. No lo tomes a mal. Tú te la comiste, y en los momentos más difíciles; déjame ver si yo también me la como, haciéndole honor a tu escuela. Tu fama pasará a la historia; la mía no te hará sombra.

Rigores fingió reflexión pesarosa y murmuró:

—¡Mi fama! Y echando a andar de un extremo al otro de la habitación, continuó, cabizbajo:

—No es nada envidiable, en realidad. Pusimos nuestra fe y nuestra voluntad en un movimiento regenerador de nuestro país; pero haciéndole concesiones a la podrida realidad social, como forzosamente ha de hacerlo un dirigente político, fuimos perdiendo la fe y...

Pero ya estaba cerca de la mesa de noche, y echándole mano rápidamente a la pistola de Rubiales, díjole a este:

—Levántate de ahí y entrégame el dinero que seguramente has recibido por el golpe de hoy.

Disponiéndose a incorporarse, Rubiales dijo:

—Bueno. Me mareaste con tu discurso, pico de oro, y tengo que reconocer que todavía cabe mucha agua dentro de la güira. ¡Justo Rigores, el Caudillo, jefe supremo del movimiento! Y mientras sacaba el dinero de donde lo tenía oculto, bajo el colchón de la cama:

—En tus manos lo pongo, jefe.

Quise saber si todavía eras quien fuiste. A mí me queda tiempo por delante para ver si puedo ser quien soy.

Cogió Rigores los billetes que se le entregaban, se los metió en uno de los bolsillos de los pantalones sin contarlos, y disponiéndose a marcharse, volvió a poner la pistola de Rubiales en el sitio de donde la había tomado.

—¡Qué! ¿Me la devuelves sin quitarle los proyectiles?

—Voy a darte la espalda a ver si te provoca probar en ella tu puntería.

Ancha la tengo.

Y se retiró.

Atrevimientos

Primero fue el esponjamiento de arrogancia, a todo lo que le daba el pecho, por la habilidad y la superioridad demostradas; pero luego el impertinente recuerdo de las palabras de Rubiales:

—Se ha cumplido una ley natural...

Y en seguida el regusto de las propias:

—Pusimos nuestra fe...

¿Se le habría deslizado, acaso, alguna sinceridad bajo el artificio de que se valió para distraer y sorprender a quien ya tenía la mano cerca de la pistola vuelta contra él?...

Hubo, sin duda, momento de buena fe cuando en la adolescencia peleadora, pero generosa a pesar de todo, abrazó la causa de los estudiantes revolucionarios; mas aquello desapareció pronto en las rachas de violencia desatada, y ya nada de lo que regía su conducta se parecía, de ningún modo, a fe puesta en ideales, ni aun con vagas sombras de amargura por haberla perdido. Unos billetes de Banco, de cuya procedencia no quiso informarse, estaban en su poder, sin que le pasara por la mente la idea de rendirle homenaje al ideal revolucionario colocando en el Salón de los Mártires los retratos de los estudiantes caídos aquella mañana en el revés del atentado. Había pasado definitivamente el momento romántico de la desviación con supervivencias de espíritu de lucha justificable, y en él no había ya sino una hechura de ejercicios profesionales: un jefe de banda de pistoleros.

—¿De banda?... "Lo que no cabe en la güira se desborda", insistía el recuerdo impertinente. Pocos me quedan, en realidad; pero, uno a uno, los someteré de nuevo. A mí no se me deja solo.

Y la necesidad de alardes lo condujo hacia la Universidad.

Aún estaban por allí Mauricio Leal y sus amigos en los comentarios del acontecimiento.

Les pasó por delante, y sin mirar hacia el grupo, dijo:

—¿Te convences, Mauricio Leal, de que no está en nuestras manos impedir que se cumplan los modos propios de un momento histórico? Los que rodeaban a Mauricio se dispusieron a responderle como se lo merecía aquella jactancia; pero Mauricio se lo impidió con un ademán, y repuso:

—Así parece.

—Déjenme acabar de hacer mi experiencia —dijo Florencia, disponiéndose a seguir a Rigores.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Amarelis temerosamente.

—Cerciorarme de si realmente el monstruo es algo más que un espantapájaros.

Sonrió Rigores al darse cuenta de que ella lo seguía, y sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Viene siguiéndome la domadora de leones? Advierta que un Justo Rigores exige algo más que un Juan Luís Marino.

—No diga eso —repúsole ella, emparejándosele ya—. Porque alguien puede creer que está usted celoso.

—No juegue con su alma, Florencia Azcárate.

—¡Cómo! ¿Cree usted en la existencia del alma?

—Como esa palabra se emplea para designar diversas y distintas cosas, puede también aplicársele a lo que dentro de usted venga.

—No se asuste. Es simplemente una curiosidad muy propia de mujer.

—¿Se propone preguntarme si fui realmente yo quien dio el encargo de matar que hoy se ha ejecutado?

—¡Por Dios! Mire que eso se parece mucho a intranquilidad de conciencia. Como antes se decía. Que ya sé que ahora se emplean términos científicos.

—Las burguesas bien educadas, como usted, tienen una conciencia delicadísima, tiernísima.

Diciendo esto, socarronamente, había tomado asiento en uno de los bancos del solitario jardín adonde habían llegado, y agregó:

—Y es muy natural que usted quiera librarse de la atormentadora sospecha de que haya sido su buen amigo Mauricio quien haya dado ese tremendo encargo a dos de sus adictos más fervorosos.

—¡Por Dios! Repito: ¿cómo es posible que usted se deje descubrir el juego tan pronto? Contrajo Rigores el ceño violentamente, la miró en silencio unos momentos, y luego:

—¿Qué se propone usted, Florencia Azcárate?

—¿Me permite sentármele al lado mientras se lo explico? Y haciendo lo que decía, agregó:

—Voy a decírselo con toda mi sinceridad. Porque es así como entiendo que deben tratarse, desde un principio, los que quieran ser amigos. Deseo penetrar en las entrañas del monstruo, para convencerme de si es o no, realmente, nada más que un espantapájaros.

Rigores contuvo el movimiento de dignidad ofendida y ya con un plan repuso, serenamente:

—Bien. Ha hablado usted con todo su atrevimiento Azcárate. Con todo el atrevimiento que dan los millo nes... bien habidos. Dentro del concepto capitalista, por supuesto.

—Que yo misma no estoy segura de que todo lo que poseemos haya sido realmente adquirido por los Azcárate, con la gota gorda de su propio sudor.

—No diga eso. Aconséjole a mi vez. Mire que puede llegar a los oídos de Juan Luís, por ejemplo, a quien uno de los Azcárate le ha estropeado una hermana. Y como él ha demostrado empeño en verme, quizá para que lo ayudemos a cobrarse el estropeo de honra... Y la muerte del padre, a causa de eso.

—¡Cómo! ¿Ha muerto Juan Marino?

—Ayer murió. Hoy lo enterraron.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos sabido nosotros?

—La ingratitud de los subalternos, que no saben perdonarles a sus amos el pequeño mal que les hayan causado.

Florencia guardó silencio y Rigores sonrió y agregó:

—Esta noche irá a verme Juan Luís. Trataré de hacerlo desistir de sus propósitos vengativos, le aconsejaré procurarse algún dinero que le permita marcharse del país.

Exploró de soslayo el efecto que hubieran producido estas palabras y luego agregó:

—Sé que ha abandonado su casa porque a ella ha vuelto la hermana... estropeada por Dionisio Azcárate.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Lo ignoro. Pero esta noche irá a verme. Quizá no en casa, propiamente, porque ya mi madre me ha enviado aviso de que anda rondando por allí la policía secreta... A causa del encargo que ejecutaron los amigos de Mauricio. Si algo puedo decirle respecto a esta conversación que hemos tenido...

tú dirás. Perdón: usted dirá.

No se advirtieron indicios de que a Florencia le hubiera cruzado por la mente alguna sospecha y Rigores se la confirmó añadiendo, mientras ella permanecía con la vista fija en el suelo:

—A menos que prefiera usted —por lo delicadas que son siempre las ofertas de dinero— hacerlo de viva voz, dentro de la confianza que existe entre ustedes. Si el movimiento

dispusiese de recursos yo le suministraría a Juan Luís lo que necesitara para alejarse de las murmuraciones.

Sin alzar la mirada, Florencia dijo:

—Sí. Es preferible que sea yo misma quien le haga ese ofrecimiento, donde sea necesario ir a hacérselo.

—¿Con todo tu atrevimiento?

—Sí. A más me arriesgué al seguirte.

Y mirándolo a los ojos, mientras apoyaba su mano sobre la diestra de él, haciendo hipócrita la conmoción de su ánimo ante el infortunio de Juan Luís, emocionadamente agregó:

—¿Me perdonas el mal pensamiento de hace poco en San Rafael? Rigores la miró sonriéndose y repuso:

—De eso nada. Oportunamente te indicaré dónde puedas ver a Juan Luís.

Florencia se levantó del banco de los atrevimientos, estrechó en silencio la mano de Rigores, con su fácil emoción hipócrita y abandonó el jardín. Rigores volvió a sentarse, murmurando:

—Día de billetes, este de hoy.

VI

El rescate

Allí estaba, mirando al techo desde la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca, detenido el pensamiento en una idea fija:

—La brizna de paja en el viento.

—¿Se puede? —inquirió Natalicia, y como no obtuvo respuesta, se preguntó—: ¿Estará dormido todavía? Y entró en la habitación:

—Juan Luís. Juan Luís. ¿No me oyes?

—¿Qué desea?

—Ahí te buscan —díjole; y sonriendo maliciosamente agregó—: Y quien te busca no te engaña.

Y como él no se movía:

—Quítate de eso, hijo. Desde ayer estás mirando para arriba, sin probar bocado. Mira que solo de café no vive el hombre.

—Con no traérmelo tiene. No estoy pidiéndoselo.

—¡Qué mala suerte tengo con mis hijos! Me desvivo por ellos y siempre me dan con las puertas en las narices.

¡Je, je, je! No te enojas. No he venido sino a decirte que ahí te busca una señorita muy mona y simpática.

Juan Luís contrajo el ceño, dolorosamente, y Natalicia agregó:

—Tu adorado tormento. ¿Crees que no lo sé? Ya le he oído decir a Justo que esa está metida contigo hasta afuera. Quéjate después de mala suerte.

—Dígale que no estoy aquí.

—Pero si ya le he dicho que sí estás.

—Dígale ahora que no puedo atenderle. Que estoy enfermo. Que no quiero recibirla.

—Baja la voz. Mira que puede oírte, porque en esta casa lo que se dice en la cocina se oye en la sala.

Y, en efecto, ya desde allí decía Florencia:

—Dígale usted, señora, que es absolutamente necesario que me reciba.
—¡Umjú! —hizo Natalicia, sonriendo maliciosamente—. ¿No te lo dije? ¿Quién te manda a buscarte rollos? Momentos después Juan Luís entraba en la sala, con el rostro sombrío y ceñudo, preguntando:

—¿Qué buscas aquí? ¿No te supliqué que me hicieras el favor...?

—De no verte más —repúsole ella, quitándole la palabra—. Y así lo habría hecho si te hubieras mantenido en la disposición de espíritu de esa mañana. Porque te advierto que, aun cuando estuviese locamente enamorada de ti, habría sabido portarme como quien soy.

—No lo dudo —dijo él, tomando asiento frente a ella—. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, de manifestarte que comparto tu sentimiento por la muerte de tu padre, de la cual acabo de enterarme.

—Fue un buen hombre —repuso Juan Luís, haciendo esfuerzos visibles para dominar su emoción—. Pero engendró un mal hijo.

—Se te ve en la cara —dijo ella, sonriendo.

Y a Juan Luís se le derrumbó de pronto el empeño de aparentar indiferencia. Hundió la cabeza entre las manos y lloró en silencio. Luego murmuró:

—Gracias, Muñeca.

Y Natalicia, que por allí estaba poniendo la oreja, tuvo que retirarse para que no la oyeran sollozar.

Juan Luís se enjugó los ojos y luego interrogó:

—¿A qué otra cosa has venido?

—A reclamarte la asistencia a las lecciones de matemáticas que estoy dándote.

Y como él sonrió, ella agregó:

—¿Pones en duda que sea yo quien está enseñándote álgebra superior?

—Así era —repuso él—. Pero te advierto que estás empleando inútilmente tu generoso buen humor. Ya todo eso pasó, como si hubiera ocurrido en otra vida. Ahora estoy en otro camino.

—Lo sé. Ya me han dicho que esta noche vas a pedir encargo de matar.

Que, por cierto, se quiso ocultárte me que ya estabas aquí. De lo cual saqué esta sospecha: algo se trama contra mí.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—Ata estos cabos: el avestruz ha sacado la cabeza, hoy se ha efectuado un encargo de matar; al movimiento le han retirado los auxilios, como ya lo sabrías, y está —como se dice— en el erizo; pero los Azcárate tienen dinero y darían el que se les pidiera por el rescate de la Muñeca. ¿Comprendes? Juan Luís guardó silencio y ella prosiguió:

—A lo que replicarás tú, preguntándome: ¿Cómo es posible que con tal sospecha te hayas metido... en la jaula de los leones?

—¿Luego te imaginas que yo...? ¿Pero a qué te has referido al decir que hoy se ha efectuado un encargo de matar?

—¿Lo ignorabas? Mira que se te ve en la cara algo así como disgusto de que no se te haya dado a ti. Como decepción, mejor dicho.

Juan Luís se puso de pie, bruscamente, diciendo:

—¿Quieres hacerme el favor de retirarte de una vez? Ella lo miró sonriendo, sin moverse del asiento y replicó:

—¿Temes que el secuestro pueda efectuarse en presencia tuya?

—Hazme el favor de retirarte, repito.

—¿Sola? ¿No temes que me echen mano antes de que pueda salir a la calle?

—Te acompañaré.

Pero ella, poniéndose de pie, segura de haber logrado el efecto que se proponía:

—No —díjole—. He cambiado de idea, pues si me ven contigo recaerá sobre ti la sospecha y como existen antecedentes que puedan justificarla... Además, no he venido a sacarte de aquí. Quítate de la cabeza esa idea. Aquello de las paralelas también ocurrió en otra vida.

Y se marchó, sin estrechar la mano que él le tendía.

Juan Luís volvió a la obstinada contemplación del techo desde la cama y una y otra vez murmuró:

—Tendrá que explicarme Justo Rigos qué se propone contra ella.
Tendrá que verme la cara.

Bajo el estruendo del mar

Pero Justo Rigos no apareció por allí en todo el día, a causa de la vigilancia de la casa por la policía, de lo cual le había enviado aviso Natalicia por los canales secretos de que disponía; y al anochecer ella se le acercó a Juan Luís con estas enigmáticas palabras:

—Recado del Caudillo, en el cuartel general de la contrasecreta.

Caminando por la derecha, como si fuera por la izquierda, se cruza a la izquierda y se cae en la derecha. El tres en el quince.

—¿Qué dice usted?

—El recado que te manda Justo.

Que allá te espera... Pero... ¡Qué cara has puesto, Juan Luís!

—No he entendido lo que usted me ha dicho.

—¡Ah! Creí que conocías la clave.

Voy a explicártela. Caminando por la derecha, es doblar a la derecha al salir de aquí y cruzar a la izquierda en la primera esquina y a la izquierda otra vez en la siguiente y a la derecha luego en la próxima. Casa número quince, piso tres. Allí estará esperando Justo a las ocho de la noche.

Que tiene algo muy importante que comunicarte. Y frotándose las manos, regocijadamente:

—Estoy en mi elemento, Juan Luís. ¡La clandestinidad! Me rejuvenezco, me siento en los tiempos de Catalino Rigos... Bueno. Él no se apellidaba así, espero ya tú supondrás a quién me refiero.

Momentos después Juan Luís se echó a la calle, dispuesto a exigirle a Justo Rigos la explicación relativa a la sospecha de Florencia, ya compartida por él; mas para desorientar a quienes pudieran seguirle los pasos a fin de descubrir el escondite de aquel y mientras llegaba la hora de cita fue a pasearse por el malecón.

Comenzaba a soplar el norte y había mar grueso, cuyo oleaje reventaba a trechos sobre el solitario paseo y al abrigo del estruendo marino el pensamiento empezó a exteriorizarse en diálogo.

—¿Revolucionario tú? ¿Cuándo te has detenido a contemplar los problemas de tu pueblo con visión y con ánimo realmente revolucionarios? Tú te quedaste bajo la influencia romántica del libro tolstoyano.

—Exacto. Ya te lo dijo Clorinda:

"Tú estás atrasado, Juan Luís."

—¿Y qué es eso de pedir encargos de matar, sino forma de suicidio? ¿Ni qué es el suicida sino un desertor?

—Exacto.

—¿Y de todo lo que ha sucedido, no es el tener que renunciar al amor de la Muñeca Azcárate lo único que realmente te importa? Confiésate la verdad. Tú no eres sino un simulador de tormentas espirituales.

—Exacto.

Pero ya esto lo había dicho alguien que caminaba junto a él.

—¡Ah! ¿Usted, Profesor?

—Sí —repuso Luciente—. Se te aconsejó no ser brizna de paja en el viento y fuiste a realizarlo, tal vez solo por el efecto que te produjo la frase de Mauricio Leal. ¡Qué dramática situación! ¡Qué interesante ser personaje de un drama de destino trágico! Todo Cuba debe de estar pendiente de lo que vaya a hacer el viento con la brizna de paja. ¿Dónde la arrojará? —se preguntará toda ella, consternada...—. En un basurero, respondo yo.

Juan Luís bajó la cabeza, Luciente guardó silencio y así caminaron un rato bajo el estruendo del mar.

Luego volvió a hablar el Profesor:

—Ya te he demostrado en varias ocasiones la estimación y el afecto en que te tengo.

Posees algún talento, alguna bondad, alguna rectitud, sin que nada de eso sea cosa extraordinaria, merecedora de admiración; mas como tienes una sensibilidad excesiva y te ha tocado vivir en un tiempo angustioso, realmente dramático, reaccionas excesiva y desordenadamente. Una vez te dije que no te avergonzaras de ser un tímido, porque la timidez es la crisálida dentro de la cual se abriga para defenderse, instintivamente, lo que de buena calidad humana haya sido puesto en nosotros; pero ahora, sin contradecirme, debo aconsejarte esto otro: no te detengas en tus atrevimientos, porque audacia que se frustre —en quien no sea un desfachatado— se pudre y daña la vida para siempre.

—¿A qué audacia mía se refiere, Profesor?

—A la de haberte enamorado de Florencia Azcárate.

—¿Por qué no la llama más bien insensatez?

—Por no incurrir en redundancias.

Porque quien dice amor ya dijo lo otro. Ella acaba de referirme la conversación que ha tenido contigo esta mañana y por eso he salido a buscarte.

Sin que te dieras cuenta oí el diálogo que sostenías contigo mismo. Calificaste de desertor al suicida y tienes razón. Mátao. Dale muerte al suicida que haya en ti. Toda la vida te ha tenido deslumbrado la ambición de terminarla con un sacrificio por un ideal noble, a causa de tu complejo de inferioridad que así desnaturaliza a la buena calidad de tu ambición; pero sacrificio supone apegamiento a la vida, realización de uno mismo ya lograda. Realízate, primero. Un retrato en el Salón de los Mártires no es siempre un mártir en el salón de los retratos. Anda y devuélvele a Justo Rigores el encargo de matar que ya te ha dado.

Dicho lo cual, apretó el paso, dejándolo atrás bajo el estruendo del mar.

VII

Tenía encargo de matar

Del desbordamiento de la obra en la iniciativa tomada por Rubiales, síntoma inequívoco de crisis de la autoridad de Rigores dentro de lo que persistiese en la desviación del espíritu universitario, no le había quedado al caudillo declinante ni siquiera la complacencia de que el atentado se atribuyera al grupo de Mauricio Leal, pues sus ejecutores ya eran bien conocidos por las autoridades como rigoristas fervorosos, por lo cual era la casa de Natalicia la que tenía vigilancia de policía.

Refugiado en escondite, sin embargo todavía alimentaba esperanzas de predominio; pero confiando en que solo podría recuperarlo mediante demostraciones de audacia que ante nada se detuviera: golpeando aquí y allá, sin miramientos, en pleno ejercicio de bonchismo, ya se tenía trazado todo un plan sobrecogedor.

Lo acompañaban en el escondite tres de aquellos de los conciliábulos en el comedor de Natalicia y cuando le anunciaron que llegaba Juan Luís, a la hora de la cita que le había dado, les ordenó ocultarse en una habitación paredaña con lo que era su despacho de dirigente en clandestinidad.

—Adelante, Juan Luís —díjole, sin levantarse del asiento que ocupaba, más engreído que nunca se le viera—. Espero que hayas tomado todas las precauciones a fin de que la policía no pudiera seguirte los pasos, pues de lo contrario podría recaer sobre ti el estigma del delatador.

Era comenzar amenazando para amedrentar y dominar y, en seguida, para demostrar que no se le habían ido de las manos los hilos manejadores de sus marionetas:

—Reventaba mucho el mar sobre el paseo del malecón, ¿verdad? ¿Qué te dijo el atormentado profesor Luciente? Pero Juan Luís no se inmutó.

—Si supieras —repúsole sonriendo—.

Me dio muy buenos consejos.

Y después de una pausa:

—Del orden personal. De mi exclusivo interés personal.

Rigores sonrió y dijo:

—No pretendo violar el sagrado de tu fuero interno, pidiéndote que me comuniques tus intimidades. Sé que tienes un espíritu delicado y sumamente susceptible. Como tampoco voy a pedirte que me cuentes cómo te fue esta mañana con la visita de Florencia

Azcárate.

—¿No sería preferible que entráramos en materia de una vez? Se me ha dicho que tienes algo importante que comunicarme y como recíprocamente a mí me sucede lo mismo...

—Pues sí. Se trata de algo muy importante. Se trata de saber si tú eres un hombre capaz de acompañarnos en este fogueado trecho del camino.

Te confieso que yo no habría ido a buscarte...

—¿Porque dudas de mi hombría?

—Aún no te he visto dar prueba de ella. Es como si yo te pidiese que creyeras en mi bondad, con fe de carbonero. Pero como todo cabe en lo posible y de tu fuero interno partió el impulso de acercarte a mí, aunque en una de las estupendas contradicciones de tus biógrafos, como me dijiste, ya con humor de celebridad... Que, por cierto, me impresionó mucho aquel despiadado autoanálisis que esa noche hiciste.

Juan Luís sonrió y repuso:

—¿No sería preferible, en obsequio a la brevedad con que debe hablar un jefe de movimiento, que te dejaras de ese habilidoso juego de gato con ratón?

—Pues...

—Perdón.

Dijo esto Juan Luís levantándose del asiento que ocupaba, para acercarse a la puerta del escondite contiguo y agregando:

—Déjame ver qué anda por ahí.

Abrió la puerta y dijo hacia el interior del escondite de los compañeros de Rigores:

—No, no, mis amigos. Los guardaespaldas no son escuchas y deben dar siempre la cara, por detrás del jefe cuya custodia les haya confiado el movimiento.

—Salgan de ahí —dijo Rigores sin perder su aplomo—. Vengan a presenciar esta trascendental entrevista.

Salieron, entre avergonzados y encolerizados, y tomaron asiento, la diestra dentro del bolsillo donde estaba la pistola.

Rigores les guiñó el ojo que aconsejaba ver, oír y callar y luego díjole a Juan Luís:
—Bien. Ya has demostrado que no se te enfría el guarapo y por consiguiente podemos entrar en materia.

Estos compañeros que aquí están oyéndome serán tu escolta desde hoy, pues al buscarme —como ya te lo había vaticinado— te comprometiste a aceptar encargo. Tácitamente; pero definitivamente.

Juan Luís empalideció, pero en seguida reaccionó, y Rigores, que lo había advertido, díjole sonriendo:

—No te preocupes. Los de ánimo más entero y más resuelto, han empalidecido cuando el movimiento les ha dicho:

—Tú matarás.

—¿A quién? —preguntó Juan Luís, serenamente.

Los guardaespaldas se miraron entre sí, mientras Rigores respondía:

—Eso se dirá después. Pero podría suceder que ese encargo se permutara por otro.

Desagradable sin duda alguna, pero no tanto como el ya entregado, sin escapatoria posible. ¿Sabes? Nos hace falta dinero y tenemos que procurárnoslo a toda costa, y como tú tienes algo que cobrarle a Dionisio Azcárate, de ahí vendrá lo que necesitamos. ¿Qué te parece un secuestro de ese mal sujeto? Previa una invitación tuya a encontrarse en un lugar solitario. Se sabe que Dionisio Azcárate no es un cobarde y nada tendría de extraño que te tuviera a ti por tal y que por consiguiente acudiera a demostrarte su hombría, encima de como ya lo ha demostrado, causando la muerte de tu padre.

Juan Luís no pudo contener un respiro de alivio. No se había equivocado Florencia al sospechar que se planeaba un secuestro; pero no se trataba de ella. Pero ni aun así le faltó la rectitud.

—¿Qué te has imaginado de mí? —repúsole—. ¿Me crees capaz de sacar a subasta mi deshonra?

—Comprendo que tu natural delicadeza se resista a convenir en tales procedimientos —dijo Rigores, sin alterarse—. Mas, por una parte, necesitamos dinero y por la otra, un sentimiento de compañerismo nos mueve a cobrarle a Dionisio Azcárate la injuria que te ha hecho.

Y dirigiéndose a los testigos presenciales de la entrevista:

—¿No es así, compañeros?

—Así es —respondieronle.

Y luego uno de ellos:

—Lo que se le hace a uno de nosotros, se nos hace a todos.

Y Rigores, para quebrantar las resistencias de Juan Luís:

—Como ya he dicho, comprendo que te costará trabajo allanarte a lo propuesto, sin duda no por temor a Dionisio, sino por el disgusto que tendrá que causarle a Florencia...

—Hazme el favor de no nombrarla —protestó Juan Luís.

—Ya lo hice. Porque era necesario analizar, con absoluta franqueza, todos los aspectos del problema. No estamos aquí cinco bobos sentimentales —cuatro de ninguna manera, desde luego—, sino cinco hombres comprometidos con el movimiento a dar lo que él exija de nosotros. De mucha mayor gravedad es el encargo que tácitamente ya has aceptado, pues no se trata de una venganza, común y corriente, contra asesinos de compañeros nuestros, sino de golpear valientemente en la cabeza de la desbandada que se ha producido en nuestras filas, suprimiendo a Mauricio Leal. ¿Me has oído? A Mauricio Leal.

Los guardaespaldas hicieron un movimiento de sorpresa, mientras Rigores, sin haberlo advertido, concluía:

—De modo que tú escoges, Juan Luís Marino: o la vida de Mauricio Leal o el dinero de Dionisio Azcárate.

Pero Juan Luís sí se había dado cuenta del movimiento de sorpresa de los guardaespaldas y dirigiéndose a ellos:

—¿Qué les parece, compañeros? En la Universidad se sabe que Justo Rigos estaba enamorado de Amarelis y se sabe también que ella es hoy la novia de Mauricio Leal.

¿Está dispuesto el movimiento —como se dice— a resolverle a su jefe su problema sentimental, haciendo las veces de él, como hombre, ante el que le ha quitado la novia posible? Rigos se corrió la diestra del pulgar enganchado en la pretina de los pantalones hasta el contacto con la pistola que llevaba al cinto y repuso:

—Aquí no hay, ni ha habido nunca, nadie que pueda hacer las veces de Justo Rigos. Y supongo que las palabras que acabamos de oírte te las haya inspirado el miedo. ¿No le parece, compañeros? Pero uno de los interpelados le respondió:

—Parece que no, compañero. Porque ha dicho cosas muy claras y muy precisas.

Y otro de ellos, por desviar la cuestión:

—Yo he oído decir, Caudillo, que Dionisio Azcárate no está en Cuba. Que los hermanos lo han obligado a irse a los Estados Unidos.

Pero ya Rigos tenía la mano en la empuñadura de la pistola, pálido de ira, en las horas de la desesperación, y repuso:

—Pues secuestremos a Florencia Azcárate. Mediante invitación que ya le va a hacer Juan Luís Marino, para procurarnos el dinero que pediremos por su rescate. A Florencia Azcárate. ¿Has oído, Juan Luís Marino? Disponte a escribir la invitación, de tu puño y letra, para darle curso inmediatamente. Ten en cuenta que Justo Rigos es implacable. Sin alterarse y sin llevarse la mano al cinto, donde llevaba la pistola que había sido de su padre, Juan Luís dijo:

—Te equivocas, Justo Rigos.

Ni yo formularé esa invitación, ni tú llevarás a cabo tu propósito...

—¿Quién va a impedírmelo?

—Yo.

—¿Qué tú te crees, hermano de...?

—Que ya tú no eres el hombre que fuiste —repuso Juan Luís, serenamente—. Y una vez más te invito...

Comprendió Rigos que iba a insistir en la exhortación a que abandonase el camino del extravío; pero ya tenía perdidas totalmente la cordura y la serenidad y, poniéndose de pie, interrogó:

—¿A cruzarnos unas balas? Y ya tenía la pistola en la mano homicida. Sacó la suya Juan Luís, sin levantarse del asiento. Sonaron dos disparos. Cayó Rigos, muerto ya. Y Juan Luís, sin levantarse del asiento, murmuró con voz sombría:

—Yo tenía encargo de matar.

La pura mujer sobre la tierra

Los testigos presenciales declararon en favor suyo y un poderoso movimiento de opinión interesada en las contingencias del acontecimiento universitario abogó por él.

Pero él no quiso ampararse en la atenuante de defensa propia que se desprendía de las declaraciones de los testigos, sino que, por lo contrario, se atribuyó premeditación, pero ni siquiera con el propósito saludable de ponerle fin a la tragedia universitaria, sino porque:

—Yo le tenía miedo a Justo Rigores y quise someterme a la prueba enfrentándomele. Por otra parte, yo cometí homicidio, al ponerme a la disposición de Justo Rigores para los encargos de matar. Cúmplase en mí la justicia.

Lo condenaron aplicándole la pena mínima y oyó con serenidad el impartimiento de justicia. El profesor Luciente, Mauricio y Amarelis le es trecharon la mano, con la emoción con que se saluda dignidad, y Florencia, sin lágrimas en los ojos, entera la voz:

—Ve y vuelve —díjole—. Yo te esperaré.

Alfonso se la llevó consigo al ingenio, todavía en actividad de zafra, y Dulcenombre, conocedora de las palabras de su despedida de Juan Luís, la recibió con estas, al abrazarla emocionadamente:

—¡Así, Florencia! ¡La pura mujer sobre la tierra! Entraron las últimas cañas entre las mazas de los molinos y corrió el turbio jugo hacia su destino de azúcar. Cesó el estruendo del hierro y luego el zumbido del fuego; regresó el brazo jornalero a la diversa ocupación habitual durante el tiempo muerto y entre las guardarrayas, desnuda, la incansable tierra se tendió a esperar que volviesen a surcarla y a sembrarla.

Fin de la obra